

Tabla de contenidos

EDITORIAL 9

TEMÁTICA



Conferencia de apertura Jornadas de Literatura y Psicoanálisis: «Qué-hacer con las letras. Texturas del psicoanálisis y la literatura» <i>Marta Labraga de Mirza</i>	15
<i>La cena</i> : apuntes para seguir pensando los modos de transmisión del deseo y la ley <i>Susana Balparda</i>	21
Felicidad clandestina: sujeto, objeto y goce en la obra de Clarice Lispector <i>Verónica Pérez Horvath</i>	31
Ficción y autoficción en <i>Tebas Land</i> , <i>Ostia</i> y <i>La ira de Narciso</i> <i>Natalia Mirza Labraga</i>	39
De texturas, trama y urdimbre <i>Margarita Muñoz Cáceres</i>	49
El tiempo vacante del narrar <i>Alma Bolón</i>	58
El autocrimen de Narciso <i>Raquel Lubartowski Nogara</i>	68



Marguerite, una escriba Duras: mi humilde homenaje <i>Mariela Giorgi</i>	78
Yo: el resto de nosotros. Una revisión experiencial del duelo <i>Nadal Vallespir</i>	88
La torre de Babel no alcanzó: del sujeto como singularidad al objeto codificado <i>Gustavo Dupuy</i>	116

POLEMOS



Tras las huellas de Eros: apuntes para una discusión acerca de la sexualidad, diferencias y prácticas <i>Grupo Forum</i>	133
--	-----

RESEÑAS



Reseña de <i>El libro negro de la psicopatología contemporánea</i> <i>Gladys Franco</i>	141
El Bar de Freud, una experiencia <i>queer</i> <i>Matías Nagi</i>	146
Reseña de <i>Paco, entre la violencia y la piedad</i> <i>Marta Labraga de Mirza</i>	149
Reseña de <i>Freud con los escritores. Freud nuestro</i> contemporáneo: las letras y sus retornos <i>Marta Labraga de Mirza</i>	153
Reseña de <i>Freud: En su tiempo y en el nuestro</i> <i>Mario Deutsch</i>	157

Reseña de *A cada cual su cerebro: Plasticidad neuronal e inconsciente. La hora de las huellas: ¿Una nueva biología del inconsciente?*
Gabriela Levy 159

OBITUARIO



Para la evocación del Dr. Juan Carlos Plá
Marcelo N. Viñar 174

Para Horacio Etchegoyen
Luis Villalba 177

NORMAS DE PUBLICACIÓN 179

Editorial

En este número conmemoramos el sesenta aniversario de nuestra querida *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. Esta revista ha acompañado la historia de la institución desde sus inicios, dando cuenta de la rica historia del pensamiento psicoanalítico, abierto al mundo y a las nuevas ideas. El número 1 vino con el auspicio de Melanie Klein, que envió una carta en la que manifestaba su interés y su apoyo a la nueva publicación. En sus primeros años, la revista mostró el claro interés por las ideas kleinianas, predominantes en el psicoanálisis del Río de la Plata hasta los años setenta, cuando se produjo un retorno a Freud influido, en gran parte, por el psicoanálisis francés, especialmente el lacaniano. Actualmente, tanto dentro de nuestra región como en el mundo vivimos un momento de pluralismo intelectual, que también se refleja en nuestra revista y que consideramos enriquecedor.

Cuando se conmemoraron los cien primeros números, varios analistas dieron cuenta del acontecimiento en sus páginas. Recuerdo en especial a Vida Prego, que relataba el ambiente de fraternidad que manifestaban los pioneros y cómo esto fue parte de su motivación en la decisión de formarse como analista. Pienso que los inicios por lo general fomentan la fraternidad y el espíritu de grupo. Hoy considero que tenemos el desafío de mantener ese espíritu en el pluralismo, la diversidad de opiniones y teorías.

Si aquellos pioneros se vieron frente a la tarea de desarrollar una nueva disciplina por la que recibían más ataques que halagos, hoy, sesenta años después, volvemos a enfrentarnos a nuevas dificultades. El psicoanálisis, que logró su mayor prestigio a mediados del siglo pasado, sufrió luego fuertes ataques desde las ciencias cognitivas, las neurociencias, la investigación empírica en psicoterapia, la búsqueda de resultados y eficacia.

Actualmente parece que hay una renovada valoración del psicoanálisis, quizás más madura, muchas veces desde las mismas tiendas que lo criticaban, como las neurociencias y la investigación empírica y cualitativa. Estos ataques llevaron a un peligroso aislamiento de los psicoanalistas, que se refugiaron en sus consultorios e instituciones, y perdieron espacios en la universidad y en otras instituciones científicas y sociales. Esperamos que la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* sea un aporte para salir de este aislamiento.

En este período, nuestra revista ha querido reflejar el pluralismo de las ideas psicoanalíticas sin descuidar el vínculo con lo extrainstitucional. Venimos mejorando en lo que respecta a nuestra inserción en bibliotecas indexadas digitales; formamos parte de Latindex y esperamos formar parte, próximamente, de Scielo. En estos años hemos ido cumpliendo con los requisitos para integrar estas bibliotecas que buscan el mejor nivel para sus publicaciones. Resulta interesante pensar que el último requisito que nos falta es que nuestro grupo de lectores externos tenga un número mayor de personas que no pertenezcan a la institución. Nos piden que dos tercios sean de otras instituciones y un tercio, de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. La relación, hasta el último número, era inversa; esperamos que en el próximo nuestra capacidad de apertura también se vea reflejada en eso.

Cada revista es una obra de construcción colectiva que genera discusiones acaloradas en la lectura, dificultades en el cumplimiento de los plazos y sobrecarga de trabajo en los diferentes pasos, desde la recepción de los textos hasta la edición y la impresión. Esto no quita el placer de la lectura, tanto de las colaboraciones recibidas como de los comentarios de los integrantes, y esta también es una actividad de aprendizaje colectivo.

Este número aniversario consta de dos volúmenes. El primero está dedicado a las jornadas de literatura y psicoanálisis, y esperamos que refleje la fértil tensión entre ambas disciplinas, relación que, al decir de Piglia, oscila entre el temor y la fascinación. Los literatos temen que los psicoanalistas ingresen en sus ámbitos más queridos sin mucha delicadeza, aunque también tienen cierta fascinación por lo que el psicoanálisis les permite comprender de la psiquis y de su capacidad creativa. Para los psicoanalistas, los escritores y poetas son muchas veces adelantados en

la captación del vivenciar humano, y otras veces parecen ilustrar lo más trastornado de este. También el psicoanálisis puede correr el riesgo de ser considerado una forma literaria más.

El segundo volumen es una selección de trabajos presentados en el Congreso «El cuerpo: Encrucijadas». En este se expresan diferentes miradas sobre el cuerpo y se plantea el problema de la especificidad psicoanalítica —¿Qué es el cuerpo para el psicoanálisis?—, la importancia del cuerpo y sus diferentes presentaciones en la clínica —desde las posturas corporales a los tatuajes—, el cuerpo y su relación con las nuevas tecnologías y cómo esto se vincula con nuestro oficio, tanto desde una perspectiva teórica como desde la práctica. Por otra parte, el cuerpo y las neurociencias —¿Qué nos aportan los conocimientos neurocientíficos?—, así como los temas referidos a las adicciones, su impacto sobre el cuerpo y el psiquismo, y su posible abordaje psicodinámico. Por último, el cuerpo en su vertiente político-social, expresada en trabajos centrados en el Holocausto y la tortura. Esperamos que este volumen refleje el interés y la pasión que se vivieron en el congreso.

Quiero agradecer a los lectores, los autores, los revisores, la correctora, el diagramador, la bibliotecóloga, los integrantes de la comisión de indexación y los integrantes de la comisión de publicaciones, que con su esfuerzo hacen posible la existencia de nuestra *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*.

LUIS VILLALBA

Director de la Comisión de Publicaciones

CONFERENCIA DE APERTURA

Jornadas de Literatura y Psicoanálisis: «Qué-hacer con las letras. Texturas del psicoanálisis y la literatura»

Montevideo, 1 y 2 de abril de 2016



MARTA LABRAGA DE MIRZA¹

Desde nuestras primeras Jornadas de Literatura y Psicoanálisis², en 1995, aun en la discontinuidad mantuvimos hasta el presente la perspectiva de realización de jornadas abiertas al medio, compartiendo nuestra especial relación con las letras, la escritura, el arte y la creación.

Como destacamos en la convocatoria entre lo íntimo, privado y singular del decir del acto analítico en su reserva transferencial y el alcance mayestático, especulativo y conceptual de la teoría, de la metapsicología, en su búsqueda organizadora y reflexiva de entender al sujeto, hay un hiato incolmable. Esto propio del psicoanálisis es similar en el arte y en la literatura. El arte de la metáfora no puede ser desmontado sin perderla,

- 1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. martalabraga@gmail.com
- 2 Nuestras primeras jornadas fueron en 1995, bajo el título «Discurso literario-discurso psicoanalítico (tiempos, escenarios, personajes)». Constituimos, en ese momento, una comisión amplia: Beatriz de León de Bernardi, Juan Carlos Capo, Laura Verissimo de Posadas, Beatriz Suárez Lope, Gladys Franco, Marta Labraga de Mirza (coordinación), dentro del marco de actividades del Centro de Intercambio de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay que dirigía Paulina V. de Hoffnung. Desde 2009 en adelante, la comisión estuvo integrada por Gladys Franco, Laura Verissimo, Marta Labraga y, en especial para estas de 2016, trabajó con nosotras Susana Balparda, directora del Centro de Intercambio.

y buscamos qué travesía se produce desde la literatura a la teorización en psicoanálisis, qué lugar ocupan las letras en nuestro quehacer y cómo somos afectados por las obras literarias en nuestra práctica clínica.

Este lazo de interés profundo encierra una posición y una concepción del psicoanálisis: no entendemos la clínica psicoanalítica y la teorización del psicoanálisis de otro modo que no sean atravesadas por las letras, y estas fronteras de todas estas disciplinas con el psicoanálisis son ese borde permanente por donde crecen estos campos de subjetivación; todo lo que nos proponemos en cada una de estas actividades como formas de trabajo con el lenguaje y las imágenes promueve la producción del sujeto.

En esta convocatoria del presente, el punto de partida fue un desacomodo y un cierto desconcierto desde la actualidad. La formulación parece condensar un oficio y una práctica, un trabajo *con* y *de* letras, la literatura en sus vertientes dramaturgica, narrativa, poética y también como campo de imágenes, red significativa que subtiende el cine o las artes plásticas. Pero también hay en la frase una doble postulación: el camino que se abre a lo que sí se puede hacer con las letras —como conocido y tal vez repetido y tranquilizador— y la pregunta que encierra la frase, entre impotente y rebelde: ¿De qué modo poner de manifiesto cómo solo las formas artísticas, de creación, nos sostienen y hacen entrar sus mundos metafóricos en el discurso del psicoanálisis? ¿Cómo no perder en medio de lo modélico y abstracto de la teoría esas formas siempre *actuales*, diversas y singulares que trae la literatura de entender el cuerpo de la letra y el decir del cuerpo sexual y sexuado en las vías del deseo, la angustia, el goce?

Quizás el desacomodo venga de que el valor de la relación entre literatura y psicoanálisis ya no es cuestionable, no está puesto en duda, aunque siempre haya que reconocerla. Pero hay que dar un paso más y mayor en nuestra contemporaneidad, y es contrarrestar la neutralización, la modelización y la banalización de esa relación, y lograr que en los distintos campos —en lo que nos pueden decir las letras y qué hacer con ellas, y en lo que nos va diciendo lo psicoanalítico como experiencia de una práctica de lenguaje— podamos alejar el interpretacionismo, la lectura canónica, la coagulación interminable de sentidos, el apagamiento de lo nuevo.

Entendemos que todos estos trabajos presentados son la manifestación de algo central, toman autores clásicos o bien actuales y próximos

porque el lenguaje se les ha vuelto problema, pero también los modos del vivir; para soportar y resistir este *más allá del malestar en la cultura* de un mundo que nos perturba y donde *malestar* es un término suave para nombrar su impacto. El empuje a la cientificidad, bajo la forma de deseo de claridad y comprensión, ha llevado al psicoanálisis a un punto difícil y a otro viraje de su historia: neurociencias o literatura. Nos parece una disyuntiva falsa, que no nos hace honor a los analistas y que ningún estudio debería sostener. Nos sostenemos todos los humanos de discursos, campos donde vivimos y creamos, y entre *el mapa y el territorio* debemos trazar recorridos de signos y no de sentidos, que advendrán, realmente, por añadidura.

La subjetivación, la comprensión del sufrimiento, los padecimientos de lo traumático y de las pérdidas no pueden ser entendidos desde una concepción del cuerpo-mente general y que siga el paradigma de la ciencia, sino de un encuentro significativo de sujetos; encuentro y desencuentro que haga lazo con otro que es siempre, si está allí, un ser que ha leído y sufrido. Eso es lo que quería decir Foucault (2012) cuando nombraba la experiencia de adentrarse en uno mismo, de escribir, como un *beau danger* («bello peligro»), un registro de intimidación inédito, no como interpretador hermeneuta, sino como alguien que mide desde ciertos ángulos la distancia existente entre el pasado y la actualidad; «colocarse por la escritura en la distancia que nos separa de la muerte» (p. 81) y rastrear una verdad que hace «que yo no esté muerto en el momento en que escribo sobre ciertas cosas muertas» (p. 81). También evocamos a Badiou (2009), que nos habla de peligro o de riesgo en la *empresa* del amor, que —como la guerra— no puede ser como tratan de presentarla, sin riesgos, «o muertos».

Queremos reconocer que esa relación existe. Queremos volverla a vivir o revivir, visitar las lecturas de los maestros y tener el reencuentro con el placer de la lectura, del espectáculo teatral, de las artes plásticas, de la imagen en cine y de la reflexión dolorida de la polis; eso, tratando siempre de poner a raya la homogeneización de los modelos de consumo de mercado y los discursos hegemónicos.

Nos interesa leer y releer no solo a los clásicos y los grandes artistas, *les belles lettres*, sino seguir las creaciones del presente, que *se hacen* muchas veces a partir de una microficción de la biografía singular, perturbadas

y perturbadoras, donde surgen las facetas diferentes del erotismo y de la muerte, como pasa en dramaturgia con los trabajos de un director-escritor y sus actores. Arman y dan estructura a partir de sus propias experiencias personales a una obra, en una forma diferente a los conceptos establecidos de representación. Y en cine o en narrativas actuales, escuchar el resto, el fragmento, lo incipiente que se abre paso, permitírnos escuchar la evocación, la alusión, la invocación, la elisión. En nuestros dos campos, eso también incluye estar abiertos *al horizonte de subjetividad de nuestro tiempo* y ser capaces de reducir el agobiante universo de sentidos, el que puede terminar en vacuidad o en falsa explicación conductual.

«El sentido eso obstruye, pero con la ayuda de aquello que se llama escritura poética [...] [se puede] tener la dimensión de lo que podría ser la interpretación analítica» (Lacan, 1977).

El mundo de Freud y la necesidad de justificación de cientificidad de su obra hace mucho que quedaron atrás porque nacían de la búsqueda de ser aceptado en el contexto de su época, en esa Viena del siglo XIX a la que verdaderamente pertenecía Freud en la concepción de la teoría, aunque el salto subjetivo que promovió fuera tan enorme y tan vigente en sus efectos. Sin embargo, la acusación de falta de cientificidad perdura hasta hoy; la crítica continua a los presupuestos analíticos y la acusación variada de falsedad, la presión hacia el encuentro de un basamento científico-orgánico de las perturbaciones psíquicas siguen actuando en el presente.

Ya hacia el fin de su vida, Freud dijo:

Todo el mundo cree que yo me atengo, antes que nada, al carácter científico de mi trabajo y que mi meta principal es el tratamiento de las enfermedades mentales. Es un tremendo error que ha prevalecido durante años. [...] Yo soy un científico por necesidad, y no por vocación. Soy, en realidad, por naturaleza, un artista. [...] Mis libros, de hecho, se parecen más a obras de imaginación que a tratados de patología [...]. En el psicoanálisis usted encontrará reunidas, aunque transformadas en jerga científica, las tres grandes escuelas literarias del s. XIX: Heine, Zola y Mallarmé... bajo el patrocinio de mi viejo maestro Goethe. (Freud, citado por Ansermet, 1990, p. 6)

Dice Roudinesco que Lacan con su estilo y enseñanza restauraba la figura freudiana del maestro socrático en una época en la que «ésta era considerada nefasta por la IPA... preocupada por formar buenos profesionales del psicoanálisis». Y este es un gran riesgo actual aunque venga de lejos: que se desarrolle no el analista que puede estar en transferencia con sus maestros y admirarlos trabajando con ellos, sino el analista-amaestrado, un psicoanalista como *profesional* de lo psíquico, movido por el interés de *encaminar* a los pacientes a una supuesta *felicidad*, borrando el conflicto en *provecho de un ideal de gestión tranquila*. La verdadera fidelidad a una herencia y a los destinos de la filiación es poder ser infiel. Y serle infiel es no seguirla literalmente, ni totalmente, en una totalidad imposible, sino separarse, pensar, tomar distancia para introducirse en las fisuras y contradicciones de una obra o de un pensamiento. De otro modo, sí estaríamos en la verdadera infidelidad.

Y para esos modos de reflexión que arrastran nuestros universos inconscientes, nuestros modos oscuros de sufrir y nuestras limitaciones tenemos la travesía de las letras.

¿Desde dónde estamos pensando? Desde un lugar incómodo, entre aquellos que se dedican a la literatura aparece el recelo de la *aplicación*, del abuso de la disciplina psicoanalítica interpretativa sobre lo literario. Entre los analistas, la desconfianza de los imaginarios y de la falta de seriedad científica o de experiencia clínica. El deseo de valorizar siempre la otra jerga, el entrelazado conceptual de la metapsicología considerada corpus de pensamiento. Pero, además, en el presente a veces sigue el ataque al psicoanálisis y a las letras a partir de un *¿para qué sirven?*

E. Roudinesco (2015) —como escritora de *La batalla de los 100 años*, sobre la historia del psicoanálisis en Francia, y ahora autora de una nueva historia, más que biografía de Freud— comenta que *El libro negro del psicoanálisis* que se publicó en Europa con difusión masiva y hecho por antiguos analistas muy pensantes dice que tiene seiscientos errores. Los inventarió y difundió, hecho por el que le hicieron un juicio por difamación, el cual lo ganó.

Asimismo, también de un modo oficial, la literatura sufre embates caricaturales pero terribles, como el del año pasado, cuando surgió la noticia desde Japón —ese mundo tan admirado por su literatura, con creadores

de mundos complejos de personajes oscuros o torturados y hondamente sensibles y reflexivos— de una decisión política: deshaciendo el concepto mismo de polis, se determinó cerrar las facultades de humanidades y de ciencias sociales con el argumento de que eran «teóricas, inútiles y desconectadas de la economía». Más allá de las resoluciones posteriores, esto nos importa porque enuncia algo que vuelve a advertirnos sobre que siempre puede aparecer para el arte y el psicoanálisis una amenaza-deseo de muerte³.

El psiquismo no es la mente, pero además no está allí el mayor punto de discusión, sino en tratar de captar cómo aparece magníficamente en todos los trabajos que las humanidades y el arte son las formas de mantener, *no* el humanismo —que hace siempre estragos (el psicoanálisis no es un humanismo)—, sino la subjetivación. Esas posibilidades de producción de sujetos —que solo se logra a través del dolor, de la pérdida, de la angustia o el vacío de donde surgen la creación, la metáfora— son las que cada vez pueden aparecer más amenazadas. Y, entonces, cómo no pensar «¿Qué hacer?»... ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Ansermet, F. (1990). *La psicosis en el texto*. Buenos Aires: Manantial.
- Badiou, A. (2009). *Eloge de l'amour*. Barcelona: Flammarion.
- Foucault, M. (2012). *Un peligro que seduce: Entrevista con Claude Bonnefoy*. Madrid: Cuatroediciones.
- Lacan, J. (1977). L'insu que sait de l'une-bevue s'aile à mourre (Seminario del 19 de abril de 1977). Disponible en: <http://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/1977.04.19.pdf>
- Roudinesco, E. (2015). *Freud: En su tiempo y en el nuestro*. Buenos Aires: Debate.
- Toyos, M. (2015). El duende del psicoanálisis y las neurociencias. *Calibán*, 13(2), 36-46.

3 Cf. Marcelo Toyos (2015) trae en su texto la información de que en 1933 en Buenos Aires aparece el trabajo de Freud y Breuer Comunicación preliminar (sobre *Estudios sobre la histeria*), cuya traducción del alemán se había pedido a Argentina desde España, pero en España el dictador Franco anuló esa publicación por considerarla inhumana y nociva para la sociedad.

La cena: apuntes para seguir pensando los modos de transmisión del deseo y la ley



SUSANA BALPARDA¹

Dos parejas se han citado a cenar en un moderno y exclusivo restaurante de Ámsterdam. Mientras saborean el aperitivo y charlan con aparente despreocupación sobre temas banales, saben que en algún momento deberán hablar de sus hijos adolescentes, que, según algunos indicios, podrían estar envueltos en un caso de violencia grave. Luego de los postres, la tensión será máxima y la cadena de secretos y actos tendrá un final dramático.

Herman Koch² con su novela *La cena* (2009) me interpeló acerca de algunos cambios en las parentalidades y filiaciones; *específicamente, en la transmisión del deseo, de la ley simbólica y sus efectos*. El autor nos presenta un panorama complejo, abierto a las subjetividades en juego; no juzga los hechos, evita deliberadamente darle un sentido moral al asunto, postura no siempre fácil de sostener, pero que hace a nuestro oficio de psicoanalistas. El relato está ubicado en una clase social acomodada de Holanda, pero refleja situaciones que no nos son ajenas y podemos pensarlo como una «tendencia» entre otras, como anuncian filósofos, sociólogos, historiadores, psicoanalistas, pero nada mejor que las narraciones literarias.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. susanabalparda@gmail.com

2 Holandés, nacido en 1953, es uno de los escritores más destacados de Países Bajos en la actualidad, es ampliamente conocido por sus libros, sus columnas periodísticas y su trabajo en televisión.

Subrayo esto último porque el autor no pone el foco en la violencia vinculada a la exclusión social, a los márgenes, sino a otros sectores que accedieron a los bienes de consumo, a la educación, etc. Se trata de una *familia nuclear* sobre el soporte de una pareja heterosexual de veinte años de convivencia.

El personaje narrador —Paul, padre de uno de los chicos— deja entrelazar rápidamente su preocupación por el futuro de su hijo y de su familia, intercala vivencias pasadas, historias, momentos difíciles, y de ese modo nos da a conocer aspectos de su propia vida y del resto; en ella, la violencia es moneda corriente. Paul y Serge (político exitoso) son hermanos y viven con sus esposas, Claire y Babette. Cada pareja tiene hijos; en el caso de Serge y Babette, tres: Rick (dieciséis años), Valerie (trece años) y Beau (un chico de entre catorce y diecisiete años), adoptado a través de un programa de ayuda a niños que nacen en África (Beau proviene de Burkina Faso)³; Paul y Claire tienen a Michel (quince años).

Si bien el texto es muy rico en la apertura de diferentes líneas por donde introducirnos, para este artículo me enfocaré en la intimidad de la familia constituida por Paul, Claire y Michel. En ella no se muestran conflictos interpersonales y tampoco individuales; las normas, los ideales, la ley se acomodan de tal modo que molesten lo menos posible.

Al empezar el libro, encontramos la referencia a una frase conocida y multívoca en significación: «Todas las familias felices se parecen entre sí, pero cada familia desdichada ofrece un carácter peculiar»⁴. La palabra *feliz* o *felicidad*, «el olor de la felicidad» aparece mencionada muchas veces a lo largo de la narración; la felicidad de su hijo, de su vida propia, de su mujer, de su familia, como si fuese un horizonte a alcanzar no importa de qué manera, tal vez ante la sensación de que es frágil y que está construida desmintiendo la realidad que golpea una y

3 Burkina Faso es un país africano sin salida al mar, «independizado» de Francia en 1960. Llamado antiguamente Alto Volta, desde 1984 fue rebautizado por el presidente de turno como Burkina Faso, que significa, en lengua originaria, «Patria de hombres íntegros». Es uno de los países más pobres del mundo, donde la esperanza de vida hoy es de 49 años. Ver: Burkina Faso (s. f.). En *Wikipedia*. Disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Burkina_Faso

4 Tolstoi, primera frase de *Ana Karenina*.

otra vez. «Victoria con sabor a derrota», oxímoron que bordea algo de lo increíble, de lo verdadero.

Vacío es otra palabra que acompaña el texto, pero en relación con descripciones de exóticas comidas y a su distribución en finos platos: «el vacío inconmensurable del plato de Claire» (p. 48), «el vacío, la parte del plato en que no había nada de comida, rozaba la paradoja» (p. 48). Viene en nuestra ayuda la paradoja... , algo se desliza en los pliegues de opuestos y sugiere que, en *La cena*, «el vacío» no es metáfora o metonimia de la falta, del límite, de lo que no se tiene y no se tendrá, de lo que se estructura como ley, prohibición habilitadora y garante de la vida.

El libro describe por lo menos dos hechos violentos:

Hecho 1. Este episodio trasciende a los medios de prensa, ya que estuvo filmado por las cámaras de un cajero automático. En un principio están Rick y Beau (dos hermanos) y el primo Michel. Vienen de una fiesta y necesitan dinero, encuentran un cajero automático ocupado por basura que desprende un olor insoportable, descubren que se encuentra allí una «persona que respira» (p. 121), es una indigente durmiendo.

¡Una indigente! Aparece lo disruptivo en un mundo desmentidor de lo diferente; la mujer es parte del mundo real que ellos prefieren no ver, por eso la odian. Beau (hermano adoptado) plantea buscar otro cajero; al no obtener aprobación, se va, pero los otros deciden quedarse. La golpean, le tiran más basura y objetos que encuentran en la calle, la insultan y, finalmente, apuntando a la cara, le tiran un bidón de material inflamable: «vamos a fumigar este lugar» (p. 126), dicen, y aparece un encendedor con llama... La mujer muere. Se ve a los muchachos en el video que reían, chocaban los cinco, «reclamaban un lugar en nuestra memoria colectiva» (p. 127), dice el narrador. Paul, al ver «la imagen que dio la vuelta a medio mundo» (p. 128) reconoció inmediatamente a su hijo y a su sobrino, aunque la calidad de las mismas distorsionaba los rostros⁵.

5 Esta situación recuerda a la escritora austríaca contemporánea Elfriede Jelinek y su novela *Los excluidos* (2008). En esta, cuatro adolescentes —tres estudiantes de bachillerato y un muchacho de clase obrera— asaltan transeúntes para robarles. Los jóvenes responden con disgusto y odio a los planteos de la sociedad en la que viven.

Hecho 2. *In crescendo* en este clima sórdido hay otra situación posterior en la que los primos, en complicidad con Claire (madre de Michel), deciden eliminar al testigo molesto, Beau. Esa noche, los adultos se reúnen para cenar en familia; mientras, Michel y Rick matarán a Beau. ¿Será casualidad que piensen en soluciones drásticas para eliminar, justamente, a Beau? Beau los extorsionaba porque quería dinero para comprarse una moto. ¿Formaría parte de otra «fumigación»? Situaciones complejas en las que el otro desaparece como sujeto o tal vez sería más justo decir: en las que el otro nunca existió como sujeto para esas personas.

El diálogo que se produce cuando Paul, el protagonista, se encuentra por primera vez con Michel, su hijo, después de conocer los hechos, es llamativo: el hijo solo le pregunta qué videos vio en el celular y si la madre lo sabe (pregunta retórica, porque no solo lo sabe, sino que está colaborando activamente para silenciar a Beau). El padre, con una «sonrisa estúpida» (p. 131), dice: «mientras no pase nada, no haremos nada»⁶ (p. 140). «Hice lo que en mi opinión era lo correcto como padre: me puse en su lugar, [...] me identifiqué con él» (p. 139), y piensa que otro padre le diría al hijo «Michel, espera un momento, tenemos que hablar... yo no era este padre» (p. 142). Apuesta a que dentro de seis meses todo el mundo se olvidaría del suceso y volverían a vivir «como una familia feliz» (p. 147), pues todas se parecen. Grandes palabras literalmente vaciadas de sentido.

Me resulta pertinente recordar el encuentro de Telémaco con su padre, Ulises, en *La Odisea* (Homero, trad. en 1951), encuentro luego de veinte años de añoranza del uno por el otro: «se abrazaron entre sollozos y lágrimas... les vino el deseo del llanto y lloraron ruidosamente plañendo más que las aves cuando los rústicos les quitan los hijuelos que aún no volaban [...], movían a compasión...» (p. 171). Ulises estuvo *ausente* durante los primeros veinte años de su hijo Telémaco, y esta ausencia no es vivida como se viviría una ausencia en el mundo actual (Giucci, 2012), donde

6 Dice Paul: «no queremos inculcarle un sentimiento de culpa. Me refiero a que es culpable en parte, pero lo que no puede ser es que una indigente que está estorbando en un cajero automático se vea como la inocente de la película» (p. 239). De estas palabras se desprende que estaría bien eliminar indigentes, existirían grupos sociales (razas inferiores) que no se merecen vivir, jén tanto otras se arrojan el derecho a todo!, incluso a eliminarlos si son «escollos», como en este caso.

la tecnología podría mostrarnos (con un poco de humor) a Ulises en la isla de la ninfa Calipso, a Ulises peleando con el gigante Polifemo (hijo de Poseidón)... En aquel momento, una ausencia tan larga significaba desaparición, muerte... De hecho, el palacio de Ítaca se encuentra invadido por decenas de pretendientes que, creyendo que él ha muerto, buscan a Penélope como esposa.

«Ni hablar de Edipo si no está el padre, e inversamente hablar de Edipo es introducir como esencial la *función* del padre» (Lacan, 1957, p. 170). Entiendo que tanto Lacan como Freud vivieron en lo que se ha llamado *sociedades de padre*, o *sociedades patriarcales* (Gil y Núñez, 2002; Tort, 2008); sin embargo, desde hace ya muchas décadas vivimos una realidad de la familia que hace pertinente referirnos a *funciones simbólicas parentales* (Balparda y Schroeder, diciembre 2014), descentrando la persona y el sexo de quien ejerza, reuniendo función de corte (antes, función paterna) y función narcisizante (antes, función materna). ¿Cómo articular la *coexistencia* de marcos simbólicos nuevos y viejos?

También quiero deslindar lo que Lacan, no sin ironía, define como cuestiones «ambientalistas» (Lacan, 1957, p. 170), en referencia a la presencia o ausencia; presencia benéfica o maléfica de padre real para explicar situaciones. ¿Qué quiere decir carencia paterna, carencia de padre o madre? Recurrimos a la imagen del padre o la madre, si estaba presente o ausente, sin advertir que de este modo estamos en un registro biográfico, y no estructural o íntimo. ¿Puede haber Edipo como situación estructurante con ausencia real de padre o madre? Pregunta vieja que reaparece de muchas maneras; hoy, por ejemplo: ¿Pueden ejercerse en un hogar monoparental funciones de corte y narcisización a un niño?

Recurrimos nuevamente a *La Odisea* y a la familia constituida por Ulises, Penélope y Telémaco. La ausencia de padre real es evidente, pero ¿podemos hablar de ausencia como *función paterna*, como función de corte o funciones simbólicas parentales? Penélope, su madre, fue capaz de sostener función de corte y narcisización teniendo al padre, la memoria del padre, la esperanza del reencuentro como soporte de la ley que ella misma encarnaba.

En *La cena*, Paul, como padre, estaba lejos de faltar en la realidad y se ocupaba mucho de su hijo, al igual que su madre, Claire, pero ¿qué lugar

tenía dentro de la estructura? ¿Y Claire? Madre y padre *protegen* a Michel, pero no transmiten la ley, la ley que también cuida y habilita. ¿Qué quiere decir *proteger* o *cuidar* o narcisizar? En este caso, se miran entre sí, los tres en forma horizontal, como en un espejo, como una expansión de sí mismos; no ingresa la diferencia, el corte, el límite. ¿Podemos hablar entonces de funciones simbólicas parentales? Esta es la cuestión psicoanalítica.

Claramente, Koch no quiere dar *lecciones morales*, no reivindica la autoridad paternalista, sino que nos invita, nos provoca, como lectores, a pensar, a crear inquietudes y preguntas más que respuestas..., y diría, también, a pensar en las parentalidades y filiaciones, ángulo posible desde donde observar cambios culturales y el legado a próximas generaciones.

Dice Paul: «Muchas veces que había mirado a Michel y su madre (abrazados) y cómo nunca había intentado inmiscuirme entre los dos: también eso formaba parte de la felicidad» (p. 162). No inmiscuirse entre el hijo y la madre forma parte de la «felicidad», pensamos en la prohibición dirigida tanto hacia el niño como hacia la madre, madre que en complicidad con su hijo excluyen al padre... En esta escena, la pareja es la madre y el hijo, Paul está «felizmente» excluido, arrobado, mirándolos.

Si descentramos las funciones del sexo de quien la ejerza, pensamos: ¿Qué lugar ocupa Claire en la transmisión de las funciones simbólicas? Claire está involucrada desde el minuto cero, ella sabe lo que han hecho Michel y Rick, encubre al hijo y planifica el final con el objetivo de que su hijo no sea juzgado por la ley.

En una entrevista publicada en Youtube (InformaRN, 2013), un periodista español le pregunta a Koch qué hubiese hecho él con su hijo si estuviese involucrado en un tema de violencia y muerte como aparece en el libro; él escribe porque no sabe cómo responder esa pregunta. Piensa que no sería justo que todo el peso de la ley cayera sobre estos jóvenes como únicos responsables, pues sería un razonamiento muy simplista: no pensar, no considerar lo que promueve la sociedad actual en jóvenes, una cultura en la que todo hay que mostrar, en la que se promueve el vale-todo, tú lo mereces, tú puedes, tú debes... (gozar). Por otro lado, no está de acuerdo en esconder los delitos frente a la ley, aunque ellos impliquen un castigo.

La situación vivida por las familias que protagonizan *La cena* podría representar una manera de ser padres y de ser hijos; por lo que he descri-

to, los personajes no se inscriben en los parámetros neuróticos que nos son más familiares, sino que representan aspectos de lo que Dufour ha planteado como *perversión*, en los que la prohibición es sustituida por el mandato de goce. Pensamos, dice este autor, que «el pensamiento crítico y la neurosis aún tienen resto y un futuro por delante» (Dufour, 2009, p. 29), y agrego: si sabemos leer los rasgos que le imprime la época. Podemos ver en los cambios culturales, en lo actual, un desvanecimiento progresivo de las posibles figuras del gran Otro, al tiempo que un aumento de lo que Dufour llamó las formas de perversión... «Hay una mutación histórica en la figura misma del gran Otro» (Labraga y Verissimo, 2012, p. 173). Otro, básicamente, *represivo* de pulsiones, sustituido por otro *incitativo* al que Dufour llamó «El divino Mercado» (p. 173). Este, desde hace más de treinta años, «presentado como el remedio para todos nuestros males» (p. 173), es un gran Otro que ya no nos dice «no hagas», sino que nos dice «tú puedes».

No debe ser casualidad que el escritor haya elegido para el lugar del crimen un cajero automático, ícono de la sociedad de consumo que nos invita a no privarnos de nada; siempre hay dinero disponible para consumir, imperativo de goce.

La cena transcurre... Cuando por fin hablan sobre cómo enfrentarán lo que está sucediendo, Serge se muestra algo diferente de cómo nos fue mostrado a través de Paul. Está dispuesto a renunciar a su candidatura y decir la verdad a la Policía. Babette prefiere callar porque anhela, por encima de todo, que su marido sea el nuevo Presidente de Holanda. Serge, finalmente, calla. Él, que experimentó en otro momento la violencia del hermano en su propio cuerpo, confía en que ante un hecho tan grave y violento, la *familia* esté unida y busque una solución *valiente y sincera*.

Este relato configura una aguda denuncia hacia la clase política que nos permite reflexionar acerca de quiénes son elegidos para dirigir los destinos de las naciones.

La novela termina con la familia feliz, más unida que nunca, pues, como dice Paul, «ahora compartíamos algo» (p. 281). ♦

RESUMEN

¿Cómo somos afectados por las obras literarias en nuestra práctica y teorización psicoanalítica? Traigo la lectura y algunos apuntes de *La cena*, de Herman Koch, para seguir pensando los modos de transmisión del deseo y la ley y sus efectos; la familia más allá del «desorden» (Roudinesco, 2002), la parentalidad y la filiación sin legalidad. ¿Cómo transmitimos el deseo de una generación a otra, de qué deseo hablamos cuando no está enmarcado en la prohibición?

La ausencia empírica del padre no supone en sí mismo un trauma; su carencia se vuelve traumática si implica una carencia simbólica. En este sentido, también evoco al personaje de *La Odisea*, Telémaco, hijo de Ulises y Penélope, a quien se crió en ausencia real de padre. *La cena* y *La Odisea* son relatos muy distantes en tiempo cronológico; sin embargo, mantienen una continuidad temática que en este caso colabora para seguir pensando en los cambios en las subjetividades que, creemos, están supeditadas a la variación histórica, aunque al mismo tiempo también creemos posible sostener que lo Inconsciente ignora el tiempo. ¿Qué cambia? ¿Qué permanece?

Tomo, finalmente, a Dany-Robert Dufour. ¿El sujeto de la civilización contemporánea continúa organizando su sufrimiento en forma neurótica? ¿Está amenazada la existencia del «sujeto freudiano», paradigma de la modernidad y, por lo tanto, sus modos de organización, defensas y goces?

Descriptor: PSICOANÁLISIS / ARTE / LITERATURA / LEY / LEY DEL PADRE / FAMILIA / FELICIDAD / PARADOJA / VIOLENCIA / DESMENTIDA / GOCE DEL OTRO / FILIACIÓN / ENGANCHE MALIGNO / LAZO SOCIAL

SUMMARY

How are we affected by literary works in our psychoanalytic practice and theorization? I resort to some notes from my reading of *La cena* (*The dinner*), by Herman Koch, in order to continue our reflection on the forms of transmission of the wish and the law and their effects; the family beyond the «mess» (Roudinesco, 2002), parenthood and filiation outside legality. How do we transmit the wish from one generation to the next? Which wish are we talking about when it is not within the frame of prohibition?

The actual absence of the father does not in itself imply a trauma; his absence becomes traumatic only if it implies a symbolic absence. In this sense, I will also mention Telemachus, the character in *The Odyssey*, son of Odysseus and Penelope, who was raised in the actual absence of his father. *The dinner* and *The Odyssey* are very distant accounts in chronological time; however, there is a thematic continuity which in this case contributes to our understanding of the changes in the subjectivities which, we believe, are dependent on historical variation, though we consider it is also possible to sustain that the Unconscious ignores time. What changes? What remains?

Finally, I refer to Dany-Robert Dufour. Does the subject of contemporary civilization continue to organize his suffering in a neurotic way? Is the existence of the «Freudian subject», paradigm of modernity, under threat, and therefore its forms of organization, defenses and pleasures are also under threat?

Keywords: PSYCHOANALYSIS / ART / LITERATURE / LAW / LAW OF THE FATHER / FAMILY / HAPPINESS / FILIATION / PARADOX / VIOLENCE / DISAVOWAL / OTHER'S JOUISSANCE / HARMFUL CONNECTION / SOCIAL BOND

BIBLIOGRAFÍA

- Balparda, S. y Schroeder, D. (diciembre 2014). Funciones simbólicas parentales. En Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay, *Parentalidades y cambios familiares* (pp. 122-135). Montevideo: Imprimex.
- Dufour, D.-R. (2009). *El arte de reducir cabezas*. Buenos Aires: Print.
- Gil, D. y Núñez, S. (2002). ¿Por qué me has abandonado? El psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal. Montevideo: Trilce.
- Giucci, G. (2012). El retorno de Ulises: La angustia de la identificación. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 114, 101-114.
- Homero. (trad. en 1951). *La Odisea*. Buenos Aires: Austral.
- InformaRN. (2013). Herman Koch, o los dilemas de la vida [video]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=AiZ4vt2SNUQ>
- Koch, H. (2009). *La cena*. Barcelona: Salamandra.
- Labraga de Mirza, M. y Verissimo de Posadas, L. (2012). Con Dany-Robert Dufour. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 115, 171-172.
- Lacan, J. (2013). La metáfora paterna. En J. Lacan, *El seminario de Jacques Lacan, libro 5: Formaciones del inconsciente* (pp. 170-171). Buenos Aires: Paidós. (Seminario dictado en 1958).
- Roudinesco, E. (2002). *La familia en desorden*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Tort, M. (2008). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós.

Felicidad clandestina: sujeto, objeto y goce en la obra de Clarice Lispector



VERÓNICA PÉREZ HORVATH¹

Clarice Lispector (1920-1977) nace en Ucrania, con el nombre de Chaya. Cuando ella tiene apenas un año de edad, migra con sus padres a Maceió, Brasil, donde todos traducen sus nombres y adoptan la nacionalidad brasileña. Chaya pasa a ser, entonces, Clarice. Su infancia transcurre entre Maceió y Recife, y en la adolescencia se muda a Río de Janeiro con su padre y su hermana Tania. La madre muere cuando Clarice tiene diez años de edad.

Los personajes de Clarice Lispector nunca atraviesan situaciones fuera de lo común. Es más bien lo cotidiano lo que es transformado en suceso extraordinario. Sus personajes son sujetos confrontados con el enigma de su propia existencia, sus obsesiones y los laberintos de la relación con el otro. Una mujer se pregunta por su existencia ante el espectáculo de una cucaracha aplastada. Otra mujer se tropieza con un animal muerto mientras está pensando en la eternidad. El encuentro, efímero pero trascendente, entre una niña pelirroja y un perro anaranjado reunidos por el mismo sentimiento de excepción. Estos son algunos de los personajes que pueblan la obra de Clarice, difícil de clasificar. Muchas de las historias

1 Licenciada en psicología. Psicoanalista. Docente del Instituto de Psicología Clínica, Facultad de Psicología, Udelar. psivernicaperez@hotmail.com

parecen memorias, como los varios relatos inspirados en su infancia en Recife.

Freud se preguntaba en 1908 de dónde extraería el creador literario el material para sus obras. Freud proponía un hilo conductor entre el juego infantil, el sueño, las ensoñaciones de los neuróticos y la producción literaria. Suponía en el creador literario una capacidad de sublimación que lo haría trascender sus fantasmas individuales, de cualquier otro modo censurables para el resto del mundo, fantasmas que se vuelven comparables gracias a la prosa seductora del escritor. Por eso conminaba a sus lectores a confiar en los escritores y aprender de ellos: los poetas, como los llamaba Freud, tienen un saber sobre la vida psíquica que hace parecer pobres e insípidas las construcciones del psicoanálisis (Freud, 1907/1976). Saber sobre sí que resta no sabido para el sujeto, pero que el creador literario puede decir con la belleza de las letras como si mantuviera abierto el camino para ir y venir de ese saber.

Para Lacan, sin embargo, la cuestión del arte no quedaría subsumida a la sublimación. Sus reflexiones sobre la creación literaria, lo harán destacar la función del *velo* como aquella función que permite mostrar-ocultar objetos que de otro modo resultarían abyectos. Idea de velamiento de lo real que pondrá a Lacan en el camino de pensar su teoría sobre la angustia, concomitante a la invención del objeto *a* como el objeto causa de deseo (Lacan, 1959-1960/1987).

Sobre este real, lugar vacío de significaciones, el escritor operaría de manera sensible, transponiendo imágenes, produciendo a partir de ese lugar vacío metáforas luminosas. Podemos aquí pensar en la noción de metáfora no apenas en un sentido lingüístico, sino, ateniéndonos a su sentido etimológico, pensándolas como transporte: aquello que lleva de un lugar a otro. Sería eso lo que de alguna forma el creador produce: transmutaciones, metáforas, pasajes a otra escena, pasajes de significación, transmutaciones de la realidad y de las cosas.

Cuando nos enfrentamos a un relato autobiográfico, en el que el autor declara estar exponiendo parte de su ficción personal (y en la medida, claro está, en que le creamos), podemos sentirnos tentados a tomar el relato y explicar al escritor a través del mismo. ¿Pero no sería una interpretación salvaje proceder a un análisis sin un sujeto que responda por sus palabras?

¿Acaso el valor de la obra literaria para el psicoanálisis consiste apenas en que nos presenta casos clínicos con elevado refinamiento estético? ¿Cuál podrá ser entonces el interés de un texto literario para el psicoanálisis?

Pienso que leer una obra literaria *con* el psicoanálisis puede ser también dejarnos conducir por las derivas significantes que la misma provoca, encontrando líneas de pasaje que nos interroguen en nuestro saber clínico y teórico.

Elegí dos relatos autobiográficos de la obra de Clarice Lispector que, me parece, dialogan entre sí. Ambos exponen un pensamiento de la escritora sobre el deseo y la satisfacción, referencias que también son centrales para el psicoanálisis.

La primera historia de la que me voy a ocupar se llama «Restos de carnaval». La protagonista de esta historia es una niña de ocho años que vive en Recife y que tiene locura por el carnaval, y cuya madre está gravemente enferma: tres puntos que podemos situar como claramente autobiográficos, pero, como fue planteado anteriormente, no me voy a detener aquí en esta línea. Tomaré estos elementos autorreferenciales apenas como piezas que arman el escenario de una ficción que pondrá sobre el tapete la relación entre algunos significantes que me interesa explorar: el deseo, la mirada, la madre, la muerte.

Para la niña de esta historia, carnaval es el tiempo fuera del tiempo. Es, en palabras de la protagonista, «como si las calles y plazas de Recife al fin explicasen para qué habían sido hechas. Como si voces humanas por fin cantasen la capacidad de placer que era secreta en mí»² (Lispector, 1971/1998, p. 25).

La niña queda arrobada con la diversión de los otros, aunque asustada con las máscaras que esconden los rostros. Hay en esta historia una *presentificación* de la mirada desde un lugar de *voyeur*, o desde un lugar de invisibilidad, o bien desde el abismo de una máscara que no garantiza ningún reconocimiento.

2 Todas las traducciones del portugués al español pertenecen a la autora del artículo.

Paradójicamente, esta niña solo ha vivido el carnaval como espectadora, siempre desde su vereda o ventana, sin nunca haber sido parte de la fiesta. «Nunca me disfrazaban», explica. «En medio a las preocupaciones con mi madre enferma, nadie en la casa tenía cabeza para carnaval de niños» (p. 26).

Obligada así a contemplar de lejos la fiesta de los otros, buscaba, sin embargo, realizar en ella pequeño cambios que la ponían en sintonía con lo que para ella constituía su deseo más ferviente: transformarse en otra. Para ello, le pedía a su hermana que le enrulara el pelo o que la maquillara, que la cambiara de alguna forma, aunque no se disfrazara.

Transformación en otra que toma la forma del ser otra-femenina a partir de la oposición niña-mujer. Ella no veía la hora de tornarse esa mujer: un escape, dirá la protagonista, que la salvaría de una vez por todas de la vulnerabilidad de la infancia.

Este carnaval para siempre evocado tuvo una nota diferente. Por primera y única vez, consigue realizar su deseo de disfrazarse: la madre de una amiga la viste de *rosa*, aprovechando los restos de papel crepé del disfraz que había hecho para su propia hija. Restos de carnaval, una rosa que no se parecía mucho a una rosa, pero cumplía su cometido. La protagonista vive la exaltación de la transformación, ser una rosa la deja al borde de la felicidad. Felicidad ambivalente, ya que es otra madre la que habilita esta transformación, puesto que su madre verdadera yace enferma.

Después de una ansiosa espera por que llegara la hora de la fiesta, en el momento en que la protagonista viste su disfraz de rosa, «el destino» —como ella lo llama— viene a interferir con su felicidad. Su madre enferma ha empeorado, y la niña vestida de rosa es enviada a la farmacia para comprar con urgencia un remedio. Precisa atravesar una ciudad que estalla en medio a la euforia colectiva, mientras la envoltura narcísica que le proporcionaba la rosa se va desvaneciendo ante tamaño sinsentido. Vemos aquí un solapamiento entre un disfraz que es marca de lo femenino y un disfraz que aparece como velo de lo real, horror anticipado de la muerte de una madre que ya se acercaba. El papel que envuelve a la niña pierde su consistencia imaginaria, se vuelve resto, nada, y ella, así pintada, se figura ser un payaso. Más tarde, en la fiesta, no consigue ser contagiada por el entusiasmo colectivo, tanta es la culpa por ser feliz. Queda allí

sola, invisible, hasta que un chico, algo mayor que ella, se pone a mirarla. Él le lanza serpentinas, lluvia de papelitos que vuelven a vestirla, ahora de manera diferente. En ese mirarse largamente con el niño, algo se anticipa de la mirada masculina que un día sería estructurante para su transformación en mujer.

Así, la narrativa empieza y termina con la referencia a una mirada; hay un pasaje entre el mirar como los otros se divierten y ser mirada mientras se divierte con otros, que es sensible en el recorrido del relato.

Encuentro en esta secuencia de significantes que ofrece la escritora —el disfraz, la máscara, lo femenino, la mirada, la niña, la madre, la muerte, el deseo, el hombre— líneas de pasaje que me resultan fundamentales para pensar la clínica psicoanalítica.

La segunda historia lleva el nombre de «Felicidad clandestina». La protagonista es nuevamente una niña en las calles de Recife; esta vez, una púber.

El obstáculo para el deseo es, en esta ocasión, otra niña: la hija del librero, niña mezquina, envidiosa y llena de odio por las niñas que, como ella, eran «altas, delgadas, de cabello libre e imperdonablemente monas» (Lispector, 1971/1998, p. 9).

La protagonista tiene pasión por los libros, pero no tiene dinero para comprarlos: la otra tiene un padre librero, pero odia leer. La pasión que la protagonista del cuento tiene por los libros la lleva a cometer una imprudencia: implorarle a la hija del librero que le preste libros.

Todo comienza cuando la hija del librero menciona estar en posesión de un libro que la protagonista ansía de modo particular³. Así describe el libro deseado: «Era un libro gordo, dios mío, era un libro para quedarse viviendo en él, comiéndolo, durmiéndolo. Y completamente por encima de mis posibilidades. Me dijo que si pasaba por su casa el día siguiente, ella me lo prestaría» (p. 10).

3 El libro en cuestión era *Las aventuras de Naricitas*, texto de Monteiro Lobato.

Libro continente, libro cuerpo, en donde se está como en una casa, más trascendente como objeto para vivir en él que como historia para leer⁴.

Cuando la protagonista llega a la casa de la hija del librero al día siguiente, con el corazón emocionado y casi flotando, la otra le dice que el libro ya fue prestado, que vuelva al otro día. Empieza así un juego perverso en el que la protagonista pasa a vivir en la perspectiva de recibir el libro un *día siguiente* que nunca llega.

La escritora sugiere en este punto, de modo sutil, que no es tan solo el deseo por el libro lo que sostiene la escena. Dice la protagonista: «Empezaba a adivinar que ella me había elegido para sufrir, a veces adivino. Pero aún adivinando, a veces acepto: como si quien quiere hacerme sufrir estuviera precisando terriblemente que yo sufra» (p. 11). Y luego... «poco sabía yo que más tarde, en el transcurso de la vida, el drama del “día siguiente” con ella se iba a repetir con mi corazón latiendo» (p. 10).

La fijación en la espera, el solo mañana, el todavía no es situado por la escritora como naciendo en ese tiempo de encuentro con su alter-ego, preservándose como una marca para el resto de la vida.

La escena termina con la interdicción de un adulto. La madre de la hija del librero descubre la trama y obliga a la hija a entregar el libro a la niña rubia por el tiempo que ella quiera.

A pesar de tener el libro en sus manos, el goce de la espera la sostiene aún. Continúo con el texto:

Al llegar a casa, no comencé a leer. Fingía que no lo tenía, sólo para después tener la sorpresa de que lo tenía. Horas después lo abrí, leí algunas líneas maravillosas, lo cerré de nuevo, fui a pasear de nuevo por la casa, postergué un poco más yendo a comer pan con manteca, fingí que no sabía dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo abría por algunos

4 Es posible establecer un paralelo entre esta frase y la forma en que la propia Clarice Lispector se relacionaba con la escritura. Sus contemporáneos relatan que poseía una máquina de escribir bien pequeña, que podía ser puesta sobre la falda, y era común que escribiese aún en presencia de visitas. Inclusive cuando nace su primer hijo, esa pequeña máquina le permite la hazaña de abrazar al niño y escribir al mismo tiempo. Esa era la forma en que Clarice vivía, comía, y dormía entre las letras de sus libros.

instantes. Creaba las más falsas dificultades para aquella cosa clandestina que era la felicidad. La felicidad siempre iba a ser clandestina para mí. Parece que ya lo presentía. (p. 12)

Como en la historia anterior, el encuentro con el objeto es dilatado: la verdadera satisfacción está en otro lado, subordinado al goce de la espera, al goce de no tener el objeto, de nunca encontrarlo. El juego de perder y encontrar el libro da cuenta de esa subversión de la satisfacción, que entra por detrás de la escena como polizón.

El texto permite todavía, enlazar esta felicidad clandestina de la protagonista con el nacimiento del erotismo: «a veces me sentaba en la red, hamacándome con el libro abierto en la falda, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo. No era más una niña con un libro: era una mujer con su amante» (p. 12).

El deseo, su interdicción, el goce, lo femenino, la madre, la muerte: significantes que nos conciernen como psicoanalistas y sobre los que siempre volvemos a trabajar.

Como decía Freud, los escritores siempre están unos pasos adelante del saber psicoanalítico. ¿Cuál sería la diferencia, entonces, entre el analizante que se queja de su insatisfacción ignorando su goce, la construcción del analista sobre lo que le sucede al paciente, la producción literaria de un Freud sobre el origen mítico del deseo y la creación propiamente literaria?

Volviendo al alcance del término *metáfora*, podemos pensar que la escritura de Clarice nos propone pasajes: desde sus recuerdos de infancia a la escena del encuentro de un sujeto con lo innombrable de su deseo. De la niña a la mujer. De la madre a lo femenino. Del objeto causa de deseo al objeto de amor. De la muerte al deseo.

Es en ese sentido que la escritura de Clarice Lispector me convoca a pensar y me invita a un quehacer. Un quehacer que pasa por la escritura, escritura que invita siempre a nuevos pasajes y nuevos descubrimientos. ♦

RESUMEN

Este texto aborda la relación entre sujeto y deseo a través del análisis de dos cuentos de la escritora brasileña Clarice Lispector que remiten a su infancia en una ciudad nordestina. Propone la noción de metáfora como un pasaje de sentido que sería relevante tanto para la literatura como para el psicoanálisis.

Descriptores: MIRADA / PUBERTAD / SUBLIMACIÓN / METÁFORA / LITERATURA / DESEO / PSICOANÁLISIS

Persona-tema: LISPECTOR, C.

SUMMARY

The paper deals with the bond between the subject and the wish through the analysis of two stories by the Brazilian writer Clarice Lispector that refer us to her childhood in a city in the north west of Brazil. The paper puts forward a notion of metaphor as a passage of sense that could be relevant both for literature and for psychoanalysis.

Keywords: GAZE / PUBERTY / SUBLIMATION / METAPHOR / LITERATURE / WISH / PSYCHOANALYSIS

Author-subject: LISPECTOR, C.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1976). El creador literario y el fantaseo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 9, pp. 123-126). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).
- (1976). El delirio y los sueños en la Gradiva de Jensen. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 9, pp. 1-80). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1907).
- Lacan, J. (1987). *O Seminário, livro 7: A ética da psicanálise*. Río de Janeiro: Zahar. (Trabajo original publicado en 1959-1961).
- Lispector, C. (1998). *Felicidade clandestina*. Río de Janeiro: Rocco. (Trabajo original publicado en 1971).

Ficción y autoficción en *Tebas Land, Ostia y La ira de Narciso*

NATALIA MIRZA LABRAGA¹

Tebas Land, Ostia y La ira de Narciso son las tres últimas obras en la vasta dramaturgia de Sergio Blanco. En realidad, son tres espectáculos muy diferentes que, sin embargo, tienen un indiscutible aire común que los atraviesa, un hilo invisible pero contundente en el que siempre todo parece tratarse del propio Sergio.

Tebas Land narra la historia de un parricida en prisión, en su singular relación con el dramaturgo y director que quiere convertirla en pieza teatral y el actor que lo encarna.

Un padre aborrecido y filicida, una madre «amada amante», como resuena desde Roberto Carlos y la complejidad del encuentro con el semejante; en la dimensión insondable de la exclusión, el dolor, la ausencia, la violencia... Historia de un encuentro, sí, pero también de la imposibilidad del encuentro.

Lo autobiográfico del propio Blanco se entrecruza y entrama con la metarreflexión acerca de sus procesos creativos, con su conmoción y sus descubrimientos como dramaturgo y director. Es decir, es, sobre todo, su oficio y su forma de trabajo lo personal que se exhibe de Sergio.

Por otra parte, en *Ostia*, dos hermanos sentados en sus respectivos escritorios «leen» un diálogo. Entre ellos, un cadáver tapado por diarios. Son el propio Sergio y Roxana Blanco los que actúan o no actúan, según

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nmirzal@gmail.com

indicación precisa del dramaturgo, y, también según su indicación, no pueden ser otros los que lo hagan; es una obra destinada a vivir y morir con ellos.

Fragmentos, aquí sí, de la propia historia, que desde la infancia y la adolescencia llegan bajo la forma de recuerdos; supuestamente, anécdotas de lo vivido que se ponen en palabras, desde lo más trivial hasta lo más íntimo y perturbador.

Finalmente, en *La ira de Narciso*, el actor Gabriel Calderón encarna a Sergio Blanco para relatar —y tampoco actuar— su periplo en Liubliana, ciudad eslovena a la que es invitado para presentar una conferencia sobre Narciso y en la que se encuentra con un asesino y con su propia muerte.

Desdoblamientos y espejos donde Calderón es Sergio, pero también es él mismo como personaje, y donde la ficción lo muestra exhibiéndose, desdoblándose y, finalmente, haciéndose descuartizar.

Estamos, entonces, ante la trilogía de la autoficción². Un hablar de sí que, más que autobiográfico, es autoinventado, como dice el propio Sergio. Y lo fascinante de la autoficción parece ser justamente eso. En un primer movimiento se advierte al espectador que está asistiendo a una ficción, con lo cual el armado imaginario que se impone rápidamente frente a cualquier relato y, fundamentalmente, frente al relato de una vida se ve impugnado. Esto no es real: «Nada es nada» (Blanco, 2013, p. 75), como dice Martín, de *Tebas Land*. Sin embargo, en un segundo pero simultáneo movimiento, sucede algo en sentido contrario: todo es cierto porque algo de esto lo es, porque hay allí, infiltrados, hechos «auténticos», situaciones y sucesos reales que harán resonar como verdadero incluso a lo más falso.

La autoficción seduce. Es una trampa que sumerge al público en los laberintos y los guiños de lo conocido, de lo que sabemos de Sergio, de lo que conocemos de los actores (como que, efectivamente, Gabriel Calderón estaba por ser padre en el momento de la concepción de la obra) para ser de golpe sorprendido por la irrupción de lo diferente, de lo que se desprende del conjunto, de lo que descoloca.

2 Si bien existiría un antecedente o una precuela en *Kassandra* (2008), espectáculo anterior.

«Autoficciónarse es como travestirse: desordenar las huellas de un vivido» (Blanco, 2015/2016, párr. 36), dice Sergio, y este *uno mismo* será falso porque la ficción se encargará siempre de dislocarlo: «es como si fuera lo mismo pero sin ser lo mismo» (Blanco, 2013, p. 75), también dice Martín.

Con intención de contextualizar, muy brevemente podríamos decir que el término autoficción como tal surge con Serge Dubrousky (ensayista y escritor francés de los años setenta), aunque él mismo es el primero en reconocer que es una práctica que le precede, si bien no bautizada como género literario. De hecho, la literatura está plagada de escrituras sobre sí, tales como las de Proust, Joyce, Kafka, Faulkner, Duras, y la lista sería interminable. De todos modos, es cierto que la *autoficción* presenta ciertas complejidades y características específicas, y que si bien persiste y se afianza en las décadas siguientes, surge desde autores golpeados de diferentes formas por episodios traumáticos tales como la Segunda Guerra Mundial o, en particular, la *Shoah*, como posibilidad reparadora, «como si diera vida a una identidad que podría ser exterminada. [...] como estrategia para superar las humillaciones, para resistir y existir a través de la obra» (Dubrousky, citado por Duarte, 2014, p. 31; traducción propia). Por cierto que, de todos modos, la autoficción actual no es la de entonces y que, en su presentación contemporánea, Sergio la plantea como reacción ante el «individualismo totalizador», frente a las sociedades espectacularizadas, la desobjetivación, el ultraliberalismo y el consumismo desenfrenado, como alternativa artística de resistencia. Todo esto nos lleva a no simplificar rápidamente diciendo que toda escritura de alguien sobre sí mismo es una autoficción.

Sí, por supuesto, es ostensible la diferencia con la autobiografía. Mientras que la autobiografía partiría de un «pacto de verdad» (Lejeune, 1975/1994), según el cual el lector se dispone a confiar en que autor, narrador y personaje coinciden³, el concepto de autoficción parece basarse en un «pacto de mentira», jugando con la posibilidad de falsear, agregar y quitar, metamorfosear, transformar la biografía. Como dice Sergio en *Tebas Land*, en la autoficción «todo va a estar como corrido un poco de lugar».

3 Sin olvidar la alusión al *pacto*, que aleja de una supuesta esencia de *verdad*.

Ahora bien, desde una mirada psicoanalítica, la perspectiva es algo diferente. ¿Cómo no pensar, aquí sí, que todo texto escrito sobre uno mismo es, de alguna forma, una autoficción, así como que toda ficción siempre encubre y devela algo de uno mismo? Nos inventamos una historia, intentamos desesperadamente darles linealidad y cohesión a algunos sucesos mientras, inevitablemente, el propio relato muestra sus agujeros, sus sinsentidos y sus contradicciones. Y resurgimos una y otra vez en nuevas narraciones, generalmente diferentes, tan ajenas y tan propias. Para el psicoanálisis no habría verdad autobiográfica posible porque estaríamos siempre atravesados por nuestro propio desconocimiento, porque nos condicionan fuerzas y deseos que apenas entendemos y que no podemos sino balbucear. Estaríamos inevitablemente ante un «pacto de mentira» a la hora de dar palabra a un relato sobre nosotros mismos...

Por siempre alienados y sujetados al orden del lenguaje, la única verdad posible que podemos rozar es la que irrumpe desde el deseo o desde la angustia; como en «La máscara de la muerte roja», el cuento de Poe, no hay nada bajo la máscara. Somos la máscara, del mismo modo que, tal como señalaba Freud, somos cada uno de los personajes de nuestros sueños. En el análisis, algunos ropajes caerán, pero también surgirán otros que, en el mejor de los casos, serán menos rojos o menos mortíferos.

Autoficcionearse sería, entonces, la única forma de dar cuenta de algo de uno mismo, de un Yo. Porque el Yo mismo se constituiría en estas ficciones con una rigidez de armadura y en función, ya no del conocimiento, sino del desconocimiento. Solidez engañosa y engañada, al tiempo que «pasional», atravesada por el afecto, la pulsión y el sufrimiento, destinada a engendrar en él «las negaciones mortales que lo coagulan» (Lacan, 1948/2008, p. 118).

Los artistas, tal como siempre reconoció Freud, tienen esa captación lúcida, anticipatoria y penetrante de lo que trabajosamente después se intenta conceptualizar y teorizar desde las disciplinas del conocimiento. De este modo, Sergio no necesita teorizar nada (por lo menos, no *a priori*), sino que pone en escena estas mismas ficciones y opacidades; la genialidad del artista no reside solo en su potencialidad de ver en la oscuridad de lo contemporáneo (Agamben), sino también en generar *oscuridades* de la aparente claridad. Así, son fragmentadas las *personas* en distintos *personajes*, se desarma la linealidad de los relatos, estallan las lógicas espacio-temporales,

se difumina la frontera realidad-ficción-fantasia-sueño-recuerdo. Así, se muestra los cuerpos tocados, acariciados, golpeados, mutilados, atravesados por el deseo del otro, en el interjuego erótico que siempre parece querer llegar al borde del fantasma del cuerpo fragmentado, de los veintiún golpes de tenedor, del desmembramiento con cuchillo eléctrico.

Esta proliferación de distintos Yo también se logra desde los recursos de sonido e imagen, proyecciones que generan otro texto y que parecen ir mostrando las múltiples caras que habitan cada suceso, cada personaje, a la vez que dan cuenta de lo inefable, de lo que cae por fuera de toda posibilidad de palabra, de la multiplicación de los puntos de vista, del estallido de la unicidad en la supremacía del fragmento, del rasgo. El «Yo es otro» que desde Rimbaud apasiona y obsesiona al director se vuelve acción, dramaturgia y escena.

En la imposibilidad de la historia y del relato único, en *Ostia* (Blanco, 2015) irrumpe el recuerdo tan solo para perderse y para distorsionarse.

EL HERMANO. Hay un cangrejo.

LA HERMANA. Mentira.

EL HERMANO. Te juro.

LA HERMANA. No había ningún cangrejo.

EL HERMANO. Yo vi un cangrejo.

LA HERMANA. Estás mintiendo.

EL HERMANO. No.

LA HERMANA. Estás inventando.

EL HERMANO. Yo lo vi.

LA HERMANA. Pero es un invento. No hay ningún cangrejo. Estás mezclando todo. Estás confundiendo esa escena con la de la película de *La laguna azul*.

Todos los recuerdos son encubridores, decía Freud, siempre esconden algo más, son falsos y, al mismo tiempo, no lo son, son testimonio de lo que fue, aunque lo que fue nunca sea lo que se recuerda. Esas ficciones son nuestra verdad, ese cangrejo no es menos real por venir de *La laguna azul*, por más que las lagunas de la memoria hayan perdido tantos otros cangrejos. Así funcionan los recuerdos de estos hermanos, como en una

sesión de análisis y al modo del sueño, que se sirve de lo visto y lo oído, y que condensa y desplaza elementos, tanto de la realidad como de la fantasía. Eso es lo que captó también la genialidad de Freud: que el deseo inconsciente y las fantasías ligadas al mismo son nuestras verdades y actúan con la misma o con mayor efectividad que la «realidad», muchas veces para martirizarnos o constreñirnos, más que para liberarnos.

Entre la verosimilitud y la invención, las tres obras están plagadas de estos juegos de trampas y señuelos en los que estamos embaucados como sujetos hablantes, entreverando y confundiendo datos, lugares, fechas y señales... «Desordenar las huellas de un vivido», decía Sergio.

El animal borra sus huellas y hace falsas huellas [...] [pero] hay una cosa que el animal no hace: no hace huellas verdaderas para hacernos creer que son falsas. No hace huellas falsamente falsas, lo que es un comportamiento, no diré esencialmente humano, sino, justamente, esencialmente significativo. [...] Cuando una huella ha sido hecha para que se la tome por una falsa huella, ahí sabemos que hay, como tal, un sujeto hablante. (Lacan, 1962, p. 18)

Y Sergio es especialista en generar «falsas huellas», destilando verdad allí en lo más inventado y mentira en la confesión más honesta.

De este modo, el tiempo es también manipulado y distorsionado como para generar huellas falsas, porque es un tiempo que es un sin-tiempo y un fuera de tiempo: «¿qué hora es?», «hoy es ayer», un *hoy* que podría ser ayer y siempre. Tiempos circulares y no cronológicos, una temporalidad abolida, como la del inconsciente, un padre Cronos desaparecido, como dice el propio Sergio (febrero 2016), mientras que los relojes, sus marcas y sus funciones persisten en su insistencia significativa.

¿Nunca te lo sacás? [...]

¿Qué marca es?

Es un Casio.

¿Es sumergible?

Sí. Sí. Trescientos metros. Tiene cronómetro. Y también tiene despertador.

[Pasaje casi idéntico en *Tebas Land* (Blanco, 2013) y *La ira de Narciso* (Blanco, inédito)]

Como falsa huella funciona también el recurso a la representación dentro de la representación, en la que, por ejemplo, la mostración del propio proceso creativo, la movilidad de los textos o la alusión al público —«saber que ellos están ahí. Esperando. Esperándonos»— hace sentir al espectador la fascinación del juego de cajas chinas, del no saber dónde termina la representación y dónde empieza la «realidad». Así, nos damos vuelta para mirar hacia los asientos traseros cuando, en *Tebas Land*, Saffores señala la guardia policial que supuestamente se habría ubicado entre el público. Así, nos entristecemos ante la aparición de la imagen de la verdadera madre de Sergio, cuyas conexiones se cortocircuitan y apagan tanto en la pantalla como en su cabeza, si bien luego podemos enterarnos de que está perfectamente lúcida y sana. Así, nos provoca cierto pudor e incomodidad que Calderón nos mire a los ojos y nos pida que cantemos junto con él ese tema que «sabemos todos». Se desnuda el montaje, se muestra el esqueleto y las vísceras del artificio, en la paradoja de que por momentos es la más extrema veracidad de la *performance* la que se vuelve espectáculo. Volviendo a Lacan, es la ficción la materia con la que está hecha la verdad de sus historias, *la verdad tiene estructura de ficción*.

Los territorios de la autoficción son necesariamente autorreferenciales y dan cuenta de un intenso movimiento de repliegue y de mirada sobre sí, incluso en la escenificación de los efectos del atravesamiento por el deseo del otro. Si desde Tebas resonaron los pasos torcidos de Edipo y del parricidio, el final de este maltrecho andar forzosamente termina en Narciso. Narciso buscándose a sí mismo, buscando a otro, buscando al otro de sí mismo.

Narciso es la conferencia que Sergio tiene que dar, pero también es la ira. Es pensamiento y palabra, pero también pasaje al acto; es vida y es muerte. Narciso se presta, además, al juego del doble. Gabriel y Sergio, entramados y confundidos por momentos en texto y personaje; Sergio e Igor, duplicados e indiscriminados en el recorrido dramático de los actos, como lo muestra el anagrama *Igor es: Sergio*⁴.

Para terminar, ya desde mis autoficciones podría decir que soy de la misma generación que Sergio, que yo también vibré en los ochenta con los

4 Anagrama que me fue acercado por el propio Sergio.

juegos electrónicos, con el Atari y el Pac-Man; que también bailé con Raffaella Carrà, aunque quizás más con Madonna...; que disfruté con mis tías las mañanas de «aquí está su disco, para pedir un tema, “Amada amante”, por Roberto Carlos, de María para Juan, con J y M *lights, lights* hasta en el precio». También atravesó la dictadura mi infancia y mi adolescencia, con recuerdos de militancia, de juntada de firmas, de «Voto No», de «Voto Verde»... Quizás algo de eso me llevó a sentirme tan íntimamente conectada con su teatro y con sus obsesiones, pero seguramente haya otras razones. Sergio afirma que la autoficción surge con fuerza en estos momentos como una alternativa artística que busca resistir a la intimidación *desubjetivadora* contemporánea. Autoficción, entonces, como lugar de resistencia al aplastamiento de lo singular, a la globalización y la repetición automática de actos desencarnados. Y bien, ¿no aboga justamente por eso el psicoanálisis? ¿No estamos acaso jugados en la apuesta a la recuperación de una dimensión humana, de una posibilidad reflexiva y pensante, de un lugar para la conmoción y el afecto? Quizás, entonces, desde un lugar mínimo y circunscripto a la intimidad de un encuentro único e irrepetible con el otro, como es la sesión de análisis, que es absolutamente autoficcional pero que extrae de allí la veracidad del deseo y de la angustia —la que no engaña—, quizás desde allí, entonces, también nosotros estemos dando la misma pelea. ♦

RESUMEN

El presente trabajo aborda la noción y el recurso de la *autoficción* en la dramaturgia del director contemporáneo Sergio Blanco, articulando aspectos de tres de sus últimas obras: *Tebas Land*, *Ostia* y *La ira de Narciso*.

Haciendo una breve aproximación e historización del concepto de autoficción, intenta luego problematizarlo desde conceptualizaciones psicoanalíticas que relativizan la frontera entre realidad y ficción. En este sentido, se plantea el Yo mismo como ficción y el estallido de su supuesta unidad. A su vez, se toman ciertas nociones, tales como la no contradicción y la atemporalidad de lo inconsciente, así como los recuerdos encubridores, para pensar algunos pasajes de las obras aludidas. A ellas se suma el desarrollo lacaniano sobre la *falsa huella*, que apunta al ser alienado por siempre de la «realidad» y sumergido en el lenguaje.

Por último, se propone pensar la autoficción, junto con el psicoanálisis, como alternativas de resistencia frente a la intimidación desubjetivadora del contexto actual como formas de recuperación de una dimensión humana, de una posibilidad reflexiva y pensante, de un lugar para la conmoción y el afecto.

Descriptor: FICCIÓN / REALIDAD / TEATRO / PSICOANÁLISIS / TIEMPO / RECUERDO / VERDAD

SUMMARY

This paper deals with the notion and the resource to *self-fiction* in the play-writing of the contemporary producer Sergio Blanco, articulating aspects of three of his latest plays: *Tebas Land*, *Ostia* and *La ira de Narciso*.

In a brief approximation and history of the concept of self-fiction, the paper is an attempt to interrogate it from the perspective of psychoanalytic conceptualizations that play down on the frontiers between reality and fiction. In this sense, the ego itself is viewed as a fiction and the explosion of its assumed unity is discussed. In turn, certain notions, such as the non-contradiction and the lack of temporality of the unconscious, are considered, together with the screen memories, in order to discuss some passages from the previously mentioned plays. The Lacanian concept of

the *false trace* is added to the discussion, in its sense of forever being alienated from «reality» and immerse in language.

Finally, the paper proposes the consideration of self-fiction, together with psychoanalysis, as alternatives of resistance against the desubjectivating intimidation of our present context, as forms of recovering a human dimension, as reflective and thoughtful possibilities, as a place for commotion and affect.

Keywords: FICTION / REALITY / THEATRE / PSYCHOANALYSIS / TIME / MEMORY / TRUTH

BIBLIOGRAFÍA

- Blanco, S. (2013). *Tebas Land*. Montevideo: Skené.
- (2015). Ostia. En *Aproximaciones a la dramaturgia* (pp. 42-77). La Habana: Casa de las Américas.
- (2016). La autoficción: Una ingeniería del yo. *Temporales*. (Trabajo original publicado en 2015). Disponible en: <http://www.revistatemporales.com/2016/03/12/la-autoficcion-una-ingenieria-del-yo/>
- (febrero de 2016). Conferencia brindada en la Universidad ORT. Disponible en: <http://fcd.ort.edu.uy/40123/3>
- (Inédito). *La ira de Narciso*.
- Duarte, K. B. (2014). Autoficción. En Z. Bernd y N. Dei Cas-Giraldi (dir.), *Glossaire des mobilités culturelles*. Bruselas: Tras-Atlántico Literaturas.
- Freud, S. (1976). Lo ominoso. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17, pp. 215-252). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Lacan, J. (s. f.). Clase 5. En R. E. Rodríguez Ponte (trad.), *Seminario 10, La Angustia, 1962-1963*. (Trabajo original publicado en 1962). Disponible en: <http://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.1.4.5.CLASE%20-05%20%20S10.pdf>
- (2008). *Escritos 1: La agresividad en psicoanálisis*. Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1948).
- (2008). *La cosa freudiana*. Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1955).
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion. (Trabajo original publicado en 1975).

De texturas, trama y urdimbre



MARGARITA MUÑIZ CÁCERES¹

Los dolores tendrían que transformarse en nudos, así
los desharía en sociedad con los cipreses de Génova.
Son marcas.

Juan Gelman

1. TEXTURAS Y TEXTOS

Miro una fotografía en blanco y negro. Me veo de niña, sostenida por los brazos de mi padre, acercando mis manos a una oveja... El mudo relato de la fotografía se mueve y sacude recuerdos que me llevan a la casa de la infancia.

La primavera trae sus perfumes de flores y de esquila. La lana se esparce.

Mi abuela camina lentamente, apoyada en sus bastones. Recorre el camino desde la casa al depósito para elegir la lana con la que tejerá las medias para el invierno.

Mi abuela tiene un huso en el que hilará la lana. Yo estaré jugando a su lado y ella me contará las historias de los antepasados.

Antonio Tabucchi, en la novela *Se está haciendo cada vez más tarde* (2002), señala:

O bien coges un álbum de fotografías, uno cualquiera, de una persona cualquiera, como yo, como tú, como todo el mundo. Y te das cuenta que la vida está ahí en los distintos segmentos que unos estúpidos rectángulos de papel encierran sin dejarla salir de sus estrechos confines. [...] Pero esa

1 Profesora de Literatura, Instituto de Profesores Artigas. Licenciada en Psicología, Universidad de la República. Docente efectiva en Formación Docente. margaeme@gmail.com

feroz fotografía, más severa que un ama de llaves, no deja que la verdadera verdad se evada de sus escasos centímetros. La vida está prisionera de su representación: del día siguiente solo te acuerdas tú. (p. 24)

La fotografía se hace texto, pretexto de narraciones múltiples con sus juntas y sus huecos.

En el recuerdo, dialogan los ausentes...

2. ORFANADES

Desde los albores de la civilización griega, los versos homéricos nos ofrecen la representación de un dolor impensable: la contemplación de la muerte de un hijo por parte de sus padres. Recordemos que Hécuba y Príamo intentan persuadir a Héctor para que no se enfrente a Aquiles, que es lo mismo que pedirle que no se encamine a su muerte.

Homero no solo narrará la muerte de Héctor a manos de Aquiles, cegado por la cólera y atrapado también en su destino, sino que, además, profundizará en la muerte del héroe troyano y el ultraje de su cadáver como cuestión intolerable que determina el camino de Príamo hasta Aquiles para rogarle que le sea restituido el cuerpo de su hijo amado.

Claro es el propósito de Príamo: «Durante nueve días le lloraremos en el palacio, en el décimo le sepultaremos y el pueblo celebrará el banquete fúnebre, en el undécimo erigiremos un túmulo sobre el cadáver y en el duodécimo volveremos a pelear, si necesario fuere». (Homero, trad. 2001, p. 268).

El poeta Juan Gelman (1961/2008) convirtió el dolor en poesía, y la poesía le dio textura al dolor. «A este oficio me obligan los dolores ajenos» (p. 97), manifestó en su *Arte poética*. Escribió para no *escombrearse* y para ganarle la afrenta a la muerte.

En su «Carta abierta a mi nieto», del año 1995, trenzó las generaciones, la memoria, las orfandades:

Me gustaría hablarte de ellos y que me hables de vos. Para reconocer en vos a mi hijo y para que reconozcas en mí lo que de tu padre tengo: los dos somos huérfanos de él. Para reparar de algún modo ese corte brutal o silencio que en la carne de la familia perpetró la dictadura militar. (párr. 4)

Juan José Millás señala en *El orden alfabético* (1998):

Con frecuencia, hacía con los dedos cálculos de los años que tendría yo cuando mi padre tuviera cuarenta, cincuenta, sesenta, sesenta y cinco (a partir de los sesenta los contaba de cinco en cinco). Quería estar seguro de que al llegarle la hora teórica de morir, yo habría alcanzado una edad en la que no le necesitaría: siempre me ha dado miedo la orfandad. Pero ahora advertía que los padres te dan algo más que cosas útiles y que cuando se van te dejan huérfano tengas nueve años o noventa. (p. 28)

Tiempo atrás, recibí en consulta a una mujer. He tomado algunos pasajes de los inicios del tratamiento:

Mi padre es desaparecido. Tengo problemas de memoria, no me acuerdo, problemas de vista... Lo que pasa es que me falta una historia con mi padre, pasar cosas con mi padre... Yo no quiero la plata, quiero que investiguen, quiero los restos, quiero mi identidad... Todo está tapado. De cuando pasó lo de mi papá, mi único recuerdo es un muro, eso era en la casa de la que mi papá desapareció... Muro pero no la imagen de mi papá, por eso pienso que me fuerzo a acordarme de mi padre... Yo tenía cuatro años... No importa recordar todo, quiero acordarme de mi papá, la figura, si era alto, una imagen con él, eso quiero. Creo que mi bloqueo es una defensa para sobrellevar esta historia.

Los poetas dialogan. Se agitan múltiples discursos en los que las orfandades parecen dibujar espesores distintos.

Ausencias... desapariciones... sepultura... insepulto... Sin cuerpo, no hay posibilidades de llorar la pérdida... Entonces, ¿cómo dar paso al trabajo de duelo?

Príamo regresa con el cadáver de su hijo Héctor: «ningún hombre ni mujer se quedó dentro de los muros. Todos sintieron intolerable dolor y fueron a encontrar cerca de las puertas al que les traía el cadáver» (Homero, trad. en 2001, p. 269).

Palabras ancestrales de Homero uniéndose con las marcas del terrorismo de Estado, de donde surgen los desaparecidos como figura ausente-

presente que hace, por una parte, a sus familiares perpetuar la búsqueda de sus restos sin posibilidades de elaborar la pérdida, y a la sociedad deudora, en tanto no repare los horrores provenientes de otro humano que ha traspasado los límites de lo humano, arrasándolo.

Arrasamiento de sentidos, intentos de expresar lo inexpresable, textura de las angustias que se despliegan en la clínica.

Un continuo sangrar de las heridas a través de palabras que surgen en sesión: «Estoy buscando algo que no puedo encontrar», condensación de lo irrepresentable que pugna por encontrar las dimensiones de un relato que lleve al recuerdo y a la elaboración al amparo de la justicia y el afecto.

Parte del legado homérico nos sitúa en el camino de la memoria, en el arte de la memoria como «andamiaje sobre el que se asienta toda la cultura griega antigua» (Bauzá, 1997, p. 58). El poeta cantó inspirado por la musa, recogió los mitos, los recreó sentando las bases de profundos asuntos humanos imperecederos. Hoy, los dioses han muerto y el destino es una cuestión de esfuerzo, y no de designios.

Borges sentencia: «una oscura maravilla nos acecha,/ la muerte, ese otro mar», única certeza con la que hemos de aprender a vivir. Por la misma razón, desde el origen de los tiempos se ha instalado el irrenunciable mandato de dar sepultura a los seres queridos como único camino de representación de lo irrepresentable.

3. ESCRITURAS Y REESCRITURAS

Señala Marguerite Duras (2009):

Un escritor es algo extraño. Es una contradicción y también un sinsentido. Escribir es también no hablar. Es callarse. Es aullar sin ruido. Un escritor es algo que descansa, con frecuencia, escucha mucho. No habla mucho porque es imposible hablar a alguien de un libro que se ha escrito y sobre todo de un libro que se está escribiendo. (p. 30)

Extrañeza del escritor. Extrañeza del analista. Silencio y escucha.

El análisis como un libro que se está escribiendo en una intersubjetividad de abstinencia flexible.

¿Qué nos lleva a escribir? Entiendo que hay ocasiones en las que el devenir de los aconteceres en la clínica nos reclaman una suerte de tamizado a fin de ir depurando las angustias, los temores y los supuestos, evitar encerrarnos en el supuesto saber diagnóstico.

Escribir para ordenarnos, para pensar, para seguir dudando y abrir nuevos surcos en caminos insospechados que tensan el campo en el interjuego transferencial.

Escribir para salir del vértigo como si se tratara de un ancla que lo detiene.

Escribir porque sabemos que nunca llegaremos a los confines del mapa. Reinventar lecturas. Escribir y dejarse escribir.

La escritura se ofrece como un camino sinuoso de elaboración. Escribir de lo que no sabemos. Reescribir.

Nuevamente, Marguerite Duras (2009): «Si se supiera algo de lo que se va a escribir, antes de hacerlo, antes de escribir, nunca se escribiría. No valdría la pena» (p. 56).

Del mismo modo, el análisis. Escritura incierta. Espacio de la escucha en la trama tensa de lo dicho y lo no dicho. Hilos transferenciales, resonancias de lo que escucho, incertidumbre que pretendo al escribir, reescribir y trabajar, dando cuenta de lo que me pasa.

Todavía nos falta poder transmitir lo que pasa en el otro polo de la relación analítica, en el analista. ¿Cómo *registrar* lo que lo asalta, la ocurrencia que le viene, la angustia, la alegría, la tristeza, el tedio, la seducción, el rechazo, y toda la inmensa gama de pensamientos y sentimientos que forman parte de lo que Freud llamó contratransferencia, o, mejor, transferencia recíproca, como tradujo López Ballesteros? Recorrido interminable sobre una cinta de Moebius o de un ocho interior, siempre igual y siempre diferente (Gil, 2011, p. 92).

La paciente faltó a sesión. Quedo esperando en el silencio del consultorio. Miro por la ventana los edificios cercanos hasta alcanzar la silueta borrosa de los más lejanos. La ciudad desaparece en las márgenes del río. Los ríos de la memoria... *Los ríos que van a dar a la mar, que es el morir...*

La ausencia me interpela. Hilos de la memoria tejiéndose. Significados anudándose y desanudándose. Textos de horror, angustia corrosiva y angustia necesaria. Abismos. Tejidos impregnados de dolor. Reescrituras en el

campo analítico —mapa del encuadre— en el interjuego de la transferencia-contratransferencia.

Memoria. Olvido y memoria. ¿Dejo pasar la sesión o la llamo para interesarme en por qué no ha llegado? Cada paciente nos interpela de maneras diversas. ¿Qué (me) dice con su ausencia? La neutralidad, la abstinencia, el encuadre establecido, el trabajo en y con la transferencia, la multiplicidad de los silencios... A estos aspectos técnicos se agrega cuánto me interpela en mi capacidad de sostenerla.

Busco en la biblioteca lecturas que me orienten. Desaparecido: no se sabe cuál es el paradero, eufemísticamente es muerto, sin vida... Y, sin embargo, *dicen que no están muertos...*, canta Viglietti.

Siento que he quedado momentáneamente en el olvido. Olvido y desaparición.

Entonces, escribo en los márgenes mientras pienso en el desamparo: derribar muros para elaborar la angustia infantil ligada a la experiencia traumática del secuestro, la tortura, el asesinato de su padre... Hilar los acontecimientos de la realidad con la realidad intrapsíquica... Hilar los sucesos traumáticos, lo sucedido, lo recordado, sus fantasmas y los míos... El recuerdo de un muro de la casa en la que vio por última vez a su padre. Muro simbólico que, como aquella antigua muralla troyana, empieza a mostrarse vulnerable. Nuevas conexiones. La memoria surge como un hilo de agua que busca andar incontenible hace sus reclamos. Gelman decía que

a la poesía nunca se la alcanza, porque la poesía es un misterio y eso lleva al poeta a romper con lo que se está haciendo y a ir hacia otras cosas, lo que lo lleva a hacer una poesía más jugada, a andar por caminos insospechados. (Freidemberg, 2014, párr. 1)

El análisis, el poeta, el analista y el analizando aventurándose a recorrer los caminos insospechados...

4. SIN FINAL DE OBRA

Mi abuela tiene un huso y también una rueca. Con cinco agujas va tejiendo las medias para el invierno. Estoy a su lado, escuchando un relato que transcurre en un valle...

Territorios lejanos y sin tiempo.

Brisa de la mañana. Recorro el pasillo lentamente. Allí están *Los prisioneros* de Miguel Ángel. Inconclusos. Inacabados. Incompletos.

Inconclusa. Inacabada. Incompleta.

Un rumor de pasos que se acercan, se alejan, se pausan. ¿Será tal vez por el asombro ante el cincel invisible, empujado por la mano ausente del artista?

Un banco vacío ante *La piedad*, aquella distinta a la del Vaticano, en la que se puede ver el cuerpo muerto de Cristo y el dolor ante la muerte de cada uno de los personajes que lo sostienen y rodean.

Estoy sentada en el banco vacío pensando en las pérdidas.

«La escritura llega como el viento...», nos dice Marguerite Duras (2009, p. 56).

Como el viento llegan también los dolores.

Dolores que se vuelven textos. Textos que hablan de dolores.

Hay dolores tenaces escriturándose... ♦

RESUMEN

¿Qué nos lleva a escribir? Entiendo que hay ocasiones en las que el devenir de los acontecimientos en la clínica nos reclama una suerte de tamizado a fin de ir depurando las angustias, los temores y los supuestos, evitar encerrarnos en el supuesto saber diagnóstico.

Escribir para ordenarnos, para pensar, para seguir dudando y abrir nuevos surcos en caminos insospechados que tensan el campo en el interjuego transferencial.

La escritura se ofrece como un camino sinuoso de elaboración. Escribir de lo que no sabemos. Reescribir.

Del mismo modo, el análisis. Escritura incierta. *Inscripturas*.

Partiendo de la lectura de Marguerite Duras, revisando la experiencia clínica, se procurará reflexionar a propósito de los textos y las texturas que tiene lugar en el espacio analítico.

La articulación de las texturas literarias y clínicas se realizará a través de la experiencia de tratamiento de un paciente cuyo padre fue desaparecido en dictadura, oscilando entre las palabras y los silencios.

Descriptor: DUELO / ORFANDAD / DESAPARECIDOS / MEMORIA / ESCRITURA / MATERIAL CLÍNICO / MUERTE / TRANSFERENCIA / CONTRATRANSFERENCIA / NEUTRALIDAD / ABSTINENCIA

SUMMARY

What leads us into writing? I understand that clinical events sometimes demand some kind of sifting process from us in order to gradually cleanse anxieties, fears and assumptions, to avoid being locked in a supposed diagnostic knowledge.

To write in order to gather our thoughts, to think, to continue doubting and opening new furrows in the undreamed paths that stretch the field in the transferential interchange.

Writing offers itself as a winding road of elaboration. Writing about what we do not know. Rewriting.

In the same fashion, the analysis. Uncertain writing. *Engravings*.

With the readings of Marguerite Duras as a point of departure, revis-

ing clinical experience, the paper is an attempt to reflect on the texts and textures that arise in the clinical space.

The articulation between the literary and clinical textures will be established through the experience of the treatment of a patient whose father suffered enforced disappearance during the dictatorship, and who oscillated between words and silence.

Keywords: MOURNING / ORPHANHOOD / MISSING / DEATH / TRANSFERENCE / COUNTERTRANSFERENCE / NEUTRALITY / ABSTINENCE

BIBLIOGRAFÍA

- Arregui, R. (1993). *Consideraciones sobre la transferencia en psicoterapia con pacientes del terrorismo de Estado: Acerca de una pérdida no llorada*. Montevideo: Comisión de Publicaciones de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Bauzá, H. F. (1997). *Voces y visiones: Poesía y representación en el mundo antiguo*. Buenos Aires: Biblos.
- Bleichmar, S. (2005). La psicoterapia analítica como lugar de producción simbólica. *Cambio Psíquico*, 7(1), 15-48.
- Duras, M. (2009). *Escribir*. Barcelona: Tusquets.
- Freidemberg, D. (15 de enero de 2014). Liberar la lengua poética. *Página/12*. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/237776-66476-2014-01-15.html>
- Freud, S. (1992). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 215-234). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).
- (1992). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- (1992). La transitoriedad. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 305-312). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916 [1915]).
- (1992). Lo ominoso. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17, pp. 215-252). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Gatti, G. (2008). *El detenido-desaparecido: Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*. Montevideo: Trilce.
- Gelman, J. (23 de diciembre de 1998). Carta abierta a mi nieto. Brecha. Disponible en: <http://www.juangelman.net/2011/07/13/carta-abierta-a-mi-nieto/> (Carta fechada el 12 de abril de 1995).
- (2001). *Valer la pena*. Buenos Aires: Seix Barral.
- (2008). *Velorio del solo*. En J. Gelman, *Gotán*. Buenos Aires: Seix Barral. (Trabajo original publicado en 1961).
- Homero. (trad. 2001). *La Iliada*. Madrid: Alba.
- Hustvedt, S. (2010). *Elegía para un americano*. Barcelona: Anagrama.
- Liscano, C. (2004). *Ejercicio de impunidad: Sanguinetti y Batlle contra Gelman*. Montevideo: Caballo Perdido.
- Millás, J. J. (1998). *El orden alfabético*. Madrid: Santillana.

El tiempo vacante del narrar



ALMA BOLÓN¹

Suele admitirse que un narrador cuenta porque conoce, es decir, que los acontecimientos narrados no solo precedieron el acto de narrarlos, sino que el conocimiento que el narrador tiene de ellos precede su narración.

Cabe meditar sobre algunas escrituras que trastocan esta cronología e interrogan su obviedad. Propongo, entonces, una breve consideración previa sobre la relación entre *narrar* y *conocer*; y tres ilustraciones de su trastocamiento.

1. UNA CONSIDERACIÓN PREVIA

Algunos estudiosos atribuyen la etimología del verbo *narrar* al adjetivo latino *gnarus*, «que conoce», con geminación expresiva de la *r*. En español, tenemos derivados de *gnarus* en sus formas negativas: *ignaro*, *ignorar*, *ignorante*, *ignorancia*, etc. A su vez, el adjetivo *gnarus* provendría de una raíz indoeuropea, **gnē*, **gnō*, «conocer», que se encuentra en el origen de un grupo de palabras muy numeroso en latín y en griego (Rey, 1998). Componen esta familia de palabras, entre otros términos: *diagnóstico*, *agnóstico*, *ignoto*, *notar*, anotar, noticia, noción, reconocimiento, desconocimiento, noble, innoble, norma, normal, etc.

1 Profesora titular de Literatura Francesa, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Profesora agregada de Lingüística Aplicada, Carrera de Traductorado, Universidad de la República. abolon@adinet.com.uy

Hay entonces, por lo pronto, desde el punto de vista de la urdimbre de sentidos (más o menos patentes) que obran en nuestros idiomas, una afinidad particular entre *narrar* y *conocer*, entre el conocimiento que el narrador hace que suceda en el lector u oyente y el conocimiento que el narrador supuestamente posee y lo impulsa a contar.

En buena parte de la novelística del siglo XIX, el conocimiento del narrador alcanza la omnisciencia; tanto es así que la teoría literaria del siglo XX identifica la categoría de *narrador omnisciente*, pasible de conocer todo, no solo pasados lejanos y futuros en espera, sino particularmente lo que sucede dentro de las mentes de los personajes. Será contra esto, entre otras cosas, que el *nouveau roman* se eruirá; como recordatorio, cito a Robbe-Grillet (1963), en su manifiesto pro *nouveau roman*:

¿Quién describe el mundo en las novelas de Balzac? ¿Cuál es ese narrador omnisciente, omnipresente, que se ubica en todos lados al mismo tiempo, que ve al mismo tiempo el anverso y el reverso de las cosas, que sigue al mismo tiempo los movimientos del rostro y los de la conciencia, que conoce a la vez el presente, el pasado y el futuro de cualquier aventura? Solo puede ser Dios. (p. 117)

De cierto modo, podríamos pensar, el narrador omnisciente capaz de penetrar en la subjetividad de sus personajes y de exponer esa interioridad ajena es la prueba incontrovertible de la existencia de una ficción, llanamente asumida como tal (cuando se designa como *literatura*) o postulada como *conocimiento* (cuando se presenta como esoterismo o ciencia psicológica). Lo cierto es que, en teoría literaria, el saber de los narradores ha dado lugar a su clasificación, a menudo expresada en términos de *visión*, según lo que estos muestran que ven, equiparando así el ver y el saber.

2. LOS SOLDADOS ENMUDECEN Y ESCRIBEN

Como se recordará, en «Der Erzähler», traducible como «El narrador» o, tal vez mejor, «El cuentista», Walter Benjamin contrapone el oficio de cuentista —encarnado en el narrador ruso Nicolas Leskov (1831-1895), cuya obra ensalza— y los oficios del novelista y del periodista. Para esto,

recuerda al fundador del periódico *Le Figaro*, quien sostenía que sus lectores estaban más interesados en un incendio acaecido en el Barrio Latino que en una revolución producida en Madrid. Benjamin razona que, de este modo, el contenido inmediato de *la información* permite su verificación sin demora y hace creer en su inteligibilidad, en su carácter «comprensible en sí y por sí misma» (p. 60). En cambio, la novela anuncia, dice Benjamin, «en el corazón de la plenitud de la vida y a través de la representación de esta, la enorme perplejidad de quien vive» (p. 61).

Las prácticas periodística y novelística, sostiene Benjamin, se alejan de la del cuentista, cuyas figuras emblemáticas son el viajero y el campesino anciano, es decir, quienes vienen de otro espacio y de otro tiempo, y son capaces de transmitir una experiencia, no tanto como consejo acerca de qué hacer, sino bajo la idea de que la historia prosigue, sigue desenvolviéndose. En esto, el cuentista diverge del relato periodístico, siempre inmediato y verificable, y diverge de la novela que, además de reclamar el soporte del libro, se cierra sobre sí misma, produce una clausura que desinteresa al lector de la posteridad de los personajes. Al declinar la comunicabilidad de la experiencia y la posibilidad de la transmisión, el arte del cuentista declina (Benjamin, 1936/2011).

Este texto de Benjamin fue brevemente criticado por Jacques Rancière (2006/2009), quien sostiene que los cuentos de Nicolas Leskov, presentados por Benjamin como ejemplos de la comunicabilidad de la experiencia, desmienten esta apreciación, ya que en la mayoría de ellos hay una multiplicación de enunciadores que conduce a la «autorrefutación de la noción de cuentista» (p. 533), porque este cuentista cuenta el relato que le hizo otro personaje que a su vez cuenta una conversación oída a través de una pared veinte años atrás, cuando una mujer contaba a otra su vida. En ese sentido, el cuentista arraigado en su experiencia muestra su marca ficticia, su construcción en la palabra (Rancière, 2006/2009).

Por mi parte, me atreveré a agregar un comentario, a propósito de los lazos que Benjamin establece entre esta pérdida de la posibilidad de transmitir y el silencio que sella los labios de quienes vuelven del frente de la Primera Guerra «más pobres en experiencias comunicables» (Rancière, 2006/2009, p. 533), con una pobreza que no fue remediada por la abundancia de libros sobre la guerra publicados en los años siguientes,

que «nada tenían que ver con la experiencia que sigue su curso de boca en boca» (p. 533).

No me detendré en la dificultad conceptual que plantea esta narración que corre *de boca en boca* y simultáneamente se ancla en una experiencia personal, sino en el aducido *silencio* de quienes volvieron del frente, silencio en el que Benjamin anuda el declive del *cuentista* y al que Jean Paulhan (1941) dedica «L'homme muet» («El hombre mudo»). Paulhan explica que la propaganda pacifista procuró sacar partido de este silencio, interpretándolo como prueba del horror de la guerra, que sería propiamente *indecible*, y como muestra de la mala voluntad de la familia del soldado, que de todos modos se hubiera negado a entender. Paulhan concluye observando que se daban como motivos del silencio las razones que llevan a todo hombre «normal» a hablar, y señala la ausencia de identificación por parte de los soldados con lo que luego se publicó sobre la guerra.

Me detengo en este señalado silencio porque conviví, hoy lo sabemos, con una impresionante obra de registro escrito, y no me refiero a las obras que los escritores, en particular quienes participaron en la guerra, escribieron, sino a la enorme masa de cartas escritas por los soldados, a los cuatro millones de cartas despachadas diariamente desde el frente hasta la retaguardia, enviadas por soldados entre los que casi no había analfabetos (menos del 4%). «El campo de batalla es un campo de cartas que revolotean entre los muertos»², escribe Barbusse (citado por Compagnon, 2014); «la hora del vaguemaestre era más importante que la hora de la sopa», escribe Cendrars (citado por Compagnon, 2014). Las cartas son —afirma Antoine Compagnon, quien dedicó un curso en el Collège de Francia a «La guerra literaria»— la matriz de toda la literatura de la Primera Guerra.

Dicho de otro modo, el mutismo de los soldados vueltos del frente —mutismo que Benjamin enlaza con la *pérdida de la experiencia* y de su posibilidad de transmisión, y, por ende, con el ocaso del *cuentista*— coexistió con la escritura masiva de cartas. Hasta donde sé, esto no fue tratado; arriesgaré una interpretación.

2 Esta y las demás traducciones del francés son propias.

Salta a la vista que la diferencia entre el silencio presencial y la locuacidad epistolar de los soldados no surge del conocimiento, del ser o no ser, *gnarus*, de ser quien conoce y cuenta. En este caso, el conocer no es decisivo; sí parece ser decisivo del contar escrito el momento de vacancia que es la guerra, en particular, la guerra de trincheras. Revisando la literatura sobre la Primera Guerra, Antoine Compagnon (2014) encuentra una especie de «extraño ambiente de vacaciones, de ocio, de desocupación, inclusive de haraganería, experimentado por soldados que hasta entonces nunca habían tenido esparcimientos». Compagnon concluye que en consecuencia hay que engañar la espera con juegos, como en la escuela primaria.

Por mi parte, diré que ese tiempo baldío, ese tiempo fuera del tiempo, ese tiempo a contratiempo, ese tiempo de suspensión de la obligación laboral y de la búsqueda del sustento, ese tiempo excepcional que la trinchera comparte con la escuela, la cárcel y el hospital permitió que miles de soldados produjeran una obra matricial, insisto en la expresión de Compagnon, de toda la literatura de la Primera Guerra.

En las condiciones difíciles, a menudo atroces, de las trincheras de la Primera Guerra, vuelve a aparecer ese tiempo que la antigua Grecia nombró *scholé*, tiempo en el que hombres privilegiados, aliviados de la obligación del trabajo alimentario, pudieron dedicarse al conocimiento y a la escritura. La narración, plasmada como texto filosófico socrático o como correspondencia desde el frente, parece tener que ver menos con la posesión de un conocimiento que con la posibilidad de un tiempo cortado del ajetreo de la producción.

3. EL HACENDOSO NARRADOR DE *JACQUES LE FATALISTE*

En las letras francesas, un texto fundamental interroga burlonamente el conocimiento constitutivo del narrador; me refiero a *Jacques le fataliste*, obra maestra del siglo XVIII compuesta por Diderot (1783/1998). El criado Jacques y su amo van de viaje, nos cuenta el narrador, y Jacques ha empezado a contar a su amo la historia de sus amores, pero la noche cae y el criado se extravía en medio del campo, lo que encoleriza al amo, que lo curte a latigazos. En medio de los comentarios fatalistas de Jacques («También este latigazo aparentemente estaba escrito allá en lo alto...», p. 21), la narración

se detiene y el narrador interpela al lector diciéndole que puede hacerlo esperar dos o tres años para la continuación del relato de los amores de Jacques; por ejemplo, puede hacer que Jacques se separe de su amo y puede hacer que cada uno de los dos corra todas las aventuras que a él, narrador, se le ocurran. Luego, se pregunta este narrador:

¿Qué me impediría hacer que el amo se case y sea cornudo? ¿O que Jacques se embarque para las islas? ¿Hacer que su amo también vaya? ¿Traerlos luego a los dos juntos en el mismo navío de vuelta a Francia? Y concluye: ¡Qué fácil que es hacer cuentos! (Diderot, 1783/1998, pp. 21-22)

Sin duda, se trata de la ficcionalización de un asunto filosófico crucial, entonces y ahora, a saber, el juego entre predeterminación y libre arbitrio, entre libertad y contingencia, entre fatalidad y azar. Si Jacques se resigna a la golpiza del amo, porque así estaba escrito, el narrador hace alarde de su libre arbitrio, mostrando cómo las peripecias de sus personajes y, de paso, la satisfacción de la curiosidad que él se encargó de despertar en el lector están entre sus manos, como entre las manos de una divinidad hacendosa. Pero, también, la puesta en intriga de este asunto crucial —qué mano mueve los hilos o qué mano mueve la mano que mueve los hilos, *id est*, quién habla, quién escribe la historia— suspende la identificación entre el *narrador* y el *gnarus*, puesto que el narrador ya no necesita conocer: no hay nada previo que conocer, todo está por inventar y su fundación por decidir.

Señalaré que este narrador que no posee un conocimiento/experiencia previos que lo instituyan como narrador, sino que declara inventar paso a paso lo que va contando, a su vez identifica otra figura de narrador, la figura de quien vive para poder contar. Por esto, afirma el narrador de *Jacques le fataliste*, lo que lleva al pueblo a asistir a las ejecuciones en la plaza pública no es su inhumanidad, sino tener algo que poder contar cuando vuelve a su aldea. Si en lugar de ejecuciones, se ofreciera otro tipo de espectáculo, entonces todo el mundo se volcaría a ellos y se disfrutaría por partida doble, al asistir y, luego, al contarlos, concluye este narrador (pp. 235-236). Así planteado, no se narra porque se conoce algo, sino que se conoce para poder narrarlo, perspectiva diderotiana que, en cierta medida,

recuerda la homérica afirmación: los dioses tejen desgracias a los hombres para que estos tengan motivo de canto (*Odisea*, VIII).

4. CONTAR PARA SABER

En las letras uruguayas, fue Onetti quien magistralmente ficcionalizó la relación entre *narrar* y *conocer*. Josefina Ludmer (1978) afirma que en la *La vida breve* y en todos los relatos narrados por Díaz Grey, este «narra porque no sabe: el relato es búsqueda e investigación» (p. 124). Con respecto a *Para una tumba sin nombre*, Ludmer afirma que no solo se trata del texto más *multivalente* de Onetti, sino que se constituye como un análisis, en el sentido de disolución, del contar (p. 146). Sobre *Los adioses*, Ludmer sostiene que se trata de un «antipolicial», justamente *enigmático* (p. 96) porque no permite que se produzca el alivio de la explicación, del cierre y ajuste de las piezas.

Agregaré que *Los adioses* es pasible de ser leído como una demostración de un narrador que narra gracias a su falta de omnisciencia, a su falta de conocimiento, carencia que lo convierte en un conjeturador empedernido. Así queda estipulado desde el comienzo del texto, en el que el narrador asegura que le hubiera bastado con ver las manos del viajero enfermo que llegó hasta su almacén para saber que «no iba a curarse, que no conocía nada de donde sacar voluntad para curarse» (Onetti, 1954/2007, p. 51).

Desde el íncipit, pues, desconcierta este narrador casi quiromántico, que conoce lo que las manos dicen:

Quisiera no haber visto del hombre, la primera vez que entró en el almacén, nada más que las manos; lentas, intimidantes y torpes, moviéndose sin fe, largas y todavía sin tostar, disculpándose por su actuación desinteresada. (p. 51)

Igualmente desconcierta la reiteración de las declaraciones sobre su visión, o no visión, de las manos del viajero:

Quisiera no haber visto del hombre [...] nada más que las manos. [...]
Quisiera no haberle visto más que las manos, me hubiera bastado verlas

cuando le di el cambio de los cien pesos y los dedos apretaron los billetes, trataron de acomodarlos y, enseguida, revolviéndose, hicieron una pelota achatada y la escondieron con pudor en un bolsillo del saco; me hubieran bastado aquellos movimientos sobre la madera llena de tajos rellenos con grasa y mugre para saber que no iba a curarse, que no conocía nada de donde sacar voluntad para cursarse. (p. 51)

Más precisamente, desconcierta la presentación contrafactual —se formula como no sucedido: «me hubiera bastado verlas»— de un hecho que al mismo tiempo se sugiere que ocurrió: el narrador que dice que le hubiera gustado ver las manos, al mismo tiempo, es capaz de hacer una pormenorizada descripción de esas manos, de sus movimientos, de su «fe», de su «actuación desinteresada», desmintiendo, con su descripción, la contrafactualidad que declara.

Lejos de suspender su aserción ante un conocimiento que flaquea (a la Cervantes: «Quijada, o Quesada») pero que no hace peligrar, sino que justamente confirma la realidad momentáneamente inasible de lo narrado, el narrador onettiano, mientras declara no saber, sigue avanzando como si supiera, demostrando así que lo que lleva a narrar no es un conocimiento previo, sino un deseo de encontrar sentidos para mejor desguazarlos. ♦

RESUMEN

Suele admitirse que un narrador cuenta porque conoce, es decir, que los acontecimientos narrados no solo precedieron el acto de narrarlos, sino que el conocimiento que el narrador tiene de ellos precede su narración.

Cabe meditar sobre algunas escrituras que trastocan esta cronología e interrogan su obviedad. A estos efectos, se propone una breve consideración previa sobre la relación entre *narrar* y *conocer*, así como se ofrecen ilustraciones de su trastocamiento en muestras de textos de Denis Diderot y de Juan Carlos Onetti. Con el mismo propósito, se considera brevemente la profusa correspondencia escrita por los soldados en la Guerra de 1914, íntimamente vinculada con el tiempo baldío de la trinchera.

Descriptores: NARRACIÓN / CARTA / GUERRA / CONOCIMIENTO / CUENTO

SUMMARY

It is usually admitted that a narrator gives an account of something he knows, that is, the events narrated not only preceded the narrative act, but also that their knowledge by the narrator precedes the narration.

It is worth considering some examples that disrupt this chronology and challenge their obvious nature. For this purpose, the paper makes a previous brief consideration of the relationship between *narrating* and *knowing*, and it also offers illustrations of this disruption in excerpts of texts by Denis Diderot and Juan Carlos Onetti. With the same purpose in mind, there is a brief consideration of the profuse correspondence written by soldiers during the 1914 War, intimately related to their pointless time in the trenches.

Keywords: NARRATIVE / LETTERS / WAR / KNOWLEDGE / STORIES

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, W. (2011). Le conteur. En C. Cohen Skalli (trad.), *Expérience et pauvreté* (pp. 51-106). París: Petite Bibliothèque Payot. (Trabajo original publicado en 1936).
- Compagnon, A. (2014). *Littérature française moderne et contemporaine: Histoire, critique, théorie* [serie de conferencias]. Disponible en: <https://www.college-de-france.fr/site/antoine-compagnon/course-2014-01-28-16h30.htm>
- Diderot, D. (1998). *Jacques le fataliste*. París: Pocket. (Trabajo original publicado en 1783).
- Ludmer, J. (1978). *Onetti: Los procesos de construcción del relato*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Onetti, J. C. (2007). *Los adioses*. Montevideo: Punto de Lectura. (Trabajo original publicado en 1954).
- Paulhan, J. (1941). L'homme muet. En J. Paulhan, *Les fleurs de Tarbes*. París: Gallimard.
- Rancière, J. (2009). Figures du témoignage et démocratie. En *Et tant pis pour les gens fatigués* (pp. 528-539). París: Amsterdam. (Trabajo original publicado en 2006).
- Rey, A. (1998). *Dictionnaire historique de la langue française*. París: Le Robert.
- Robbe-Grillet, A. (1963). *Pour un nouveau roman*. París: Minuit.



El autocrimen de Narciso

RAQUEL LUBARTOWSKI NOGARA¹

Ostia y *La ira de Narciso* integran la dramaturgia del escritor Sergio Blanco, quien «toma como fuente fundamental al teatro, en un arco temporal que comienza en sus orígenes occidentales y llega al hoy» (Roger, 2007, p. 245). Junto a *Kassandra* y *Tebas Land*, conjugan una secuencia de obras estrenadas en Uruguay en los últimos tres años, serie de obras que podríamos considerar una tetralogía articulada en un crescendo de autoficción que culmina en *La ira de Narciso*.

El arco temporal señalado se despliega en un campo ficcional

donde las obras son metafóricas de otras realidades a las que se quiere aludir. Por otro lado hay una vertiente política que el autor define no como aquella que se da en el sentido partidario sino [...] *que se propone develar las zonas oscuras de todo discurso oficial*. (Blanco, 2007, p. 357)

Desde los primeros trabajos de S. Freud, el psicoanálisis ha generado zonas de contigüidad, bordes con el arte, la literatura y distintas culturas. Trama enriquecida mediante la inclusión de vacilaciones surgidas del método interpretativo que, junto al campo clínico, interpelan los devenires conceptuales y metodológicos del propio psicoanálisis. En el aporte inaugural *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de Jensen*, S. Freud (1907 [1906]/1992) sostiene:

1 Escritora. Licenciada en Psicología. Profesora agregada de la Universidad de la República, Montevideo. raquelnogara@gmail.com

Los poetas son preciosos aliados y su testimonio debe ser altamente estimado, porque perciben entre el cielo y la tierra muchas cosas que nuestra sabiduría erudita no nos permite siquiera imaginar. Son, en lo referente al conocimiento del alma, maestros de nosotros, los hombres comunes, pues beben de las fuentes de la ciencia. (p. 33)

El postulado freudiano otorga un lugar relevante y anticipatorio a la creación artística considerada, a la manera de los sueños, *acontecimiento impredecible*. La tragedia clásica es una de las piezas constructoras del psicoanálisis y sus devenires. Mitos, leyendas, dramaturgia, literatura, escultura sostienen e interrogan el andamiaje conceptual al tiempo que, junto al trabajo clínico, delimitan la inevitable reformulación del corpus teórico.

En numerosos escritos postfreudianos, el campo del arte con frecuencia aparece invadido por métodos interpretativos que invierten la postura sostenida, aún con vacilaciones, por el creador del psicoanálisis. Mediante montajes interpretativos, la posición aleatoria del arte, su incesante devenir, se subvierte de manera tal que el acontecimiento artístico queda ubicado en una posición de demanda, como si necesitara interpretaciones para develar significaciones supuestamente ocultas.

La escritura escénica de Sergio Blanco integra diversos medios expresivos y montajes inhabituales.

En adelante debemos reconocernos como escritores del escenario. Escenario donde ya no habrá más un orden impuesto por una palabra que someterá a los demás elementos a su voluntad, sino que habrá una intervención democrática de todo el conjunto de medios de expresión que puedan darse sobre la escena y que cuentan por igual con la misma capacidad de aportar un sentido. (Blanco, 2007, p. 357)

Situada en las proximidades de la tradición freudiana, recorro a las obras de Sergio Blanco para proponer preguntas para las cuales aún sólo me animo a esbozar preguntas. Obras escénicas que remueven emociones y colocan la mirada en ciertos intersticios, zonas de penumbras conceptuales y fisuras de nuestras sociedades contemporáneas. Como arte del *convivio*, el teatro crea un territorio de conexiones corpora-

les donde la emoción susurra, enlaza dimensiones imaginarias y «pone a dos cuerpos en resonancia» (Aulagnier, 1994, p. 133). Cuerpos y memorias entretejidos con nuestra historia reciente y actual, cuerpos inmersos en nuestro universo lingüístico-narrativo y cultura donde la voz poética de Idea Vilariño abre dimensiones metafóricas...

Entre las múltiples capas de hojaldres poéticos que van construyendo *Ostia* y *La ira de Narciso*, intentaré aprehender ciertas líneas que habilitan formular interrogantes referentes al montaje entre *contrato social* y *contrato narcisista* realizado por la autora de *La violencia de la interpretación*.

¿Cómo sería tu rostro antes que tu padre y tu madre se encontraran?

Marguerite Yourcenar, *El laberinto del mundo*

Las creaciones de Sergio Blanco habitadas en escena por Roxana Blanco² y Gabriel Calderón singularizan las dimensiones identificatorias de cada uno de los espectadores. Al enlazar las figuras de los ancestros narrados en los mitos con las de los sucesores —*escenaturgos* y *espectadores*—, habilitan la apertura de interrogantes situadas en una suerte de contigüidad con las obras de la psicoanalista Piera Aulagnier. Elaboraciones que la autora despliega en un entramado teórico, clínico y de acciones institucionales que formula y reformula mediante una producción escrita apegada a «todos quienes me han demandado y permitido oír su historia» (Aulagnier, 1992, p. 51). *Historias llenas de silencio y de furor*.

En 1975, Aulagnier publica *La violencia de la interpretación*: «Este libro se propone poner a prueba un modelo del aparato psíquico que privilegia el análisis de una de sus tareas específicas: la actividad de representación» (p. 23). Enmarcado en el conjunto de los postulados que desarrolla y articula en el libro referido, propone *el contrato narcisista*.

2 Me refiero a *Kassandra* y *Ostia*.

Al adherir al campo social, el sujeto se apropia de una serie de enunciados que su voz repite: esta voz le aporta la certeza de la existencia de un discurso en que la verdad acerca del pasado está garantizada, con el corolario en la creencia acerca de la posible verdad acerca de las previsiones sobre el futuro. La catectización de este modelo futuro constituye una condición necesaria para el funcionamiento social. (p. 162)

El *contrato narcisista* constituye una pieza conceptual tributaria del conjunto de los postulados articulados dentro de una ingeniería teórico-clínica compleja. Esta complejidad genera una gran dificultad para considerarlo una pieza independiente, aislada del conjunto. Hecha esta salvedad, abordaré la tensión conceptual que conllevan los términos asociados en *contrato narcisista*. Todo contrato —sea de carácter público o privado, explícito o implícito— impone la presencia de la Ley, es decir, un tercero que regulará el ensamblaje del campo intersubjetivo con el funcionamiento social. A su vez, la Ley es *cuestión del tiempo*, es decir, incluye la necesaria *catectización del futuro*. Se infiere que el contrato narcisista requiere, como condiciones subjetivas necesarias aunque no suficientes, por un lado, las formaciones del *ideal* —*yo ideal, ideal del yo, superyó*—, y por otro, la comparecencia de lo social a través del portavoz y la sombra hablada que anticipan el discurso social. Al referirse a este último, P. Aulagnier (1992) remarca que el discurso social no es neutro ni está acotado al dispositivo de la familia. La sombra del *narcisismo originario* puede amenazar el contrato narcisista, impidiendo

la función del yo (*je*) como constructor que jamás descansa, e inventor, si es necesario, de una historia libidinal de las que extrae las causas que le hacen parecer razonables y aceptables las exigencias de las duras realidades con las que le es preciso cohabitar: el mundo exterior y ese mundo psíquico que, en buena parte, permanece ignoto para él. (p. 14)

Para la autora, la amenaza a la función de yo, incansable historiador que debe compaginar diferentes versiones, puede provenir o situarse en el campo social a través del *poder totalitario*.

En el escrito que cierra el libro *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*, a propósito de la novela de Orwell 1984 acentúa el análisis del campo

social bajo el sugestivo cierre: «Conclusión. Cuando la ficción anticipa a la Teoría». El *poder totalitario* se escinde del campo social y de la *cultura* en tanto

no importa lo que diga el Poder, dice Verdad. Que él tiene derecho de ignorar la contradicción, el tiempo, así como el de crear en una posterioridad continua las pruebas de lo que afirma con respecto al pasado, el presente, el futuro. (Aulagnier, 1992, p. 229)

En tanto el narcisismo originario *no contiene el prójimo*, el *poder totalitario* no produce cultura. El narcisismo originario es ahistórico, atemporal; cuando se instala en el campo social bajo la figura de un único y omnipotente *maestro historiador*, genera un campo de batalla donde el presente se ahoga en un no-pensable habitado por «agujeros de memoria» y un «nuevo hablar»:

Para que la historia de su propio pasado, según pretende escribirla para ti un único y omnipotente Maestro Historiador, se imponga como la exclusiva verdad, es menester que queden para siempre excluidos de lo pensable del sujeto esos «cuadros» percibidos y vividos en ese *antes*. (p. 229)

El yo no puede habitar ni investir un cuerpo desposeído de la historia de lo que vivió. (Aulagnier, 1994, p. 134)

OSTIA

Ostia propone una puesta escénica que tiene la belleza de un teorema. Un texto partitura que escande sus *decires* con pausas poéticas, sinfónicas. Sus diversos planos van dibujando una estructura en hojaldre de *hostias* —pan ácimo que representa el sacrificio— que se enlazan con la fugacidad del tiempo recordado, el tiempo vivido, el devenir de un futuro que acontecerá allí, en la lectura por venir dentro del teatro. Tiempos que se conjugan en claves imaginarias creadas por el cine, que va generando una historicidad de acontecimientos situados más allá de lo real de la realidad. Tiempos «de películas» que nos van articulando como sujetos sociohistóricos. Tiempos

de escritura y *decir* la escritura. *Ostia* es extraña y, a la vez, íntima, como un sueño. Y como un sueño, deja rastros intensos, indescifrables. *Ostia* es al mismo tiempo una arqueología donde los mármoles de la antigua ciudad italiana no cesan de actualizarse en construcciones contemporáneas, rastros, huellas que nos habitan en silencio.

Ocupan el espacio escénico los hermanos Sergio y Roxana Blanco, triangulados por el cadáver de un crimen que contiene todos los crímenes. Apenas encubierto por un diario, el cuerpo abandonado en escena tiene una potencia simbólica inhabitual: expone la permanencia siniestra de los cadáveres insepultos. Presencias ominosas que nos habitan y hablan de duelos imposibles. El cadáver puede ser un ahogado anónimo en la playa del balneario donde juegan los niños hermanos, algún «coreano» lanzado desde los vuelos de la muerte —«ante el octavo cadáver/ qué decir/ qué no pensar» (Lubartowski Nogara, 2001, p. 245)—, los cuerpos amontonados en el Auschwitz abordado en los escritos de Giorgio Agamben, el cuerpo de Pier Paolo Pasolini, los cuerpos asesinados por los diferentes fascismos... pero en *Ostia* no están los «desaparecidos» porque los cuerpos «desaparecidos» no están. Rebasan la secuencia cuerpo-crimen-cadáver. La inexistencia del cadáver impide su ocultamiento o alteración. El *desaparecido* es pura permanencia.

¿Sin cuerpo *criminado* es posible la representación? ¿Los *desaparecidos* se deslizan desde *lo ominoso* hacia *lo impensable*? ¿Dónde pueden situarse los cuerpos «desaparecidos» desapropiados tanto de la vida como de la muerte? ¿O son «agujeros de memoria»?

En *Ostia* también está el amor en toda su furia y belleza. El amor redime. *Ostia* propone una erótica que sitúa interrogantes acerca del incesto, el goce de una niña, la intensidad pasional de cuerpos sin bordes, de la «pornografía»... Y el cine. Siempre el cine. Y la ternura fraterna. Y escribir. Escribir.

Deportados, ahogados, desaparecidos.

—Ya nadie se baña en el Egeo.

—Ya no me baño en el mar. Antes me gustaba mucho nadar pero desde que empezó a pasar esto ya no puedo —cuando lo dice se le empiezan a caer las lágrimas.

—¡Cómo voy a estar nadando si han llegado cuerpos de niños a la orilla!
¿Cómo pueden permitir que pase esto?

Sofía es de Mitilene. Baja a la playa a colaborar como voluntaria. (Rodríguez Cattaneo, enero de 2016, p. 18)

LA IRA DE NARCISO

Viaje de autoficción. Itinerario a los orígenes de la mirada. Construcción de montajes y laberintos furtivos. Búsqueda desesperada del contacto primigenio, siempre anhelado y al mismo tiempo inhallable. La madre perdida en el des-conocimiento a Sergio, el sexo desfalleciente. Nudo. Espejo rojo. Sergio, esclavo de Igor y del goce extremo, queda a merced del escotoma de la mirada encandilada por una búsqueda insaciable. Demasiada luz enceguece. Las manchas de sangre en la habitación del hotel seducen como la quietud del lago. Como las brumas inexistentes del bosque de Liubliana donde el otro de sí mismo lo anhela corriendo sudoroso, de atrás. Las manchas de sangre se expanden en la habitación. Indicios que muestran el código secreto de un crimen. Orfeo, Babel, Idea Vilariño. Crimen. Lo ominoso es tan bello que atrapa. Siembra un destino ineluctable. Impulsa hacia el goce absoluto del esclavo perdido en una erótica sin pausas. Erótica que desea desasirse de la temporalidad y así interpelar al amo supremo: la muerte.

La autoficción de Sergio crea una hendidura. La poesía vence. La escritura disuelve la temporalidad, el poder del amo absoluto —la muerte— se desliza. Sergio escribe su autocrimen y, mediado por palabras, lo ejecuta con la belleza inquietante de una disección anatómica. Los miembros seccionados trascienden imágenes y palabras, son puro acontecimiento escénico. En la reconstrucción del crimen surge un regalo: una manzana perfecta insinúa un origen mítico. El laberinto se transforma en espiral, y allí la actuación escénica de Gabriel Calderón, inmerso en la autoficción de autoficción de Sergio, captura la belleza ígnea de la cremación. Inaugura otro origen donde su mirada imaginaria de futuro padre se abre a otra, nueva temporalidad enmarcada en los orígenes: en el hueco central de la imagen del esqueleto de un *mamut* palpita la ecografía del hijo por venir.

La escritura «moebius» de la obra se desliza en una continuidad sin anverso ni reverso. El sujeto poético no desfallece. Sergio Blanco gene-

ra una escritura escénica que es ética-logos-política. El autocrimen de Narciso conecta con las profundidades oceánicas habitadas por cadáveres, ahogados en Ostia, reencontrados en el Egeo. Cuerpos saturando de muerte la belleza del Mediterráneo o del Río de la Plata. Lazos sociales que se desamarran de posibles sentidos. El campo poético ensombrecido, amenazado por la aparición de la imagen pixelada de Angela Merkel. Desde un *real crudo*, Merkel encarna el discurso *totalitario*. No importa lo que digan sus palabras, *dicen verdad*. Sumergen en el desamparo y la soledad de una habitación de hotel donde se ejecuta el crimen escenificado. Crimen que abre la mirada hacia el continente europeo en el que desaparecen cuerpos innumerables a los que no se les otorga espesura ni historicidad. Los artilugios escénicos configuran una angustiosa evocación del autocrimen social.

Deportados, ahogados, desaparecidos... desposeídos de *lo familiar* contenido en la vida y la muerte, ¿lo ominoso se desvanece en *lo impensable*? ¿En qué registro ubicar personas desaparecidas? ¿Cómo historizar la filiación de hijos-hijas de cuerpos desaparecidos? ¿Los agujeros de memoria habilitan el investimento libidinal del futuro? ¿*Ostia* y *La ira de Narciso* son acaso metáforas poético-políticas del autocrimen socio-simbólico contemporáneo?

Ante el desfallecimiento del *contrato narcisista*, escribir, reanudar. ♦

RESUMEN

Tomando como plataforma *Ostia* y *La ira de Narciso*, el presente aporte se propone interrogar la posible afectación del *contrato narcisista* a través de la propuesta artística de Sergio Blanco.

El contrato narcisista constituye una pieza conceptual desarrollada por la psicoanalista Piera Aulagnier. El postulado cobra relevancia en el marco de una ingeniería teórica que formula e integra una tópica integrada al campo social, el trabajo historizante del Yo y el investimento libidinal del futuro. Las elaboraciones de la autora tuvieron como soporte un incesante trabajo clínico psicoanalítico, realizado con énfasis en el territorio de las psicosis.

La presente propuesta pretende situar interrogantes referidas a los efectos sociosimbólicos generados por las desapariciones de personas acaecidas en sucesivos tramos de la historia reciente y actual. Las preguntas diseminadas por las piezas artísticas de Sergio Blanco se instalan e interpelan diversos tópicos, y abren interrogantes acerca de lo ominoso, que se deslizaría a lo impensable, lo histórico singular-social, y se transformaría en agujeros de memoria, y la *catectización del futuro* se precipitaría en un puro presente habitado por presencias de ausencias, cuerpos desaparecidos des apropiados de la vida y la muerte.

Desde esta perspectiva se enhebran un par de preguntas: ¿*Ostia* y *La ira de Narciso* constituyen metáforas político poéticas del autocrimen de nuestras sociedades contemporáneas? ¿Nos encontramos ante el desfallecimiento del contrato narcisista y sus consecuencias en el campo de la subjetividad?

Descriptores: PSICOANÁLISIS / ARTE / INCESTO / LO SINIESTRO / CONTRATO / NARCISISMO / TEATRO

Candidato a descriptor: CONTRATO NARCISISTA

Obra-tema: OSTIA / LA IRA DE NARCISO / TEBAS LAND / KASSANDRA / BLANCO, S.

SUMMARY

Based on *Ostia* and *La ira de narciso* this paper sets out to question the way in which the Narcissistic contract can be affected, through the artistic proposal by Sergio Blanco.

The concept of the Narcissistic Contract was developed by the psychoanalyst Piera Aulagnier. The proposal becomes relevant in the context of a

theoretical engineering that formulates and integrates a topical perspective integrated into the social field, the historicizing work of the Ego and the libidinal investment of the future. The present elaborations are the result of a continuous psychoanalytic clinical work, with an emphasis on the field of psychoses.

This paper aims at dealing with the socio symbolic effects generated by the forced disappearance of people, which took place in successive periods of recent and present history. The questions that we find spread out in the artistic pieces by Sergio Blanco, settle and question various topics and open interrogations about the uncanny that slides into the unthinkable. The singular-social historic perspective would become holes of the memory and the investment of the future would precipitate into a pure present inhabited by the presence of absences, disappeared bodies deprived of their life and death.

From this perspective, a couple of questions are threaded together: *Ostia* and *La ira de Narciso* are poetic political metaphors of the self-murder of our contemporary societies? Do we find ourselves in the presence of the collapse of the Narcissistic Contract and its consequences in the field of subjectivity?

Keywords: PSYCHOANALYSIS / ART / INCEST / THE UNCANNY / PSYCHOANALYTIC CONTRACT / NARCISSISM / THEATRE

Candidate keyword: NARCISSISTIC CONTRACT

Work-subject: OSTIA / LA IRA DE NARCISO / TEBAS LAND / KASSANDRA / BLANCO, S.

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1992). *El aprendizaje de historiador y el maestro brujo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1994). *Cuerpo, historia, interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Blanco, S. (2007). La custodia de las palabras. En R. Mirza (ed.) *Teatro rioplatense: Cuerpo, palabra, imagen*. Montevideo: Universidad de la República.
- Freud, S. (1992). El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 9, pp. 1-80). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1906 [1907]).
- Lubartowski Nogara, R. (2001). En AA. VV., *Memorias para armar-uno*. Montevideo: Senda.
- Rodríguez Cattaneo, E. (enero de 2016). Desde Mitilene, Lesbos (Grecia). *Brecha*, 22 de enero de 2016.
- Roger, M. (2007). *Teatro rioplatense. Cuerpo, palabra, imagen*. Montevideo: Universidad de la República.

Marguerite, una escriba Duras: mi humilde homenaje



MARIELA GIORGI¹

Me he dicho muchas veces que se escribía sobre el cuerpo muerto del mundo y de igual manera sobre el cuerpo muerto del amor. Que lo escrito se nutría en los estados de ausencia, no para reemplazar algo de lo vivido o de lo supuestamente vivido, sino para depositar en éste el vacío por él dejado.

Marguerite Duras

—¿Define esto lo que es la escritura? Le interroga Pierre Dumayet a Marguerite Duras. —Para mí, sí. ¡Al pie de la letra! Un suceso no puede ocurrir dos veces, una vez en la realidad y una vez en un libro, pero tiene que haber ocurrido para que el libro pueda narrarlo. Y el mismo suceso se destruye, si me lo permite, en el libro, porque nunca es el que ha tenido lugar. Sí, el libro realiza este milagro.

Entrevista a Marguerite Duras; Trouville, Francia, 1992

ENLACES DE ESCRITURAS, ESCRITURA DE ENLACES: UNA INVENCIÓN ENTRE LO IMPOSIBLE Y EL ESCRITO

En Marguerite Duras, la escritura es. La tomamos al vuelo, en un viaje sutil que nos conduce inexorablemente a ciertos recortes de su historia de vida, con «la historia, armada sobre otra, armada sobre otra» (Lebelley, 1994, p. 203) a la búsqueda de un cuerpo que consista, más allá «de la masa de carne sorda» (Duras, 1967/2011, p. 177), como nos dice en *La amante inglesa*.

1 Psicoanalista. mgiorgi965@gmail.com

Marguerite Donnadiou ha pasado a a-firmarse en letra Marguerite Duras, devenir una *escrība* Duras (entre los hebreos, «doctor e intérprete de la ley»). Duras, apellido tomado de la región francesa de donde era oriundo su padre, Émile Donnadiou: la comarca de Duras. Duras, en lengua occitana y enlazado a la región materna, se podría traducir «fortaleza en este lugar».

Marguerite Duras nace en la *Cochinchina* («huellas cruzadas»), colonia francesa en la Indochina, el 4 de abril de 1914. Una de sus biografías no autorizadas nos dice: «Vino al mundo allá, en ese vientre blando de Asia, entre los nueve brazos del Mekong. Expulsada de las aguas matriciales, [...] en esa tierra acuática, sustanciosa y asesina a la vez, en Gia Dinh —la familia— en las afueras de Saigón» (Lebelley, 1994, p. 13).

Huérfana de padre a los siete años, Marguerite cierra filas con su hermano menor, Paul, ante su hermano Pierre, «ese velo negro ocultando el día» (Duras, 1984/1992, p. 8). Desearía hacerlo desaparecer, desearía verlo morir, matarlo, «tan podrido que pesa tan poco como una rama de árbol muerta» (Lebelley, 1994, p. 116), como dice en *La impudicia*.

La selva asiática es el contexto habitual de Marguerite y de Paul, pero aunque sea su país natal, nada sabe Marguerite del pueblo anamita, de su historia. Sí ve el sufrimiento que los colonos infringen a los indígenas; sin embargo, a pesar de presenciarlo, Marguerite lo verá mucho más tarde.

Años de infancia y adolescencia marcados por la locura devastadora, desatada por momentos, de su madre, Marie Donnadiou. Golpeada por ella y agredida verbalmente, en *Un dique contra el Pacífico* (1950/2008) hará proferir a la madre: «¿Qué le habré hecho yo al cielo para que me hayan tocado en suerte esta porquería de hijos?» (p. 27), y en *El vicecónsul* (1966/1993): «Si vuelves dijo su madre, pondré veneno en tu arroz para matarte. En el sueño, la madre, con un garrote en la mano, la contempla. De ningún modo puedes volver» (p. 9).

A pesar que Marguerite ha pasado diecisiete años en la tierra del *Ma qui* («el demonio», en vietnamita), ya en suelo paterno (Francia) «el exilio no le pesa. Nadie recuerda que Marguerite hiciera la más mínima alusión a ese país del que procedía. [...] Tras tantos años de ausencia, Marguerite se sumerge sin problemas en el baño occidental» (Lebelley, 1994, p. 83).

Sin embargo, nos relatará más adelante:

En las historias de mis libros que se remontan a mi infancia, de repente ya no sé de qué he evitado hablar, de qué he hablado, creo haber hablado del amor que sentíamos por nuestra madre, pero no sé si he hablado del odio que también le teníamos y del amor que nos teníamos unos a otros y también del odio terrible, en esa historia común de ruina y de muerte que era la de nuestra familia... y que aún escapa a mi entendimiento, **me es inaccesible**, oculta en lo más profundo de mi piel, ciega como un recién nacido. (Duras, 1984/1992, p. 16)

Lo inaccesible de lo cual nos habla Marguerite, lo imposible de atrapar, es lo más permanente en sus textos, una repetición que no cesa de no producirse, que no cesa... Y su escritura es, a mi entender, lograda y fallida a este respecto, pues da cuenta incesantemente de lo *Unerkannt* freudiano, a propósito de este real insistente, Marcel Ritter le plantea a Lacan:

Ombigo es ese punto donde el sueño, cito a Freud, es insondable, es decir, es el punto en donde se detiene el sentido o toda posibilidad de sentido. Es también el punto donde el sueño está más cerca de lo *unerkannt*, de lo no re-reconocido. (Lacan, 1975/1980, p. 126)

Unerkannt, lo no reconocido, dice, es diferente a lo desconocido, «un real no simbolizado [...] algo delante de lo cual el sueño como red no puede ir más lejos, se detiene» (p. 126).

Surge lo indescifrable, a pesar del intento de acorralarlo en lo escrito. Límite insondable de lo real en tanto agujero diferente a lo pulsional, «real que tiene que ver con el ombigo» (p. 129). Entonces, el prefijo *un* designa la imposibilidad del reconocimiento, a partir de lo cual lo posible deja de escribirse. Lacan nos dice: «hay cosas que están para siempre cerradas en su inconsciente, lo que no impide que, sin embargo, esto se designe como un agujero, no reconocido, *unerkannt*» (p. 132). Marcas del lenguaje imposibles de reconocer pero que harán agujero y posibilitarán la entrada a la simbolización. Agujero en tanto algo se ha cerrado. Allí, Lacan habla

de «cicatriz que hace nudo en el cuerpo» (p. 128). Agujero, dirá entonces, estigma, cicatriz originaria.

Es recién en 1943-1944 que nace Marguerite Duras. A pesar de que ya escribía y de que deseaba dedicarse de lleno a la escritura, no logra nuevas publicaciones. Es el tiempo —1943— en el cual Paul, «el hermano pequeño adorado por su joven hermana, la misma a la que no se nombra» (Duras, 1991/1993, p. 11), como expresa en *El amante de la China del norte*, ha muerto, «acusa el golpe con una violencia que aterra a sus allegados» (Lebelley, 1994, p. 118). Descubre, como dice en *El amante* (1984/1992), «que la inmortalidad es mortal» (p. 19).

1943 es el tiempo del libro *La vida tranquila* (Duras, 1944/1972), tiempo en el que «ahora ha muerto, está tranquilo [...] cuando pienso que sus ojos están reventados, sus ojos violeta como el secreto, húmedos, parpadeantes, sus ojos que veían, sus ojos perfectos» (p. 105).

Paul, Paulo, Joseph, distintas nominaciones para este hermano que en tiempos de infancia y de adolescencia surge como otro-esencial para Marguerite, su soporte, sus ojos, «el cazador de ojos azules». El hermano menor, con quien baila al son de Ramona, música en la que hay enlaces de sonidos privilegiados que oficiarán de telón de fondo-separador de los gritos maternos. Baile que alude al movimiento de los cuerpos al son de la música, al enlace corporal, al cuerpo mismo, a lo erótico que no termina de anudarse en Marguerite.

La muerte de su partenaire de la infancia-adolescencia marca un giro en su vida, por años hay detención de su escritura y publicación, a excepción de sus *Cuadernos de la guerra* (2006), verdaderos tesoros de los cuales extrae a futuro numerosas novelas. Entre ellas, *El dolor* (1985): «El Dolor es una de las cosas más importante de mi vida» (p. 10). El dolor, lo indecible, desgarros de su vida, algo que no puede atraparse en el decir, pero que la letra intenta enlazar. Allí nos dice «Después ha empezado la cosa. En una cuneta con la cabeza vuelta hacia la tierra, las piernas dobladas, los brazos extendidos, él está muriendo. Murió pronunciando mi nombre ¿Qué otro nombre hubiera podido pronunciar?» (p. 14).

Dolor innumerable de la espera, dolor que intenta nombrar las distintas muertes, de su hijo, de Paul, el horror vivido por Antelme, el horror de

lo sucedido en los campos alemanes y el horror de los niños le suscita —a mi entender— una impresión de algo ya visto, lo acontecido, los campos de concentración en Asia, las calles de los apestados, los leprosos, los marginados, el pueblo anamita todo. Ahora ve. Parecería que lo ominoso al decir de Freud surge con fuerza arrolladora en Marguerite: «Es como si hubiera estado durmiendo treinta años y que al cabo de esos treinta años me despertara y se matara a los judíos y mi vida empezara» (Lebelley, 1994, p. 134).

Nos dice Freud (1919/1988): «esto ominoso no es efectivamente nada nuevo o ajeno, sino algo familiar de antiguo a la vida anímica, sólo enajenado de ella por el proceso de represión» (p. 241).

La durmiente viva se despierta, y da paso a la escriba Duras, nominación nueva y necesaria para esta artesana que *invenciona* bordeando y enlazando personajes que viven y con-viven en distintos textos, que se trasladan, se recrean. Una verdadera escriba que interpreta, ahora sí, las letras familiares, desde otra posición subjetiva, desde un saber que no se sabe, amanuense que no accede a lo que escribe, que le es inaccesible pero insistente.

Un dique contra el Pacífico (1950/2008) es la primera novela con la marca Duras, escrita en homenaje a su madre, «para quien el libro es una acusación pública, una denuncia, un escándalo» (Lebelley, 1994, p. 158). Marguerite, por fin, se libera de su madre, por fin muere al final del libro.

Sin embargo, en el tiempo naciente de escribir, de ser Duras, el personaje materno es tirano, invasivo y devastador como el Pacífico: escribir «para la madre es algo que no se hace. Como tampoco se devela lo que debe de quedar oculto, como la femineidad y la propia sexualidad» (Duras, 1966/1993, p. 9).

Marguerite sabe o intuye que escribiendo se alejará de la madre: «aprender a partir. Abandonar a la madre, ese vampiro que prohíbe los libros. Habría que encontrar el “camino para perderse”» (p. 97), como dice en *El vicecónsul*: «¿Qué hay que hacer para no regresar? Hay que perderse. No sé hacerlo. Aprenderás. [...] Hay que estar dispuesto a no saber nada de lo que antes se sabía» (p. 9). «Su camino, está segura, es el abandono definitivo de su madre. Sus ojos lloran, pero ella no, ella canta a voz en grito una canción de Battambang» (p. 19).

Es la mendiga calva que habla en ella. «Las personas de mis libros son las de mi vida» (Adler, 1998/2000, p. 13), dice Marguerite. Mendiga calva, enferma, que quizá encarna cual elemento del sueño algún rasgo de Marguerite, en tanto también habla un dialecto que *nadie* entiende, su escritura. Anheló, a mi entender, de caída y ruptura con lo materno, con el deseo aplastante y violento de lo familiar.

El 26 de enero de 1975, en su respuesta a una pregunta de Marcel Ritter, Jacques Lacan dice: «Si hay algo que Freud deja patente, es que del inconsciente resulta que el **deseo del hombre es el infierno** y que es el **único medio de comprender algo**» (p. 135). Atravesar ese infierno, ese deseo constitutivo que nos viene del Otro, es privilegio solo del camino analítico, no así de la escritura, que enlaza una y otra vez ese deseo articulado pero enigmático.

La mendiga-obsesión, bajo diferentes rostros que son para Marguerite cada vez la misma mujer, la loca del puesto de Vinh Long: «Una mujer muy alta, muy flaca, flaca como la muerte» (1984/1992, p. 43), dice en *El amante*, que la había perseguido riendo y gritando en una lengua desconocida para ella. Miedo central, terror indefinible, bastaba con que la mendiga la rozara para que estuviera perdida. «Peor que el estado de la muerte, el estado de la locura» (p. 44).

En una entrevista de Pierre Dumayet (1964) a Marguerite Duras:

—*El vicedónsul*. ¿Cómo escribió esta novela, Marguerite Duras? O sea, ¿por dónde empezó?

—Por la pordiosera.

—¿Quién es esa pordiosera? ¿De dónde sale? ¿De dónde la saca usted?

—Es un personaje que me ha perseguido desde siempre. Desde los diez años me ha perseguido este personaje.

—¿Dónde lo conoció?

—En Indochina. En un lugar en el que mi madre trabajaba como profesora. Llegó un día, había oído que mi madre recogía a niños. Había hecho cientos de kilómetros para traer a una niña a la que ya no podía alimentar ni coger porque tenía una llaga enorme en el pie. Entonces mi madre le dio dinero. Ella quería que mi madre cuidase de la niña, entonces se escapó.

Hay un agujero de diez años. El tiempo que ella tarda en ir desde Savan-nakhet hasta Laos, por Siam y Birmania, para llegar a Calcuta.

—¿A Calcuta, donde nadie la entiende?

—Sí.

—¿Se ha vuelto loca?

—Totalmente, excepto para alimentarse, ella sabe vivir. Sabe comer. Busca en la basura, busca algo que comer. Ella no tiene la lepra.

—Y esa locura, ¿qué es para ella? ¿Una especie de expansión?

—Es un ser al que ya nada puede pasarle. Absolutamente nada. Nada. (p. 11)

El nacimiento de la Duras efectúa un quiebre con la Donnadieu. La escritura, ese «**arte-facto**», ese hecho de enunciar «que sólo habita el lenguaje» (Lacan, 1971/2009, p. 114) es un punto de opacidad, pues no tiene que ver con la historia vivida; si bien presta soporte, materialidad, «es contar una historia y la ausencia de la historia» (Duras, 1987/1993, p. 33). Adhiero entonces al planteo fuerte de Lacan (1971/2009): «La verdad refuerza la estructura de ficción» (p. 116), una estructura de ficción es propiamente la esencia misma del lenguaje. Y siguiendo a Jeremy Bentham y su *Teoría de las ficciones* (2005), eso es lo real, quizá lo más real. Entonces vemos que para Lacan **las ficciones no coinciden con lo imaginario pues son reales**. «Fictitious no quiere decir ilusorio ni engañoso» (Lacan, 1969/2008, p. 176), nos plantea en el seminario 16.

El encuentro con un espacio geográfico determinado, Trouville, la lleva a Indochina: «Las arenas en S. Thala son el Tolé-Sap de donde viene la mendiga. La selva de **Destruir** es la infancia. [...] Tal vez solamente allí he vivido. Tal vez estoy en suspenso desde que estoy en Francia» (Duras, 1974/2005, p. 114), nos dice en *Las conversadoras*.

Ya sabes, mi madre se arruinó con el dique. Tenía dieciocho años cuando partí, y no pensé más en la infancia. Lo oculté por completo. Y anduve por la vida diciendo yo no tengo un país natal, no reconozco nada a mi alrededor, pero el país en el que viví es un horror. Pienso que es una revancha. El país natal se vengó. Yo me decía, si una conserva ese saber todo el tiempo, se va a morir por eso. Se puede morir por eso. Por lo tanto hay que excluirlo. Pero aun así el Mekong quedó en alguna parte. (p. 115)

Pero poco a poco, y a medida que comienza un reintegro de ese pasado excluido —que a mi entender comienza en 1950, con *Un dique contra el Pacífico*—, la letra la guía, comanda una escritura que enlaza otras escrituras de lo real. Comienza una invención-puente entre dos orillas, su orilla en Francia y la otra de su Indochina natal, la inclusión de la pobreza, la locura, la lepra, el amante chino, la soledad, su entramado familiar y los múltiples y ambiguos enlaces con su madre y sus dos hermanos, dan cuenta de la textura de los escritos durasianos.

El escrito ya está en la noche. Escribir estaría en el exterior de sí, en una confusión de los tiempos: entre escribir y haber escrito, [...] entre saber e ignorar lo que es, partir del sentido pleno, sumergirse en él y llegar hasta el no-sentido. [...] Escribir no es contar historias. Es lo contrario de contar historias. [...] Es contar una historia y la ausencia de esta historia. Es contar una historia que ocurre por su ausencia. (Duras, 1987/1993, p. 31)

Trouville-balneario, a orillas del canal de la Mancha,

La emoción que la sacude aquí muy bien podría haberle sucedido en otro lugar. [...] Pero en Trouville es donde, ante ese cielo bajo que se funde con el mar y esa luz blanca del monzón, ante esa playa de laguna [...] le llegan con la nitidez de un tiempo detenido, las imágenes de Indochina: «inconmensurable remota». (Lebelley, 1994, p. 190) ♦

RESUMEN

Marguerite Donnadiou ha pasado a a-firmarse en letra, Marguerite Duras, devenir una *escriba* Duras. Duras, apellido tomado de la región francesa de donde era oriundo su padre, Émile Donnadiou: la comarca de Duras. Duras, en lengua occitana y enlazado a la región materna, se podría traducir «fortaleza en este lugar».

Marguerite nace en la *Cochinchina* («huellas cruzadas»), Indochina, el 4 de abril de 1914, en Gia Dinh (la familia) en las afueras de Saigón, y en las tierras del Ma qui (demonio).

Marguerite es una escriba Duras que se *inveciona* y enlaza restos, trazos y trazas de su historia en la escritura.

En este trabajo veremos cómo estas nuevas y necesarias nominaciones intentan enlazar esto inaccesible que habla Marguerite (lo *Unerkannt* freudiano) y crean desde la invención de su propia geografía un topos singular para poder desde allí bordear y enlazar los hilos vividos. Creación desde un tejido teñido de complejidades, fragilidades, amores, desamores y ambigüedades varias. Creación-escrito que es un artefacto, al decir de Lacan, y que guarda un punto de opacidad, pues la ficción es de lo real y mantiene una relación con la verdad.

Descriptores: MADRE / ESCRITURA / DOLOR / SIMBOLIZACIÓN / LO SINIESTRO / FICCIÓN / LO REAL
Persona-tema: DURAS, M.

SUMMARY

Marguerite Donnadiou has af-firmed herself in writing, Marguerite Duras, has become a *transcriber* Duras. Duras, the name of the French region from which her father came, Émile Donnadiou: the region of Duras. Duras, in Occitano-Romance and tied to the maternal region could be translated as «fortress in this place».

Marguerite was born in *Cochinchina* («crisscrossing traces»), Indochina, on 4th April 1914, in Gia Dinh (the family) in the suburbs of Saigon, in the lands of the Ma qui (demon).

Marguerite is a transcriber Duras who *inventions* herself and brings together remains, strokes and traces of her history in her writing.

In this paper we will observe how these new and necessary nominations are an attempt to interconnect the unreachable that Marguerite talks about (the Freudian *Unerkannt*) at the same time as they create, from the invention of their own geography, a unique topos in order to skirt and weave, from there, the experienced threads. A creation that results from a fabric dyed with complexities, fragilities, loves, their absences and various ambiguities. Creation-writing that is an artifact, in the words of Lacan, and which keeps a point of opacity, since the fiction belongs to the real and maintains a tie to the truth.

Keywords: MOTHER / WRITING / PAIN / SYMBOLIZATION / THE UNCANNY / FICTION / THE REAL
Author-subject: DURAS, M.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, L. (2000). *Marguerite Duras* (T. Kauf, trad.). Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1998).
- Bentham, J. (2005). *Teoría de las ficciones*. Barcelona: Marcial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales.
- Dumayet, P. (s. f.). *Marguerite Duras, leer y escribir*. (Trabajo original publicado en 1964). Disponible en: <http://tjijeretazos.org/Literaria/MDuras/MDuras001.htm>
- Duras, M. (1972). *La vida tranquila*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. (Trabajo original publicado en 1944).
- (1985). *El dolor*. Barcelona: Plaza y Janés.
- (1992). *El amante*. Barcelona: Tusquets. (Trabajo original publicado en 1984).
- (1993). *El amante de la China del norte*. Barcelona: RBA. (Trabajo original publicado en 1991).
- (1993). *El vicecónsul*. Barcelona: RBA. (Trabajo original publicado en 1966).
- (1993). *La vida material*. Barcelona: Plaza & Janés. (Trabajo original publicado en 1987).
- (2005). *Las conversadoras: Entrevistas con Xavière Gauthier*. Córdoba: El cuenco del plata. (Trabajo original publicado en 1974).
- (2006). *Cuadernos de la guerra y otros textos*. Madrid: Siruela.
- (2008). *Un dique contra el Pacífico*. Barcelona: Tusquets. (Trabajo original publicado en 1950).
- (2011). *La amante inglesa*. Barcelona: Tusquets. (Trabajo original publicado en 1967).
- Freud, S. (1988). Lo siniestro. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Lacan, J. (1980). Respuesta de Jacques Lacan a Marcel Ritter. *La interpretación de los sueños, 1* [Publicación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires]. (Trabajo original publicado en 1975).
- (2008). *El seminario de Jacques Lacan, libro 16: De un Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1969).
- (2009). *El seminario de Jacques Lacan, libro 18: De un discurso que no sería de apariencia* (de N. A. González, trad.). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1971).
- Lebelley, F. (1994). *Marguerite Duras o el peso de una pluma*. Barcelona: Martínez Roca.

Yo: el resto de nosotros

Una revisión experiencial del duelo



NADAL VALLESPÍR¹

A Nelly

Ahora «nosotros» se ha diluido en «yo».

Julian Barnes, *Niveles de vida*

Entre la pena y la nada, elijo la pena.

William Faulkner, *Las palmeras salvajes*

En general, hablamos de duelo cuando debemos enfrentarnos a diversas situaciones de pérdida: frustraciones, fracasos en la búsqueda del éxito, ausencias, separaciones, abandonos o muerte. Empleamos el término, a mi parecer, de una manera excesivamente amplia, tal vez hasta banal, en vez de reservarlo para la mayor pérdida que podemos padecer los seres humanos en cualquier momento de nuestras vidas, como es la muerte. El duelo por antonomasia es el duelo por la muerte de un ser amado. Allouch (1995/1996), unas líneas después de hacernos partícipes de la pérdida de una hija, sostiene que la muerte del hijo es el caso paradigmático del duelo (p. 22). Por mi parte, pienso que no deberíamos tomar un caso como paradigmático del duelo: la intimidad de la muerte y del duelo excluiría todo modelo.

Pero abordemos las parejas que se sienten relativamente felices. ¿Se quieren hoy más que ayer pero menos que mañana? No es lo frecuente. Continúan deseándose y su amor es placer más que pasión: han sabido transformar la locura amorosa de sus comienzos en gratitud, en lucidez, en confianza,

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nadal@adinet.com.uy

en cierta felicidad de compartir. La ternura es una dimensión de su amor, pero no la única. Existe también la complicidad, el sentido del humor, la intimidad, el placer explorado y reexplorado; existen esas dos soledades cercanas, *habitadas la una por la otra*, existe esa familiaridad, existe ese silencio, existe esa apertura de ser dos, esa fragilidad de ser dos. Hace tiempo que renunciaron a ser solo uno. Han pasado del amor loco al amor a secas y estaría errado quien viera esto solo como una pérdida o como una banalización. (Hornstein, 2015, párr. 10; cursivas mías)

La pérdida real acontece cuando uno de los dos muere; la fragilidad de ser dos se hace más ostensible al quedar solo uno, al diluirse «nosotros» en «yo».

No hay duelo sin amor y sin deseo. Son inseparables. Y esta conjunción se expresa dolorosamente en la sensación de vacío, la angustia, el sufrimiento o el desasosiego que acompañan la muerte de la compañera o el compañero de muchos años o de casi toda la vida, o la de un hijo o una hija. Afortunadamente, no me tocó vivir esta última experiencia. Pienso, de todos modos, que hay una diferencia esencial (que no determina, sin embargo, que una muerte sea más o menos asoladora que la otra). Cuando quien muere es un hijo o una hija y la pareja se mantiene unida (lo que no siempre ocurre), ambos padres podrán transitar el duelo en mutua compañía. Si muere el compañero o la compañera, se pierde por el mismo hecho al compañero o a la compañera de duelo. Si han tenido hijos, estos podrán compartir el dolor de aquel de sus padres que continúe con vida, acompañarlo, ayudarlo, sostenerlo, pero no es lo mismo: la forma de relacionarse, las vivencias, los recuerdos (a veces, de toda una vida juntos) difieren considerablemente si comparamos ambos casos. En general, además, los hijos han constituido su propia familia y son solicitados por ella.

Yo me referiré principalmente al duelo por la muerte de la compañera. Y, como siempre sucede en psicoanálisis, la literatura nos brindará un aporte fundamental. Para corroborarlo, además de lo que supone mi propia experiencia personal, recurriré al testimonio escrito de dos excelentes narradores británicos: Julian Barnes y John Berger.

Tres mujeres: Patricia (Pat), Beverly, Nelly. Tres hombres: Julian, John, Nadal. Los dos primeros, sin conocerme, sin saber de mi dolor, escriben

sobre el suyo, lo comparten y, de esa forma, el suyo, el de ambos, el de cada uno, se roza con el mío, reverbera en el mío y en mi propio escrito², destinado como los de ellos a elaborar lo «inelaborable» y, en el decir de mi querido amigo Daniel Gil, a transmitir lo intransmisible. Paradojas del «trabajo de duelo», si así lo podemos llamar, que bordea o quizá entra de lleno en lo imposible, pero no por eso cesa en su propósito. Y es como alguna vez expresé, creo que certeramente, una analizante: «El dolor no se atenúa con el tiempo; se aprende a convivir con él». Y *duelo* proviene del latín tardío, de *dolus*, *dolor*. Dolor que no nos abandona(rá) o, mejor, que nosotros no quer(r)emos abandonar. Porque abandonar el dolor es renunciar al amor.

Crees que el Año Dos no puede ser peor que el Uno, y te figuras que estás preparado. Crees que has sufrido todos los diferentes tipos de dolor que te ha tocado sobrellevar y que después solo habrá repetición. Pero ¿por qué la repetición tiene que significar menos dolor? Las primeras repeticiones te invitan a contemplar todas las que se producirán en los años futuros. La aflicción es la imagen en negativo del amor; y si puede haber una acumulación de amor a lo largo de los años, ¿por qué no de dolor? (Barnes, 2013/2014, p. 109)

Creo que ciertas fechas, como el aniversario del casamiento o de otros acontecimientos significativos en la vida de la pareja, cumpleaños o Navidades, al repetirse año a año ocasionan una sobreinvestidura de la representación de la persona amada y perdida, incrementando el dolor de la pérdida. Nasio (1990/1991) sostiene que «el dolor del duelo no es dolor de haber sufrido una pérdida, sino dolor de reencontrar lo que se perdió, sabiéndolo uno irremediabilmente perdido» (p. 107). Lo que se perdió es reencontrado en los recuerdos, en los hechos, en los lugares que vuelven a poner delante de nuestros ojos la representación de ese ser amado irremediabilmente perdido. Y que relevan —o vuelven a relevar, a poner de relieve— la soledad en que nos sumió su muerte (por más acompañados

2 Vallespir, N. (2015). *Solo el amor consigue encender lo muerto*. Trabajo inédito.

que podamos estar realmente). Las fechas anteriormente mencionadas no pueden desligarse de esos recuerdos, hechos y lugares. Freud (1926 [1925]/1979) ya había señalado en *Inhibición, síntoma y angustia* que la sobreinvestidura de la representación del objeto amado y perdido causa mayor dolor (pp. 160-161).

Se nos impone otra vida, una vida diferente, que debemos aprender a vivir. Barnes (2013/2014) se pregunta: «¿Cómo [los pasajeros de un autobús] podían estar allí sentados ociosamente, ignorantes, con aquel perfil de indiferencia, cuando el mundo estaba a punto de cambiar?» (p. 85). Aprendizaje difícil de dudosa eficacia. Próximos o, más aun, contiguos en el sufrimiento y en el tiempo, aunque distantes en el espacio, damos cuenta casi simultáneamente en nuestras creaciones de ese paradójico intento.

Tres estilos, tres modalidades disímiles de homenajear a la mujer amada y perdida, y de encarar en la escritura el amor, la muerte y el duelo: Barnes (2013/2014) lo hace de forma autobiográfica y sin nombrar a Patricia (aunque sí cuenta sus «conversaciones» con ella); J. Berger (Berger y Berger, 2014/2015) dirige su relato a Beverly, «habla» con ella, su compañera de duelo, por más que el duelo sea originado precisamente por su muerte; en mi caso, recurro a un relato ficcional, a personajes —principalmente uno, el Viejo de Lyon, quien ha existido realmente— que revelan mis sentimientos y reflexiones (si puedo denominar así a pensamientos forjados y desprendidos de la matriz del dolor y de la angustia).

Tres estilos, tres modos desemejantes de testimoniar afectos y pensamientos, de testimoniar el inmenso amor y el hondo sufrimiento, la intensidad de un duelo indisolublemente unido al amor, que es su razón de ser. Duelo por la mujer amada y deseada. Lacan (1960-1961/2003) resalta la fuerza de las determinaciones lingüísticas y la importancia de que «el deseo ha adquirido en la conjunción de las lenguas románicas la connotación de *desiderium*, de duelo y de añoranza» (p. 250).

Las concepciones dominantes sobre el duelo no deberían mantenerse inalterables en quienes hemos atravesado la aterradora experiencia de vivir la muerte de la persona amada, de la mujer que elegimos y nos eligió para acompañarnos mutuamente en la aventura de la existencia. La teoría no puede menos que quedar en suspenso cuando se instala —bruscamente, brutalmente, sin un asomo de piedad— la muerte, tan

imprevista como, sin embargo, aguardada porque sabemos de su inexorabilidad. Otra paradoja.

Todas las palabras se acallan, todo discurso se detiene ante el agujero real que supone la muerte, Amo absoluto, al decir de Lacan, que nos acongoja, nos conmueve, prolongándose, extendiéndose, afincándose en nosotros como un vacío que se rehúsa a ser colmado. No hay palabras, solo balbuceos; no hay *imaginarización* posible: no la podemos cercar; la muerte se fuga en un real inaccesible, hundiéndonos en un sufrimiento infinito. Me asalta la mente la película *Orfeo* de Jean Cocteau. ¿Desenmascara Orfeo el real, se introduce en él, franqueando su velo imaginario, cuando traspasa el espejo que le permite acceder al inframundo, al averno, a los infiernos, para procurar rescatar a Eurídice de la muerte?

¿Qué hacer, entonces, con las letras, con las palabras? Vuelvo al principio, a la denominación de estas Jornadas³, al quehacer con las letras, con las palabras, a ¿qué hacer con ellas?, a su escritura, a intentar que hablen del duelo y nos ayuden a transitarlo (no digo a elaborarlo o procesarlo o tramitarlo, porque es «inelaborable»). Y retorno a las tres mujeres, a los tres hombres, a los tres estilos, a la transmisión intransmisible del dolor, del vacío, del sufrimiento fundidos con «el amor [que] todo lo puede, y nos hace mejores» (Butazzoni, 2014, p. 757), para ahora sí reiniciar la teoría y, si es posible, confrontarla con las vivencias experimentadas y exteriorizadas en los tres relatos. Exteriorización incompleta, a medias, porque el lenguaje resulta siempre insuficiente para vehicular vivencias que se resisten a las palabras, a ser trasladadas por ellas.

EL AMOR

La atención irrestricta que prodigaron a mi esposa tanto nuestros hijos como nuestra nuera desde el instante en que se le diagnosticó la devastadora enfermedad es una muestra elocuente e inequívoca del amor irrenun-

3 Este artículo fue presentado en las VI Jornadas de Literatura y Psicoanálisis: «Qué-hacer con las letras: Texturas del psicoanálisis y la literatura». Centro de Intercambio de APU, 1 y 2 de abril de 2016. Montevideo, Uruguay.

cialable que se profesaban mutuamente. Durante su padecimiento, nuestra hija le envió un mensaje de texto. Entre otras cosas, le decía: «Si me dan a elegir entre todas las vidas del mundo, no lo pienso un segundo, me quedo con esta. [...] Aunque sea un momento muy duro, sentir dolor es vivir y el amor que tenemos nos sobra». Sentir dolor es vivir, es vivir el amor. Vuelvo a Barnes (2013/2014): «El dolor demuestra que no has olvidado; el dolor realza el sabor del recuerdo; el dolor es una prueba de amor» (p. 137). El dolor, como el amor, mantiene la ligazón con la persona muerta. J. Berger (Berger y Berger, 2014/2015), cuya elegía revela su maravilloso y conturbador amor a Beverly, se (le) pregunta: «¿Qué hacer con tu ropa? [...] guardar unas cuantas [prendas] sencillamente por amor» (p. 38). Su amor le impide desprenderse de la totalidad de la ropa de su mujer, desprenderse de ella misma, evitar que deje de existir.

Barnes (2013/2014), a su manera, también procura atesorar la existencia de Pat:

Comprendí que, en la medida en que mi mujer estaba viva, lo estaba en mi memoria. [...] Si ella estaba en algún sitio, era dentro de mí, interiorizada. Esto era normal. Y era igualmente normal —e irrefutable— que no podía matarme porque entonces también la mataría a ella. Moriría por segunda vez, y mis luminosos recuerdos de ella se perderían en la bañera enrojecida. (p. 110)

Enrojecida por su sangre, porque ha pensado en el suicidio como solución y ha pensado, incluso, en consumir el acto si después de un máximo de dos años no podía vivir sin su mujer (p. 98).

«Solo el amor engendra la maravilla, solo el amor consigue encender lo muerto», nos canta Silvio Rodríguez en *Solo el amor*, canción que compuso inspirándose en versos de José Martí. La maravilla del amor —su fuego milagroso— consigue encender lo muerto, mantener existente al ser amado en la medida que siga existiendo nuestro amor por él; milagro del amor, que existe pese a la muerte del ser amado. El amor no es «hasta que la muerte nos separe», sino que mientras uno de los dos esté vivo mantendrá con su amor la unión con el otro. Barnes (2013/2014) sostiene que «el hecho de que alguien haya muerto puede significar que no está vivo,

pero no significa que no exista» (p. 124). ¿No cuestiona esto la afirmación de Freud en *Duelo y melancolía* (1917 [1915]/1979) de que el ser amado no existe más?

J. Berger (Berger y Berger, 2014/2015) experimenta de diversas maneras y en distintos momentos la amada «presencia» de Beverly.

Te fuiste hace cuatro semanas. Anoche volviste por primera vez. O, para decirlo de otro modo, tu presencia sustituyó a tu ausencia. Estaba escuchando una grabación del *Rondó n.º 2 para piano (op. 51)* de Beethoven. Durante casi nueve minutos, por lo menos, fuiste ese rondó, o ese rondó se convirtió en ti. Contenía tu levedad, tu persistencia, tus cejas arqueadas, tu ternura. (p. 14; cursivas del autor)

Con estas hermosas palabras, John da cuenta de que Beverly sigue existiendo para él: su desaparición, su ausencia, es sustituida por su presencia; reaparece, aunque más no sea, en ese rondó de Beethoven. ¿Su existencia es sostenida por la simbolización? Prosigue: «Estamos escribiendo [junto con su hijo Yves] esta elegía para ti, y es algo parecido a una respuesta a ese rondó» (p. 14). Mientras escribe esas páginas, espera que Beverly le responda.

Más adelante, dice: «Cuando paso en coche por delante del banco, nos veo sentados en él, con las piernas colgando, como sobre la eternidad» (p. 36).

Creo que es necesaria una larga transcripción en la que J. Berger relaciona la «presencia» de Beverly con la eternidad:

Miramos atrás y tenemos la sensación de que estás con nosotros en el momento de mirar. Es absurdo, porque estás más allá del tiempo, donde no existe ni atrás ni adelante. Y, sin embargo, estás con nosotros.

¿Podría ser que de un modo incalculable seamos nosotros quienes nos reunamos (¡brevemente!) contigo en algún lugar más allá del tiempo?

¿Y podría ser que suceda en virtud de la naturaleza de los momentos que recordamos? Momentos que ya eran eternos cuando ocurrieron. (p. 42)

¿Dónde existe Beverly? ¿En el rondó de Beethoven, en los recuerdos sorprendidos o solicitados, en la interioridad, el aparato psíquico de J.

Berger? «Estás más allá del tiempo», le dice este. Y, sin embargo, es posible reunirse con ella, más acá o más allá, en los recuerdos de momentos eternizados. Si no hay inscripción de la muerte propia, lo que hace que «en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad» (Freud, 1915a/1979, p. 290), si el devenir del tiempo es engendrado por la muerte como límite, podemos atribuir a esa ausencia de inscripción la atemporalidad del inconsciente, donde no hay ni comienzo ni final del tiempo, donde los momentos vivenciados, entonces, cincelan huellas —no más que huellas— impercederas. Donde la representación de la persona amada (las múltiples representaciones-cosa que la constituyen) no será desinvertida, contrariando la pretensión de que, una vez declarada su inexistencia, destino que le atribuye Freud (1917 [1915]/1979), la libido pueda investir a nuevos objetos sustitutivos (Freud, 1916 [1915]/1979). Por el contrario, los recuerdos de cada instante compartido con ella y los pensamientos que la involucran permanecerán sustentados por la libido. No será abandonada a su suerte porque el amor todo lo puede, y no será reemplazada porque es insustituible. Y no es que niegue u olvide la ambivalencia. Tampoco Barnes (2013/2014), quien confiesa:

Y en consecuencia este puente inofensivo [que le recuerda un viaje que había imaginado que harían, pero que nunca hicieron y ya nunca harán] llegó a representar parte de nuestro futuro perdido, todos los impulsos, segmentos y divagaciones de la vida que ahora nunca compartiríamos; pero también las cosas omitidas en el pasado: promesas incumplidas, negligencias, malos modos, momentos en los que no hicimos lo que deberíamos haber hecho. (pp. 115-116)

Dos páginas después, agrega:

Quizá los sueños [en que Pat goza de buena salud y nunca le hace reproches ni lo induce a sentirse culpable] son como son porque hay bastante remordimiento y autorreproche en la vigilia, en el tiempo vivido. Pero son siempre una fuente de consuelo. (p. 118)

A partir de la muerte de la persona amada, se opera —aun de forma retroactiva— una redistribución de las inversiones y del interés, lo que conduce a una valoración diferente de las cosas, de los hechos, relativizando y hasta, en ciertos casos, invirtiendo su importancia. Veamos qué escribió Iman Abdulmajid (2016), esposa de David Bowie, cuando este murió: «A veces no reconoces el verdadero valor de un momento hasta que se transforma en un recuerdo» (párr. 5).

«TRABAJO DE DUELO» Y OBJETO SUSTITUTIVO

Allouch (1995/1996) proclama:

Que el duelo sea llevado a su estatuto de acto. El psicoanálisis tiende a reducir el duelo a un trabajo; pero hay un abismo entre trabajo y subjetivación de una pérdida. El acto por sí mismo es susceptible de efectuarse en el sujeto una pérdida sin ninguna compensación, una pérdida a secas. (p. 9)

Sin compensación, sin objeto sustitutivo.

El 26 de enero de 1920, Freud le escribe a Jones: «Ayer he pasado por algo que me hace desear que ese día [el de su propia muerte] no tarde en llegar» (Jones, 1957/1962, p. 29). Se refiere a la muerte de su hija Sophie. Desea morir porque ha muerto su amada hija. Y en una carta a Binswanger del 12 de abril de 1929 (más de nueve años después), luego de decirle que Sophie habría cumplido ese día treinta y seis años, asegura:

Aunque sabemos que después de una pérdida así el estado agudo de pena va aminorándose gradualmente, también nos damos cuenta de que continuaremos inconsolables y que nunca encontraremos con qué rellenar adecuadamente el hueco, pues aun en el caso de que llegara a cubrirse totalmente, se habría convertido en algo distinto. Así debe ser. Es el único modo de perpetuar los amores a los que no deseamos renunciar. (Freud, 1960/1972, p. 141)

Qué lejos quedaron ahora la resolución del duelo y el objeto sustitutivo: Freud vaticina que continuará inconsolable y que el hueco excavado en él por la muerte de Sophie, testigo mudo de lo que ha perdido de ella y de él,

nunca podrá ser rellenado⁴. No hay con quién ni con qué hacerlo: nada ni nadie podrá ocupar ese lugar, colmar ese vacío. O sería algo distinto. Nunca más será lo mismo, nunca más será como antes. La vida ha cambiado y no hay otro modo de custodiar los amores que deseamos perpetuar.

El duelo es único, íntimo —lo que no excluye la necesidad del (de los) otro(s) para encaminar su penoso tránsito—, personal e intransferible: en el caso de la pareja depende de la personalidad de cada uno («Nuestro duelo se ajusta a nuestro carácter», escribe Barnes, 2013/2014, p. 87), de cómo ha sido la relación hasta el aciago tiempo de la enfermedad y la muerte, de la historia propia y de la pareja, de la forma en que se instala y transcurre la enfermedad y acontece la muerte (circunstancias e historia de las mismas), del momento en la vida de cada uno, de la pareja y familiar en que se producen y del vínculo de cada uno —insertados ambos en una determinada trama psicológica, cultural, religiosa, social y económica— con la muerte. Pero, asimismo, el duelo es múltiple porque la muerte del ser amado despliega el montaje reminiscente de los sucesivos períodos vividos con él, en cada uno de los cuales se renuevan su pérdida y el duelo consiguiente. Hasta entonces habían sido mantenidos en la memoria y evocados entre los dos, ya que la memoria es entre dos.

Harry no acepta tomar el cianuro que Rittenmeyer le lleva a la cárcel:

No es que pueda vivir, es que quiero. Es que yo quiero. La vieja carne al fin, por vieja que sea. Porque si la memoria existiera fuera de la carne no sería memoria porque no sabría de qué se acuerda y así cuando ella dejó de ser, la mitad de la memoria dejó de ser y si yo dejara de ser todo el recuerdo dejará de ser. Sí, pensó. Entre la pena y la nada elijo la pena. (Faulkner, 1939/2010, p. 265; cursivas de autor)

Difícil elección, y extremadamente dura. Si sabrá de esto Barnes (2013/2014), que llega a confesar sus deseos suicidas.

No solo ha muerto la mujer amada tal como era en el instante de su muerte, sino todas sus diferentes versiones reveladas a lo largo del tiempo

4 Tampoco el agujero real (Lacan) podrá ser rellenado.

transcurrido. Mientras ella estaba viva, los recuerdos contruidos entre los dos revivían esos períodos. Una vez que ha muerto, ya no es posible.

Te preguntas: ¿en qué medida, en este torbellino de añoranza, la añoro a ella o añoro la vida que tuvimos juntos, o añoro lo que en ella me hacía ser más yo mismo, o el simple compañerismo o el (no tan simple) amor, o todo esto o pedazos superpuestos de cada cosa? Te preguntas: ¿qué felicidad hay en el solo recuerdo de la felicidad? ¿Y cómo, de todos modos, podría haberla, puesto que la felicidad solo ha consistido siempre en el hecho de compartir algo? (p. 98)

La felicidad plena no existe en los recuerdos. En todo caso, serían recuerdos sobre la felicidad brindada por determinados acontecimientos en el tiempo que ocurrieron. El recuerdo está constituido por una pérdida: recordamos aquello que perdimos y no vamos a recuperar. Y aquello perdido e irrecuperable tiñe el recuerdo de tristeza y dolor, a menos que lo podamos recrear y revivir con el otro amado aún vivo.

En el Canto V de *La divina comedia* (Alighieri, ca. 1307-1314/trad. en 2013), Dante hace saber a Francesca su anhelo de conocer el origen del amor que la une a Paolo, junto a quien está condenada en el segundo círculo del *Infierno*. «Y ella me respondió: “No hay dolor más grande que el recordar los tiempos felices en la desgracia; y bien sabe esto tu Maestro”»⁵ (p. 60). Después de siete siglos, su *Comedia* sigue desafiando el paso del tiempo y maravillando con el profundo conocimiento del alma humana que poseía el Poeta. Incluso en el infortunio que supone la condena en el infierno, no hay mayor dolor para Francesca que recordar el tiempo feliz. Y ese tiempo feliz concierne al amor.

Los recuerdos convergen, se entrecruzan, divergen, se *telescopan*, se amontonan, se condensan, se ramifican, nos engañan. La rememoración —tal vez sobreinvertida debido a la función que cumple— de hechos an-

5 «E quella a me: "Nessun maggior dolore/ che ricordarsi del tempo felice/ ne la miseria; e cio` sa 'l tuo dottore"» (Alighieri, ca. 1307-1314/s. f. pp. 346-347); Alighieri, D. (s. f.). *Divina comedia*. (Trabajo original publicado en ca. 1307-1314).

Disponible en: www.ladeliteratura.com.uy/biblioteca/divinacomedia.pdf

teriores al encuentro con nuestra compañera de vida nos resguarda como un refugio: podremos sentir añoranza, nostalgia, pero no dolor (aunque no siempre es así porque no todos los recuerdos son asépticos debido, justamente, a las implacables ramificaciones de sus asociaciones). En esos recuerdos no falta, no ha desaparecido; no está, simplemente, porque todavía no sabíamos de su existencia. Pero el dolor regresa sin cesar, sin piedad (quizá es piadoso con quien ha muerto), porque lo elegimos antes que la nada, no solo para retener parte de la memoria, sino también para preservar nuestro amor y la existencia del que murió. Su representación permanecerá investida, encendida por el triunfo del amor sobre el odio y el olvido, asegurando su persistencia, su vida en la memoria, lo que no obsta a la aceptación de su muerte, no de su inexistencia.

La muerte introduce el duelo en un tiempo sin nombre. Barnes (2013/2014) ubica los acontecimientos posteriores a la muerte de su esposa en el Año Uno, el Año Dos, y así sucesivamente. Está comenzando otra vida, una nueva, al menos diferente a la anterior con su mujer, y es como si se iniciara una nueva era, se inaugurara un calendario nuevo. Y de eso se trata: el dolor, el vacío, la soledad, el desconsuelo perviven en un tiempo desconocido, extraño, anónimo. Un tiempo sin nombre. Y para sacarlo del anonimato es necesario nombrarlo, ordenarlo, numerarlo, inscribirlo en una cronología: Año Uno, Año Dos... Escribe:

El duelo reconfigura el tiempo, su duración, su textura, su función: un día no significa más que el siguiente, ¿y entonces por qué los han distinguido y les han puesto nombres distintos? También reconfigura el espacio. Has entrado en una nueva geografía, con mapas trazados por una nueva cartografía. (p. 103)

Ya antes había manifestado: «Has cruzado el espejo, como en una película de Cocteau, y te encuentras en un mundo donde reinan una lógica y una pauta nuevas» (p. 89).

Me interesa destacar ahora sus reflexiones acerca de la elaboración del duelo y una supuesta superación exitosa del mismo.

Elaboración del duelo. Suena como un concepto muy claro y sólido, con el aplomo de la primera palabra. Pero es fluido, escurridizo, metamórfico. A veces es pasivo, la espera a que el tiempo y el dolor desaparezcan; otras veces es activo, una atención consciente a la muerte y a la pérdida del ser amado; a veces, necesariamente, te distrae (el insulso partido de fútbol, la abrumadora ópera). (p. 127)

Define la «superación» del duelo de una forma tan metafórica como magistral: «lo superas más bien a la manera como una gaviota se libra por fin de la pegajosa mancha de petróleo. Alquitranado y emplumado de por vida» (p. 139). Y en las últimas páginas se pregunta qué es el «éxito» en el duelo. Y se responde que lo que quizá suceda con la aflicción es que

imaginamos que la hemos combatido, que hemos sido resueltos, superado la tristeza, restregado la herrumbre de nuestra alma, y lo que en verdad ha ocurrido es que la aflicción se ha desplazado a otro sitio, ha cambiado su propósito. (pp. 142-143)

Hemos aprendido, en realidad, a convivir, a estar en sintonía con ella, a integrarla a nuestro yo, a no sentirla ajena. Uri —el hijo militar de David Grossman, escritor israelí activista por la paz— murió alcanzado por un misil en la segunda guerra del Líbano. Su padre escribió un libro poético, *Más allá del tiempo*, sobre el fallecimiento de su hijo y su propio duelo interminable. Grossman reveló su convencimiento de que el dolor lo iba a acompañar siempre.

La gente se preocupó por mí. Me decían: ¿Por qué te metes ahí? ¿Por qué no esperas a que se te curen las heridas? Yo les contestaba que, si acaso, el tiempo ya lo curaría. O no. Soy de los que sospechan de las recuperaciones rápidas. No quiero distraerme para lograr no estar en contacto con el dolor. Lo que me pasó fue demasiado doloroso, pero ahora es parte de quien soy. Y yo quiero ser yo. (Grossman, citado por Juan Cruz I, 24 de diciembre de 2013, párr. 16)

Aserción escalofriante y elocuente.

«Toda historia de amor es una potencial historia de aflicción» (Barnes, 2013/2014, p. 84). Historia potencial que se actualiza, se realiza, cuando se produce la pérdida del ser amado; más aun, cuando la pérdida es ocasionada por la muerte a secas. Aflicción que no es depresión, sino una tristeza debida porque va a suceder necesariamente a la muerte, la que no pone punto final ni a la existencia ni al amor, aunque sí a la vida. (Podríamos establecer una ética del duelo, como hay también una ética del deseo y de la muerte, a la que eventualmente agregaría una del amor). «Los afligidos no están deprimidos, sino solo debida, adecuada, matemáticamente tristes (“el dolor es directamente proporcional al valor de lo que hemos perdido”）」 (p. 88). Sin embargo, como ya he dicho, Barnes confiesa sus pensamientos suicidas. Pero ¿tales pensamientos y la depresión son correspondientes? Cuando el valor de lo que hemos perdido nos es tan importante que supone una enorme pérdida en nosotros mismos, en nuestro propio yo, despojado por la muerte que no pide permiso para su siega cruel, ¿no es comprensible que no queramos seguir viviendo? Una enorme pérdida. Tan enorme que, después de treinta años de vivir juntos, Barnes siente que ha quedado reducido a nada. Peor aun, podría ser caracterizado por un «-», un menos, un signo negativo:

Juntas a dos personas que nunca habían estado juntas. [...] a veces funciona y se crea algo nuevo y el mundo cambia. Después, tarde o temprano, en algún momento, por una razón u otra, una de las dos desaparece. Y lo que desaparece es mayor que la suma de lo que había. [Si amar es «dar lo que no se tiene», Barnes nos estaría ofreciendo una confirmación]. Esto es quizá matemáticamente imposible, pero es emocionalmente posible. (p. 83)

¿Quién está muerto? De los dos, por supuesto. Una amiga me contó que en los primeros tiempos que siguieron a la muerte de su marido se hacía esa pregunta.

EL DUELO PATOLÓGICO ¿EXISTE?

Ni Freud —*Duelo y melancolía* (1917 [1915]/1979)— ni Klein —*El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos* (1940/1983)— reflexionaron sobre el duelo independientemente de la melancolía y la manía. Quizá con-

tribuyeron así a que el duelo perdiera su especificidad y se le atribuyeran, además, formas patológicas, próximas a la melancolía o la manía. Klein (1940/1983) incluso lo consideró una enfermedad: «El sujeto en duelo es realmente un enfermo» (p. 288). ¿Se elabora el duelo, se supera? Yo prefería hasta hace un tiempo los términos *tramitar* o *procesar*, pero ahora tampoco me conforman: considero que hacer el duelo es transitar a tuestas por un camino casi intransitable, con avances, caídas y retrocesos, del cual cada uno saldrá a su manera, como y cuando pueda (en el tiempo que necesite), si es que puede⁶. Pero, en el mejor de los casos, «alquitranado y emplumado de por vida». Muy lejos de la *restitutio ad integrum* tan cara a la medicina, al menos en cierta época no muy lejana. Pero tal parece ser la ilusión de Freud (1916 [1915]/1979): el completo restablecimiento de un estado anterior, un retorno sin siquiera cicatrices (ni alquitranado ni emplumado). Veamos qué nos propone: «Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables» (p. 311). Sustitución imposible: si esa persona fuera sustituible, no fuera para nosotros irremplazable, no haríamos el duelo por ella. Y, encima, ¿sustituible por alguien más apreciable?

Si cada uno transita el duelo como puede, ¿debemos distinguir dos categorías de duelos?, ¿debemos hablar de duelos normales y duelos patológicos? ¿En base a qué: duración, conjunto de las manifestaciones, intensidad de las mismas? El duelo es algo subjetivo, íntimo, y su duración (no pueden existir normas que la pauten) no tendría que definir un duelo como normal o patológico. Allouch (1995/1996) cuestiona la noción freudiana de «trabajo de duelo» y se pregunta por qué Freud no pensó el duelo como traumatismo:

6 En la película *Truman* (2015) —dirigida por Cesc Gay—, Julián, encarnado por Ricardo Darín, padece una enfermedad terminal. En cierto momento, afirma que cada uno se muere como puede. La muerte es siempre terrible, tanto para el que sabe que se está muriendo como para el (los) doliente(s). Y cada uno transita el duelo también como puede. Gay, C. (director). (2015). *Truman* [cinta cinematográfica]. España/Argentina: Audiovisual Aval SGR, BD Cine, Canal+, Fox+.

Se hubiera podido situar así la temporalidad del duelo gracias a la del *après-coup* (consustancial a la noción de traumatismo), cuando en la versión freudiana persiste la mayor vaguedad en lo que concierne al tiempo del duelo. (p. 129)

Sin duda, la muerte de un ser amado es traumática. Es más: es un trauma ocasionado por la más desconsiderada de las tragedias, impensable e inimaginable hasta que es vivido en carne propia (literalmente, ya que el cuerpo —la carne— es incapaz de permanecer ajeno al dolor y sufrimiento psíquicos). Pero cuando de la muerte se trata, no hay una conexión de dos escenas que otorgue a la primera su valor patógeno. Lo que sí habría serían sucesivas resignificaciones —recuerdos y vivencias mediante— que permitirían reconocer la magnitud de la pérdida, la violencia inusitada del traumatismo con su inicial secuela de estupefacción, instaladas en un tiempo subjetivo diferente al devenir cronológico. En un tiempo sin nombre. Las muertes no son autónomas respecto de aquellas otras que las precedieron o las sucederán: una muerte ocasiona una remoción de muertes anteriores y las resignifica, así como ya está enlazada —augurándolas— con las que vendrán.

No se puede pensar un «trabajo de duelo» similar al trabajo del sueño, con los mismos mecanismos inconscientes, pero si consideráramos que aquel es homogéneo con este, su duración sería puesta en cuestión por la atemporalidad de lo inconsciente. Si los procesos anímicos inconscientes —raíces de un pretendido «trabajo de duelo»— no se modifican por el transcurso del tiempo (Freud, 1915b/1979, p. 184), mal puede un duelo llegar a buen puerto. Entiéndase esto, en caso de concordar con Freud (1917 [1915]/1979), como la constatación de la inexistencia del objeto y el consiguiente desasimiento de la ligazón con él⁷ (p. 252). El tiempo del duelo estaría, entonces, en un caso, situado en la temporalidad del *après-coup* o, en otro, atascado en la atemporalidad de lo inconsciente.

7 Klein (1940/1983), contrariamente a Freud, sostiene que «el trabajo de duelo» concluye cuando «el individuo reinstala dentro de él sus objetos de amor perdidos reales y al mismo tiempo sus primeros objetos amados» (p. 301).

Los sueños pueden ayudarnos a transitar el duelo; ser un consuelo, como dice Barnes. En sus sueños, Pat goza de buena salud; en los míos, junto al deseo de que Nelly estuviera viva, en los primeros meses aparecía facilitado el camino hacia la muerte. Por otro lado, considero que no hay sueños patológicos: hay sueños a secas, que difieren según las diversas estructuras psicopatológicas de los individuos que los sueñan. También el duelo, como la muerte que lo origina, es a secas. No hay duelos patológicos: los duelos, como los sueños, pueden inscribirse en una estructura psicopatológica determinada que le otorga sus caracteres. Según Allouch (1995/1996), Marguerite Anzieu en (con) su locura hace el duelo por su hija muerta al nacer (p. 18). Pero su duelo psicótico no es un duelo patológico, sino una psicosis, aunque, al fin y al cabo, sea la forma de hacer su duelo. Podemos pensar que también la manía o la melancolía pueden ser formas de hacer el duelo por la muerte de un ser querido. Pero el duelo no les proporciona sus síntomas, sino que es acogido en ellos —diría que el duelo es «tragado» por la melancolía o la manía, y no a la inversa—, aunque debo admitir que en algunas ocasiones la muerte de un ser querido actúa como desencadenante de la locura. Aquí no hay ningún «trabajo de duelo».

Con cierta frecuencia y, a veces, al poco tiempo, se produce la muerte de quien perdió a su cónyuge o un hijo o una hija. ¿Deberíamos considerar esta muerte como una imposibilidad de hacer el duelo? ¿o como el desenlace de un duelo patológico? ¿Qué exceso de duelos patológicos habría entonces!

¿Y qué destino le damos al traumatismo? «El duelo por mi hermano lo había neutralizado casi por completo mediante abreacción a lo largo de la evolución, jalonada de esperanzas truncadas, de su enfermedad; de modo que su muerte y entierro me emocionaron, pero no despertaron en mí ninguna desesperación ni sufrimiento profundo» (Freud y Ferenczi, 2001, p. 47), le escribe Ferenczi a Freud el 18 de febrero de 1912, días después de la muerte de un hermano. ¿Es suficiente con la abreacción? Además, ¿abreacción casi completa y durante la evolución de la enfermedad, o sea, previa a la muerte? ¿Tendremos que reconsiderar la pertinencia del «trabajo de duelo»? ¿O bucaremos en la subjetivación de la pérdida? Dejemos hablar a Barnes (2013/2014):

Al principio sigues haciendo lo que solías hacer con ella, por familiaridad, amor, necesidad de una pauta. Pronto te percatas de la trampa en que has caído: atrapado entre lo que hacías con ella, pero sin ella, y por lo tanto añorándola; o haciendo cosas nuevas, cosas que nunca hiciste con ella, y por lo tanto añorándola de otro modo. (p. 108)

Es una trampa sin salida: no la hay porque ella ya no está y su ausencia es irreversible. Pese a que desea (añora) un objeto imposible, lo que hace de su deseo un deseo imposible, de imposible satisfacción, apela a un juego fantasmático, imaginario, de presencia-ausencia que le permita instalar la simbolización como «solución»⁸:

Así pues, hablo con ella continuamente. Es algo tan normal como necesario. [...] Externalizo a mi mujer sin esfuerzo y de un modo natural porque ahora la he internalizado. La paradoja del luto: si ya he sobrevivido a cuatro años de su ausencia es porque viví cuatro años de su presencia. (p. 125)

Otra forma de hacer el duelo con ella, entre dos. Pero no se engaña: algo más adelante dice que perdió a su compañera de duelo (p. 126). Y ya había dicho:

Cuentas continuamente cosas para que el ser amado lo «sepa». No cejas en tu empeño por más que seas consciente de que te estás engañando (aunque, si lo eres, al mismo tiempo no te engañas). Y todo lo que hagas posteriormente es más pobre, más endeble, importa menos. No produce eco: no hay textura, ni resonancia, ni profundidad de campo. (p. 122)

A mi entender, subjetivar la pérdida implica reconocerla y acogerla dentro de sí. Supone internalizarla, «apropiarse» de la falta, de la muerte del ser amado, del ser amado muerto; supone impedir que la pérdida sea perdida, evitar la pérdida de la pérdida. Solo así podrá ser simbolizada,

8 Contribuye igualmente a la simbolización —así como también lo hacen los ritos funerarios— el recurrir a la escritura para darle palabras al dolor y, haciéndolo público —publicándolo—, compartirlo.

incluida en una cadena significativa, en un entramado de representaciones, en una malla de recuerdos, y externalizada, «devuelta» con una «escritura diferente». Solo así el ser amado estará muerto, pero no inexistente.

De un trabajo de Vázquez y Cattivelli (2000), transcribiré un fragmento del *Coloquio con la madre*, epílogo de la película *Kaos*, dirigida por los hermanos Taviani, adaptación libre de *Novelle per un anno*⁹ de Luigi Pirandello:

Madre: No llores... me debes pensar como aquí, ahora, viva.

L. Pirandello: Sí, viva te veo pero no lloro por eso. Te pienso, te imaginaré siempre como ahora, pero lloro por otra cosa, lloro porque tú no puedes pensar en mí... Cuando estabas sentada aquí, en ese ángulo yo decía: si ella desde lejos me viera yo estoy vivo para ella, y esto me sostenía y me confortaba. Ahora que estás muerta y no me piensas más yo ya no estoy vivo para ti, y no lo estaré más. (p. 221)

Cuando muere un ser querido, algo nuestro muere con él. Estar vivo para el otro es ser amado, pensado, recordado, simbolizado por él. Haremos, por tanto, el duelo por él cuando su muerte haga que nos falte y ya no nos piense más, no nos re-presente más, no pueda ya recordarnos, no nos tenga más ni en su cabeza ni en su corazón. Su muerte no impide, en cambio, que sostengamos su existencia si podemos seguir pensándolo (pensándolo vivo, como el muerto, a su vez, demanda desde ese lugar de la falta), si somos capaces tanto de aceptar su muerte real como de inmortalizarlo al mismo tiempo en nuestra memoria.

LAS IDENTIFICACIONES EN LOS DUELOS

En un excelente trabajo, Ihlenfeld de Arim (1998) examina la identificación de una niña, Esther, con su madre. Esther inició su análisis a los seis años; su madre murió dos años después en un accidente automovilístico. Luego de esta muerte, la niña concurrió durante mucho tiempo a

las sesiones vestida con un buzo negro y blanco a rayas que había pertenecido a su madre, y permanecía «sentada, quieta, sin hablar, con expresión lívida pero sin llorar» (p. 45). No me voy a detener en los comentarios de la autora con los que, en buena medida, coincido. Las rayas, la alternancia del negro y el blanco, quizá aludan a la coexistencia en ella de la vida (una vida que ha quedado en blanco) y la muerte, de la madre viva (revivida bajo el buzo que esta había usado en vida) y de la madre muerta, de la muerte misma (la imagen lívida, de silenciosa inmovilidad).

«La muerte llama a la muerte», dice Allouch (1995/1996, p. 40; entre comillas en el original). Una analizante cuya abuela había muerto muchos años antes soñó una noche que esta salía de su tumba y la llamaba para que fuera con ella, pero se encontraba con la negativa de la nieta a acompañarla. A partir de ese momento, se sintió más aliviada. ¿La identificación imaginaria de la niña analizada por Ihlenfeld de Arim sería una manera de invertir ese llamado, trayendo ella a su madre muerta? También la vida llama a la vida. No en el sentido de Freud, que requiere un controversial «examen de realidad», el cual probaría que el objeto amado ya no existe más, y el sobreviviente, para no correr la misma suerte, optaría por desinvertirlo. La llama de tal modo que el doliente se identifica con el ser amado muerto, pero en cuanto vivo, como una forma de reintegrarlo a la vida y recobrar lo que ha perdido en él. Así como la muerte llama al vivo a la muerte, la vida llama al muerto a la vida. El vivo, aquel que ha sobrevivido, llama al muerto a la vida. Es así como Esther le da vida a su madre debajo del buzo a rayas (otra inversión: fue su madre quien primero le dio a ella la vida) y mi analizante sueña con su abuela levantándose de su tumba y convocándola, para lo cual es necesario que esté viva, por lo menos en ese instante antes de regresar a su sepulcro. Y es así como el muerto aparece frecuentemente vivo en los sueños o se le cree ver en la calle o en cualquier otro lugar en el que haya alguien con rasgos similares. También por muy breve tiempo. ¿Cómo podríamos confiar, sin ser incautos, en el «examen de realidad» si esta es engañosa, aun cuando lo fuera fugazmente?

MÁS SOBRE EL AMOR. EL *AGALMA*. LA HERIDA NARCISISTA

La elegía de John e Yves Berger (2014/2015) se inicia con estas conmovedoras palabras de Yves: «*Mamá, estoy a punto de inaugurar mi primera exposición en Londres. Cuánto te echo de menos. Sé lo contenta que estarías*» (p. 10, cursivas del autor).

Es un bello ejemplo de que

solo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos *Yo era su falta*. Estamos de duelo por personas a quienes hemos tratado bien o mal y respecto a quienes no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta. (Lacan, 1962-1963, p. 155)

Es decir, en el lugar del objeto *a* —objeto causa del deseo— como falta. Allouch (1995/1996), empleando unos términos que toma de *El banquete* de Platón (ya utilizados en su seminario sobre *La transferencia* por Lacan, 1960-1961/2003), sostiene que «por su muerte, el muerto adviene como eromenós, detentador del *agalma* (el pequeño trozo de sí de inestimable valor); quien está de duelo se halla pues, brutalmente, salvajemente y públicamente puesto en posición de erastés, de deseante» (p. 31). Pero en el duelo no se trata de la transferencia. O, ineludiblemente, sí se trata, pero de un modo diferente al de la transferencia en la cura psicoanalítica. El analista ocupa el lugar del muerto, pero no lo está; no es más que un lugar, una función. En el duelo hay una reciprocidad, un entrecruzamiento de erastés y eromenós. Yves añora a Beverly al tiempo que mantiene su posición de eromenós, deseado como poseedor del *agalma*: su brillo, su éxito en el arte. Siguiendo esta línea de pensamiento, escuchemos a Barnes (2013/2014):

Es cierto que parte de mi congoja se centra en mí mismo —mira lo que he perdido, mira cómo se ha empobrecido mi vida—, pero más, mucho más, y ha sido así desde el principio, en ella: mira lo que se *ha* perdido, ahora que ha perdido la vida. (p. 96, cursivas del autor)

La pérdida no es solo del sobreviviente por lo que se ha llevado el ser amado muerto (el pequeño trozo de sí): es también de este por lo que ha

dejado. Como hemos visto, la madre de Pirandello le demanda que la piense viva.

Sin embargo, en el duelo no podemos obviar la dimensión del amor (algo ya he dicho al respecto), que excede las consideraciones anteriores, denunciando su insuficiencia. «En el amor resalta una dimensión donde predomina la unidad, la totalidad; en síntesis: la síntesis, la estructura narcísica» (Harari, 1987, p. 187). El *agalma* (el pequeño trozo de sí) no lo es todo, no puede dar cuenta de todo.

El amor de J. Berger (2014) por Beverly se manifiesta de manera perturbadora cuando, en las condiciones más penosas del deterioro producido por la enfermedad, no cesa de verla bella, «incomparablemente bella» (33). Belleza que asienta la permanencia de Beverly, su existencia: «La belleza de tu valentía te acompañó hasta el final. Y, desafiando el tiempo, se ha quedado con nosotros. Llena el silencio» (34).

La identificación con el ser amado muerto procura desafiar el tiempo, colmar el silencio, restablecer la unidad, la estructura narcísica (aunque estas —la unidad y la estructura narcísica— se corresponden más estrictamente con el enamoramiento que con el amor). Con incomparable lucidez, que su dolor no alcanza a empañar, Barnes (2013/2014) nos alerta:

Pero en el duelo hay muchas trampas y peligros, y el tiempo no los atenúa. La autocompasión, el aislamiento, el desprecio del mundo, el egotismo de creerse excepcional: todos ellos aspectos de la vanidad. Mira cuánto sufro, hasta qué punto los demás no comprenden: ¿no demuestra esto lo mucho que amé? [...] El duelo también puede ser competitivo: mira cuánto le o la amé y lo demuestro con mis lágrimas (y gano el trofeo). (pp. 137-138)

En tales circunstancias, el dolor genera un placer y una gratificación de índole narcisista que resarcan al doliente, aunque más no sea que de forma precaria, de la pérdida sufrida en el yo como consecuencia del quiebre, diría de la demolición, de la estructura narcísica.

Freud no es ajeno a esto. En una carta a Ferenczi del 4 de febrero de 1920, a los 10 días del fallecimiento de Sophie, le confiesa:

«Las invariables y recurrentes horas del deber» [cita de Schiller] y «El caro y encantador hábito de vivir» [cita de Goethe] contribuirán a que todo vuelva a ser como antes. En el fondo de mi ser siento, no obstante, una herida amarga, irreparable y narcisista. (Freud, 1960/1972, p. 94)

La muerte del ser amado nos desgarrar hasta nuestras profundidades, nos abre una herida narcisista honda y perdurable. No habrá reparación de la herida ni recuperación de lo que por allí hemos perdido de nosotros mismos. No habrá *restitutio ad integrum*: es irreversible. Y por ende, al oponerse la realidad al deseo, nada será como antes. Freud procura, inútilmente, desmentir esa nueva realidad.

La gratificación narcisista suministrada por el dolor (al que pretende compensar, de la misma manera que intenta restañar la herida, impedir la prosecución de la hemorragia —vano intento, pues la herida permanecerá abierta) no se limita a los duelos por la muerte de seres queridos. Hace algunos años, una analizante me confió: «Soy la monopolista del infierno». Esta dramática definición de sí misma sustentaba su comprometida identidad —*soy*— al mismo tiempo que afirmaba su omnipotencia narcisista, en procura de mitigar, hasta donde ello fuera posible, su sufrimiento, su terrible dolor vinculado a una pérdida en su cuerpo que le había causado una importante discapacidad. Monopolizar el infierno era, para ella, ganar el siniestro trofeo que la resarciera de su impotencia.

Y, POR ÚLTIMO, ¿DUELO TERMINABLE O INTERMINABLE?

Nacemos y morimos con el otro. Para hacer el duelo también necesitamos del otro. Barnes (2013/2014) nos refiere que demoró varios días en reaccionar ante el suicidio del hijo de unos amigos porque le faltaba Pat, su compañera de duelo (p. 126). ¿Qué hacer, entonces, si quien muere es justamente esa compañera de duelo? ¿Cómo hacer el duelo por ella? Barnes le habla a Pat, como yo también lo hago con Nelly, mientras que J. Berger (Berger y Berger, 2014/2015), en su elegía, se dirige directamente a Beverly.

Allouch (1995/1996), quien critica la identificación con el objeto perdido (pp. 140-141), escribe: «La identificación está al servicio del acto; no se trata, esencialmente, de un acto de identificación» (p. 141). Creo, como

él, que no se trata de sustituir por identificación al objeto insustituible (p. 139), lo que supondría una contradicción. Se trataría más bien de poderlo externalizar (acto, según pienso, a cuyo servicio estaría la identificación) por haberlo internalizado —simbolizado (¿subjektivado?)—, tal como lo expresa Barnes. Y de este modo poder afrontar y transitar el duelo entre los dos. Procurando recuperar el *nosotros* diluido en *yo*. Procurando recuperar también el imprescindible soporte narcisista perdido que la mirada proporciona: verme mirado. Sostén imaginario, asevera Nasio (1990/1991), que el otro significaba para mí cuando vivía: «mi propia imagen devuelta por el otro vivo y amado» (p. 110). Y procurando recobrar por esa vía la voz del otro, envoltura sonora que también me sostenía.

Cierro estas páginas con la conjetura de que es muy difícil, si no imposible, establecer una teoría única, abarcadora, inclusiva, del duelo: no es unívoco, no es transitado de la misma manera por todos los supérstites. Tiene un carácter impar, personal, íntimo e intransferible. Es, en gran medida, un enigma. Su final, si lo tiene, es privativo e incierto. No hay garantía de terminación, aunque algunos autores, pienso que con cierta precipitación y, muchas veces, en franca oposición —lo vimos en Freud y Klein—, describen los procesos que, según ellos, nos conducirían a una solución exitosa de los duelos. El cambio de postura que Freud evidencia en algunas de sus cartas posteriores a la muerte de Sophie no aparece en sus artículos ulteriores. Allouch (1995/1996), quien centra el duelo en la pérdida del pequeño trozo de sí, considera que

no hay subjetivación de la pérdida del duelo sin pérdida de ese suplemento; no es sino al ser perdido, graciosamente sacrificado, que ese suplemento satisface su función de hacer posible la pérdida de aquel que ha sido perdido. Así, de desaparecido ese alguien adquiriría el estatuto de inexistente. Así dejaría posiblemente de aparecer, como un fantasma [*fantôme*]¹⁰ o una alucinación. (p. 413)

10 Entre corchetes y en francés y cursiva en la traducción al español.

Al final de *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, admite que el «gracioso sacrificio de duelo» (p. 420) puede o no cerrarse, dependiendo de la presencia o ausencia de su exposición, rasgo distintivo determinante.

Aceptar que el ser amado ha muerto, aprender a convivir con el dolor¹¹ ocasionado por su desaparición y salvaguardar su existencia en nosotros manteniéndolo investido con nuestro amor son mojonos o quizá el destino definitivo al que nos conduzca el camino trazado por el duelo si tenemos la suficiente fortaleza para recorrerlo. ♦

11 Convivir con el dolor —y no solo en los duelos— no significa que debamos mantenerlo peligrosamente recluido dentro de nosotros. A Frida Kahlo, que bien sabe de esta convivencia por haber soportado el dolor con enorme entereza durante una vida saturada de penurias, se le atribuye una frase que corrobora lo dicho anteriormente: «Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarte a que te devore desde el interior». Su enorme talento artístico le facilitó la exteriorización del suyo, reflejándolo(se) en su pintura.

RESUMEN

El duelo por antonomasia es el duelo por la muerte de un ser amado. Se considera principalmente el duelo por la muerte de la compañera, indisolublemente unido al amor, que es su razón de ser.

El duelo es único, íntimo —lo que no excluye la necesidad del (de los) otro(s) para encaminar su penoso tránsito—, personal e intransferible. Pero, asimismo, es múltiple, porque la muerte del ser amado despliega el montaje reminiscente de los sucesivos períodos vividos con él, en cada uno de los cuales se renuevan su pérdida y el duelo consiguiente.

Se revisan aspectos tales como el trabajo de duelo, el objeto sustitutivo, el duelo patológico, el papel de las identificaciones, el quiebre de la estructura narcísica. Es muy difícil, si no imposible, establecer una teoría única, abarcadora, inclusiva, del duelo: no es unívoco, no es transitado de la misma manera por todos los supervivientes. Su final, si lo tiene, es privativo e incierto.

Aceptar que el ser amado ha muerto, aprender a convivir con el dolor ocasionado por su desaparición, salvaguardar su existencia en nosotros manteniéndolo investido con nuestro amor son mojones o quizá el destino definitivo al que nos conduzca el camino trazado por el duelo si tenemos la suficiente fortaleza para atravesarlo.

Descriptores: AMOR | DUELO | ESCRITURA | VIUDEZ | IDENTIFICACIÓN | HOMBRE | MUERTE

Persona-tema: BERGER, J. | BARNES, J.

Obra-tema: NIVELES DE VIDA | BARNES, J.

SUMMARY

The quintessential mourning process is the mourning of the person loved. There is a central consideration of the mourning for the death of the partner, insolubly bound to love, the reason for its existence.

The mourning process is unique, intimate —which excludes the need for the other(s) in order to deal with its painful transition—, personal and non-transferrable. But, at the same time, it is multiple because the death of the loved one displays the staging of reminiscences of successive periods of time lived with him, every one of which renew its consequent feelings of loss and mourning.

The paper reviews different issues such as the work of mourning, the substituting object, the pathological mourning, the role of identifications and the breakdown of the narcissistic structure. It is very difficult, if not impossible, to establish a unique, all-embracing, inclusive theory of the mourning process: it is not univocal, it is not experienced in the same way by all survivors. Its end, if there is one, is exclusive and uncertain.

Accepting that the loved one has died, learning to live with the pain caused by his death, safeguarding his existence in us, keeping him invested with our love, are milestones or perhaps the final destination reached by the path opened by the process of mourning, if we have enough strength to go through it.

Keywords: LOVE / MOURNING / WRITING / WIDOWHOOD / IDENTIFICATION / MAN / DEATH

Author-subject: BERGER, J. / BARNES, J.

Work-subject: NIVELES DE VIDA / BARNES, J.

BIBLIOGRAFÍA

- Abdulmajid, I. (11 de enero de 2016). Esposa de David Bowie deja conmovedores mensajes antes de la muerte de su marido. *Tele13 Radio*. Disponible en: <http://www.t13.cl/noticia/tendencias/espectaculos/iman-esposa-david-bowie-escribe-emotivos-tweets-previos-muerte-del-cantante>
- Alighieri, D. (trad. en 2013). *La divina comedia*. Barcelona: Océano. (Trabajo original publicado en ca. 1307-1314).
- Allouch, J. (1996). *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*. Buenos Aires: Edelp. (Trabajo original publicado en 1995).
- Barnes, J. (2014). *Niveles de vida*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 2013).
- Berger, J. y Berger, Y. (2015). *Rondó para Beverly*. Buenos Aires: Alfaguara. (Trabajo original publicado en 2014).
- Butazzoni, F. (2014). *Las cenizas del cóndor*. Montevideo: Planeta.
- Faulkner, W. (2010). *Las palmeras salvajes*. Madrid: Siruela. (Trabajo original publicado en 1939).
- Freud, S. (1972). *Epistolario II (1891-1939)*. Barcelona: Plaza & Janés. (Trabajo original publicado en 1960).
- (1979). *De guerra y muerte: Temas de actualidad*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 273-304). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915a).
- (1979). *Duelo y melancolía*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 235-256). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).
- (1979). *Inhibición, síntoma y angustia*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- (1979). *La transitoriedad*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 315-312). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916 [1915]).
- (1979). *Lo inconsciente*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915b).
- Freud, S. y Ferenczi, S. (2001). *Correspondencia completa, 1912-1914* (vol. 1.2). Madrid: Síntesis.
- Harari, R. (1987). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, de Lacan: una introducción*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hornstein, L. (24 de septiembre de 2015). Apertura de ser dos. *Página12*. Disponible en: www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-282325-2015-09-24.html
- Ihlenfeld de Arim, S. (1998). Duelos en la infancia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 88, 39-54.
- Jones, E. (1962). *Vida y obra de Sigmund Freud* (vol. 3). Buenos Aires: Nova. (Trabajo original publicado en 1957).
- Juan Cruz I. (24 de diciembre de 2013). Una lucha desde el dolor. *El País*. Disponible en: <http://www.elpais.com.uy/domingo/lucha-dolor-david-grossman.html>
- Klein, M. (1983). El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos. En M. Klein, *Contribuciones al psicoanálisis* (pp. 279-301). O. C. t. II. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1940).
- Lacan, J. (2003). *El seminario de Jacques Lacan, libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1960-1961).
- (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- Nasio, J. D. (1991). *El dolor de la histeria*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1990).
- Vázquez, M., Cattivelli, A. (2000). Grupo de estudio coordinado por Casas de Pereda, M. Construir la falta. En Asociación Psicoanalítica del Uruguay, *Los duelos y sus destinos. Depresiones, hoy* (vol. 1, pp. 214-221). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

La torre de Babel no alcanzó: del sujeto como singularidad al objeto codificado



GUSTAVO DUPUY¹

La metáfora puede también servir para cambiar el mundo

Arthur Rimbaud

Cuando el interés por el rinde y el horror a toda falla, ocupe
todos los estratos de la vida, estaremos terminados como humanos.

Gustavo Dupuy

El mito de Babel presupone la existencia original de una lengua común. También interpreta que la diversidad proviene del castigo al hombre por su ambición de alcanzar lo divino. Funda este mito una interpretación universal que nos permite buscar, en la diferencia ante una cierta «normalidad», lo malo, el producto del castigo divino, lo diverso (Wanderley, 2013).

Al mismo tiempo, Gofman (1975) lo ilustra maravillosamente: las diferencias devienen en *stigmas*, palabra también aludida en la Biblia como las marcas de Cristo. Así, marcas, diferencias son muestras de pecado, de «lo malo», de lo diverso como defecto. Debemos recordar a Temple Grandin, cuando en el final del film que lleva su nombre (Ferguson y Jackson, 2010), dice: «Diferente, pero no menos».

Si Freud (1900/1991) dice en el libro de los sueños que *la palabra es un equívoco predestinado*, me gusta recordar una maravillosa conferencia de Jorge Luis Borges dada en la Asociación Psicoanalítica Argentina y publicada en la *Revista de Psicoanálisis* (2006), donde nos dice que toda

1 Asociación Psicoanalítica Argentina. gdupuy@gmail.com

palabra es metáfora. Toda palabra alude a una parte de la cosa que intenta nombrar. La palabra, entonces, nunca puede ser pensada en sentido unívoco, aunque a los efectos de comunicarnos la presupongamos así.

Un lenguaje común prebabélico también presupone a un hombre simple, totalmente descriptible y abarcable desde la comprensión. Un hombre al que las nuevas ciencias aspiran a *poder describir totalmente* un hombre objetivable. Este es el tema sobre el que quiero que discutamos.

Busquemos no tan atrás en el tiempo. La complejidad del hombre antecede a los tiempos en los que este se preguntaba acerca de su simpleza o densidad. En el Renacimiento, el hombre abandona en parte su carácter de ser un sujeto bajo la tutela de Dios y asume responsabilidad de sí. Florecen artes y ciencias. El médico, que hasta ese entonces era dentista, astrónomo, físico, astrólogo, alquimista, comienza a ver posibilidades de profundizar en sus conocimientos, pero el sujeto de su atención era un hombre entonces abarcado por todas las ciencias, no un recorte de la especialidad. Las vicisitudes de la historia, las luchas por el poder, por imponer las propias creencias e ideas permiten describir un crecimiento de la civilización desparejo y con alternancias respecto a estos temas complejos.

Hoy no ocurre algo muy diferente, ya que con los nuevos descubrimientos de las neurociencias, cada vez más se van escuchando descripciones parcializadas condicionadas siempre por la esperanza de llegar a una ciencia que todo lo explique. Así, vemos en la «era del cerebro», todo puede o intenta ser explicado por lo cerebral, las sinapsis, los neurotransmisores.

Como si el tiempo no hubiera pasado, la entronización como religión de las ciencias duras nos hace traer la frase de lord Kelvin en 1900, cuando dijo: *No queda nada por ser descubierto en el campo de la física actualmente. Todo lo que falta son más medidas y más precisas*², frase dicha cinco años antes de la publicación de Einstein sobre la teoría de la relatividad. Hoy diríamos más neurotransmisores, genes y vías de asociación.

La ilusión de llegar al conocimiento total del universo presupone un universo finito y, con ello, una humanidad finita y abarcable. Así, los

2 Palabras atribuidas a Kelvin en un discurso dado en 1900 a la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia.

afectos, el deseo, el amor, la tristeza, la alegría, el optimismo pretenden ser explicados por estados o alteraciones en los niveles metabólicos de ciertos *locus* cerebrales o por el aumento o la disminución de la concentración de neurotransmisores.

Volvamos al proceso enriquecedor de recuperación de la complejidad. A principio del siglo XX, Freud, con el descubrimiento de lo inconsciente, la represión, la interpretación de los sueños y la sexualidad infantil, describe las series complementarias, tema este que devuelve al hombre a un nivel de complejidad, sacándolo del carácter de objeto y entronizando al sujeto. En su maravillosa descripción de las tres grandes heridas narcisistas de la humanidad, describe una escalera y en cada uno de estos tres peldaños patentiza la *ruptura de la completud y la abarcabilidad del hombre*. Pone ante los ojos del hombre la inestabilidad y la relatividad de las verdades a las que se aferra, a la vez que patentiza la necesidad de contar con teorías abarcativas del «saber *todo*». Demuestra, asimismo, sin forzar la interpretación, la «increíble necesidad del hombre de adherir a sus creencias». Cuando hablamos de las ciencias —también, como estas—, cuanto más inequívocas sean sus afirmaciones, más fácilmente devendrán en religiones y sus seguidores en hombres de fe.

Volviendo a Freud, él nos recuerda cómo Galileo y Copérnico rompen la ilusión de que nuestra casa es el centro del universo; Darwin, la ilusión de que somos creados de la nada por obra y gracia de Dios a su imagen y semejanza. Finalmente, Freud mismo nos pone ante el encuentro con lo no sabido de nosotros y nos dice que ni siquiera somos totalmente dueños y conocidos de nosotros mismos.

Con el correr del siglo XX, las ciencias duras han avanzado geométricamente, las especializaciones médicas han colaborado para profundizar en el conocimiento del hombre y también lo han descuartizado en mínimas porciones, repitiendo esta pasión de responder a la ilusión de llegar al conocimiento total, a las más absolutas certezas sin incertidumbre. Al mismo tiempo, el psicoanálisis ha crecido también enormemente, incluyendo muchas de sus palabras clave en el hablar cotidiano. Como una pulseada consigo misma, la humanidad crece en la simplificación y atomización abaricable del universo, y, por otro lado, en la consideración de su complejidad y riqueza inabarcables. Cumple esta tendencia con la

idea de que cuanto más sabemos, más ignoramos. La incertidumbre del hombre acerca de las razones de su existencia y las evidencias de su finitud lo compelen a la búsqueda de adoptar hipótesis que todo lo expliquen.

Así, Freud nos habla de *Weltanschauung* como una construcción intelectual **que da una solución unificada de todos los problemas de nuestra existencia en virtud de una hipótesis integral, una construcción, en la cual se deja sin pregunta abierta y en la que todo lo que nos interesa encuentra un lugar.** Es fácil ver que la posesión de una *Weltanschauung* tal es uno de los deseos ideales de la humanidad³.

3 «Si hemos de dar cuenta de la grandiosa naturaleza de la religión, hay que tener en cuenta lo que se compromete a hacer por los seres humanos. Se les da información sobre el origen y la venida a la existencia del universo, que les asegura su protección y de la felicidad definitiva en los altibajos de la vida y dirige sus pensamientos y acciones de los preceptos que establece con toda su autoridad. Por lo tanto, cumple tres funciones. Con el primero de ellos satisface la sed humana de conocimientos; que hace lo mismo que la ciencia intenta hacer con sus medios, y en ese momento entra en rivalidad con él. Es su segunda función que sin duda le debe la mayor parte de su influencia. La ciencia puede ser rival para él cuando se calma el miedo que sienten los hombres de los peligros y vicisitudes de la vida, cuando se les asegura un final feliz y les ofrece comodidad en la infelicidad [...]. En su tercera función, en la que se emite preceptos y establece prohibiciones y restricciones, la religión es más alejado de la ciencia.

[...] La convergencia entre estos tres aspectos de la religión no es del todo clara. ¿Qué tiene una explicación del origen del universo que ver con la inculcación de ciertos preceptos éticos particulares? Las garantías de protección y la felicidad están más íntimamente vinculados con los requisitos éticos. Son la recompensa por el cumplimiento de estos mandatos; solo los que les obedecen puede contar con estos beneficios, el castigo aguarda a los desobedientes. Por cierto, algo similar ocurre con la ciencia. Aquellos que desprecian sus lecciones, por lo que nos dice, se exponen a lesiones. [...] Un hombre religioso retrata la creación del universo tal y como se imagina su propio origen» (Freud, 1933 [1932]/1991). Por este motivo, para que una teoría o un método de comprensión del alma humana tengan este poder deben ser realizados por una autoridad universalmente reconocida, tal como en el caso del DSM, realizado por un *comité de expertos*.

«Siendo esto así, es fácil de explicar cómo es que las garantías de consuelo y las estrictas exigencias éticas se combinan con una cosmogonía. Por la misma persona a la que el niño debía su existencia, el padre (o más correctamente, sin duda, el organismo parental compuesta de padre y madre), también protegida y vigilada por él en su estado débil e indefenso, expuesto como estaba a todos los peligros que acechan en el mundo exterior; bajo la protección de su padre se sentía seguro. [...] Por lo tanto, se remonta a la imagen mnémica del padre, a quien en su infancia tan enormemente sobrevalorado. Exalta la imagen en una deidad y lo convierte en algo contemporáneo y real. La fuerza efectiva de esta imagen mnémica y la persistencia de su necesidad de protección mantienen conjuntamente su creencia en Dios.

El tercer tema principal en el programa religioso, la exigencia ética, también encaja en esta situación de la niñez con facilidad. Yo pueda recordar la famosa frase de Kant en la que nombra, en un solo aliento, El niño es llevado a un conocimiento de sus deberes sociales por un sistema de premios y castigos de amor, se le enseña que su seguridad en la vida depende de sus padres (y posteriormente otras personas) amarlo y en su poder para creer que él los ama» (Freud, 1932-1933/1973).

Tal como venimos hablando, la humanidad vive movimientos pendulares entre la necesidad de creencias de verdades objetivables y el valor de la incertidumbre como motor de la ciencia y las artes, y padre de la subjetividad⁴. Hoy, en el mundo *psi*, ese es un conflicto prínceps que no podemos soslayar.

El psicoanálisis conmueve las hipótesis con carácter de verdades que el paciente trae acerca de su padecimiento. Transforma certezas en inquietud. En un movimiento pendular, los pacientes intentamos «curarnos» de la inquietud que nos produce el develamiento de lo inconsciente, tarea a veces similar a hacer un pozo en el agua: se nivela. Esta nivelación metafórica la certidumbre de la transacción sintomática. Nos «cura» solo de la inquietud de la incertidumbre.

La bella metáfora escultórica de Freud cuando habla de la «via di levare» como característica del psicoanálisis —en oposición a la «via di porre»— nos habilita a decir que es la que representa el método de la psiquiatría, de las terapias cognitivo-conductuales y del mundo científico que habita el paradigma del hombre finito y la ilusión de que todo puede ser conocido, emulando la frase de lord Kelvin.

La psiquiatría siempre fue una de las disciplinas médicas más sufrientes, **la hermana menospreciada de la medicina**, ya que no contaba con constataciones fehacientes, anatómicas, químicas. Recordemos que en los hospitales psiquiátricos, muchos jefes esperaban la muerte de «los locos» para disecarlos esperando encontrar la anatomía o la histología de la locura. El mismo nombre de *neuro-psiquiátricos* revelaba esta esperanza de transformar la psiquiatría en ciencia dura, en una rama de la neurología.

Diferentes intentos sucedieron con el descubrimiento de la importancia de los neurotransmisores concordantes con diferentes presentaciones del sufrimiento psíquico. En todos estos «avances» hubo desatinos. El descubrimiento del neurotransmisor de la locura, al que se llamó bufotenina,

No hay situación de mayor desamparo que la amenaza de pérdida de amor de los padres; se extiende a la idea de Dios o del ideal de la masa.

4 Acordamos que en todas las épocas convivieron ambas posiciones sostenidas por grupos con identidad o por hombres que se abrían del rebaño, algunas veces generando inquietudes que luego hacían escuela.

convocó a miles de pedidos de dosajes de neurotransmisores. Lo mismo ocurrió cuando se descubrió la función de la serotonina en los estados de ánimo. Una parte del cuerpo médico psiquiátrico creyó poder comenzar a prescindir de la semiología, arribando por fin a la entronización de los «exámenes complementarios». Según lo que hoy sabemos, este dosaje en sangre o en orina no es capaz de ayudar en el diagnóstico. También provocó infinitos tratamientos inútiles con el padecimiento de los famosos «efectos adversos» de los fármacos, a los que en una guerra se llamaría «daños colaterales».

UN FALSO ENLACE QUE SE REPETIRÁ: LA COEXISTENCIA
DE DOS VARIABLE SIMULTÁNEAS NO REVELA SU
INTERDEPENDENCIA Y MUCHO MENOS SU RELACIÓN CAUSAL

El maravilloso crecimiento de las *neurociencias* generó grandes avances en la comprensión de la intimidad de los procesos mentales. Curiosamente, para varios detractores del psicoanálisis, estos avances validaron unas cuantas hipótesis del famoso médico vienés: la anticipación de la existencia de neurotransmisores; una hipótesis acerca de la memoria y las sinapsis, las neuronas espejo y la identificación.

Kandel, y en nuestro país, Ziher, por nombrar solo dos investigadores, lograron describir el fuerte vínculo biunívoco entre estructura y curación por la palabra. Los conceptos de plasticidad neuronal y epigénesis, así como el abandono de la antigua creencia de que nacemos con una cantidad de neuronas no renovables y la activación de circuitos neuronales de novo, generaron una nueva concepción en los vínculos entre terapias por la palabra y neurotransmisores, entre el estímulos del medio y el despertar de genes dormidos.

LO GENÉTICO, OTRO EQUÍVOCO: NO TAN BIEN INTENCIONADO

Exhibido en el DSM y adláteres, sus redactores e infinitos abstracts con diversa seriedad insinúan o afirman la etiología genética de casi todas las presentaciones del padecimiento mental (enfermedades, trastornos, cuadros, espectros). Sin duda, en algunos padecimientos puede ser demostrada su etiología genética, pero por el momento, tal como decíamos arriba,

tienen que ver más con hallazgos de variables no vinculantes causalmente. Por otro lado, el concepto de activación de genes dormidos es un tema de real interés del que pueden hablar más los neurocientíficos, pero que también habla de una cierta plasticidad de un cuadro. Por lo contrario, este tema del despertar de genes sirve para avalar también aspectos de la eficacia de la terapia por la palabra, aunque es usado como justificación también para algunos grupos cognitivo-conductuales.

Con el hallazgo de particularidades en las neuroimágenes, no hay estudios ciertos, ya que en muchos casos son imágenes en personas en las que se incluyen variables no controladas, como, por ejemplo, personas que han tomado Ritalina durante años, lo que presupone alteraciones serias.

VOLVAMOS A LA PRETENSIÓN DE VOLVER A LO MÍTICO PREBABÉLICO

Si la palabra es, tal como decíamos arriba, «un equívoco predestinado», por supuesto, la palabra que diagnostica, que pone nombre al padecimiento, también lo es.

La idea de inventar un «esperanto psiquiátrico» a través de todos los sistemas de clasificación, la idea de búsqueda de un «lenguaje común» que permita la «comunicación» entre profesionales deviene en un contrasentido y produce un enorme empobrecimiento de la comprensión de aquello que el hombre padece. Aun la psicopatología freudiana puede ser instrumentada para «no comunicarse». Te mando una histórica. Concepto universal versus metáfora y singularidad.

LA ENUNCIACIÓN DE «LO OBJETIVO» COMO VERDAD DESUBJETIVANTE

Tomamos en DSM como paradigma de una nueva pretensión de esperanto, como una nueva *Weltanschauung* que adscribe al paradigma de la simplicidad del humano y alberga la esperanza de llegar al conocimiento total de este.

Cuanto más avanzamos en la pretensión de una comprensión universal del padecimiento, más quedan en el camino las únicas herramientas que permiten vislumbrar una salida al sufrimiento humano, sus síntomas orgánicos como lenguaje de su cuerpo, sus síntomas psíquicos como expresión

de transacciones y de fallas en la represión. Se hace inevitable recordar el viejo aforismo: «No hay enfermedades, sino enfermos». Por lo tanto, esta pretensión borra de un plumazo no solo la extraordinaria complejidad del hombre, sino la de su entorno, de los ingredientes de su singularidad.

Cuando la palabra intenta definir a la mayor cantidad de miembros de una serie va perdiendo precisión y se va haciendo menos útil a la hora de hablar del sujeto. Como el DSM va nombrando ciertos cuadros a los que llama trastornos y, para definirlos, el *paciente*⁵ tiene que reunir una cierta cantidad de condiciones, una vez definido el cuadro pueden aparecer otros sujetos que sumen características, por lo que van ampliando el número de variables.

En la infancia es cuando la aplicación de protocolos armados bajo los parámetros de DSM tiene eficacia para producir más daño, etiquetas y estigmas⁶. Estos diagnósticos se basan en una comparativa con una evolutiva esperable; es necesario aclarar que si metaforizamos una evolutiva con una escalera a transitar, muchos niños no van de escalón en escalón, y que el crecimiento no es una suave pendiente, a veces se da en crisis.

El DSM dice tanto del hombre al que etiqueta como el código de barras de un frasco de alimento dice de su contenido.

Diagnóstico de TEA. El pasaje de psicosis infantil de Blewler a fines de 1800 al autismo de Kanner en los años cuarenta, al TGD del Dsm4, al TEA del DSM 5 llevó su incidencia de 04/000 al 6% en la actualidad. **Hoy, con la nueva ley TEA en Argentina y la pretensión de diagnosticarlo desde los dieciocho meses, supera el 6%.**

¿Epidemia? No, un simple efecto de marketing y de necesidad de *saber/* enmarcar, encuadrar todo lo que no se entiende. Se renuncia a transitar el camino hacia lo expresado por un niño cuando muestra sufrimiento o no se admite que el niño tenga su propio ritmo y elecciones hacia el universo que se le presenta. Así, la pretensión de saber produce un efecto adulto-

5 El neologismo es mío.

6 El diagnóstico por protocolos, por aposición de síntomas o signos, proviene de la convicción de que el hombre es el producto de una sumatoria de rasgos, de partes. Una suerte de rompecabezas. Responde al mismo criterio de las ultraespecializaciones en medicina y sostiene la ilusión de una medicina que aspira a ser similar a la mecánica actual de cambiar las piezas que andan mal.

mórfico del niño o un efecto científicomórfico sobre la vida; renunciar a la incertidumbre y como referencia de normalidad intentar calzar en nuestro lecho procustiano al otro normatizando, enmarcando, invisibilizando, a quien nos consulta.

Las siguientes son condiciones que facilitan el que un sistema de pensamiento pueda convertirse en un paradigma dominante:

- Organizaciones profesionales que legitiman el paradigma
- Líderes sociales que lo introducen y promueven
- Periodismo que escribe acerca del sistema de pensamiento, legitimándolo al mismo tiempo que difunden el paradigma
- Agencias gubernamentales que lo *oficializan*
- Educadores que lo propagan al enseñar a sus alumnos
- Conferencistas ávidos de discutir las ideas centrales del paradigma
- Y, agrego, esa increíble necesidad de creer en sistemas que eliminen la falla del *no saber*

UNA BREVE VIÑETA DE LA CONSULTA POR JUAN

Juan tiene cuatro años y fue diagnosticado hace dos como autista de alto rendimiento (niño de bajo rendimiento en algunos parámetros usados para el protocolo).

La madre dice que no la sigue con la mirada «**como debiera**». Tarda más en adquirir el habla «**de lo que necesario**». Tarda más en socializar **de lo esperado**. Es atendido según diagnóstico por el grupo TEA de un hospital de nuestra capital. No está medicado porque su madre no lo aprobó, aunque fue sugerido que se lo medicara.

La vemos con una colega del equipo. Observamos dibujos y fotos, y preguntamos acerca de los decires de Juan así como sobre sus vínculos con los miembros de la familia y amigos. Lo vemos en fotos sonriendo con riqueza gestual. Sus dibujos revelan no solo excelente creatividad, sino una muy interesante correlación entre lo dibujado y su explicación: «Helicóptero volando sobre el campo».

En un momento de la entrevista, intenté «pasarme del otro lado», esto es, desprenderme del sesgo, adoptar la estructura y el pensamiento

de quienes lo diagnosticaron, al menos para entrar en dudas acerca de lo que íbamos viendo.

Dejamos la media intriga en el destino de Juan, ya que era solo un ejemplo. Lo que nos interesa es mostrar un diagnóstico basado en «**como debiera, lo necesario, lo esperado**». Quién le impone a un niño estos deberes y qué se espera de él. El cumplimiento de condiciones impuestas por «**los expertos**».

El DSM es una construcción estadística y protocolizada. Sus entidades lo son cuando reúnen ciertos requisitos. Si una vez establecida se presentan «casos» con nuevas características, se van agregando nuevas subclases.

El ADD (desorden por déficit de atención, por sus siglas en inglés), puede ser sin o con hiperactividad (ADHD). Puede aparecer con dificultades en el aprendizaje, y ser visto como con retardo madurativo. Cada nuevo hallazgo genera la ilusión en sus creadores de un nuevo descubrimiento, tal como les sucedía con los antiguos taxonomistas que buscaban poner su nombre en la historia de la biología. Estos, a mi entender, son **taxonomistas del alma**.

Estas formas de clasificar se van pareciendo al idioma alemán descripto con humor maravillosamente por Mark Twain⁷:

La lengua alemana es relativamente fácil. [...] Es sencillísimo: para verlo claro, vamos a estudiar bien el alemán con un ejemplo: primero, se toma un libro de alemán. Es un magnífico volumen, forrado en tela, publicado en Dortmund, y trata de los usos y costumbres de los hotentotes (en alemán, *Hottentotten*). Cuenta que los canguros (*Beutelratten*) son capturados y metidos en jaulas (*Kotter*), cubiertas con una tela (*Lattengitter*) para protegerlos de la intemperie. Esas jaulas se llaman en alemán «jaulas cubiertas de tela» (*Lattengitterkotter*), y cuando tienen dentro al canguro, a esto se le llama «el canguro de la jaula cubierta de tela» (*Lattengitterkotterbeutelratten*). Un día los hotentotes arrestaron a un asesino (*Attentater*), acusado de haber

7 Por supuesto que esto es una broma, pero analizando prolijamente la evolución en los diferentes DSM, encontramos este fenómeno de subclases por aposición de supuestos síntomas.

matado a una madre (*Mutter*) hotentota (*Hottentottermutter*), madre de un niño tonto y tartamudo (*stottertrottel*). Esta madre toma en alemán el nombre de *Hottentottenstottertrottelmutter* y su asesino se llama *Hottentottenstottertrottelmutterattentater*. La policía lo ha capturado y lo ha metido en una jaula de canguro (*Beutelrattenlattengitterkotter*), pero el preso se ha escapado. Enseguida comienza la búsqueda y pronto viene un guerrero hotentote, gritando:

—¡He capturado al asesino! (*Attentater*).

—Y, ¿a cuál? —pregunta el jefe.

—Al *Lattengitterkotterbeutelratterattentater* —contesta el guerrero.

—¿Cómo que al asesino que está en la jaula de canguros cubierta de tela? —dijo el jefe de los hotentotes.

—Es —responde a duras penas el indígena— el *Hottentottenstottertrottelmutterattentater* (el asesino de la madre hotentota del niño tonto y tartamudo).

—Anda, demonios —contesta el jefe hotentote—, podías haber dicho desde el principio que habías capturado al *Hottentotterstottertrottelmutterlattengitterkotterbeutelrattenattentater...*⁸ (citado por Toker, R. y Toker, E., 2003)

No es una falta de respeto al lector, sí una muestra del absurdo de intentar calzar estas clasificaciones con el hombre que padece.

El DSM fracasaría si siguiera la construcción alemana que tan bien nos cuenta Mark Twain, por lo que reemplaza la construcción anterior por números y letras que luego tiene que aclarar con palabras-código.

Como el hallazgo de nuevas patologías y nuevas variantes de las anteriores sigue una lógica estadística, bien podríamos decir que si en algunos años encontramos un número significativo de personas con fobia a cruzar la avenida 18 de Julio, aparecerá en el próximo *DSM trastorno fóbico a*

8 Por supuesto, debe entenderse al humor del autor, guiado en parte por la tradicional rivalidad entre el inglés y el alemán. Los alemanes dicen que el inglés es un dialecto del alemán. Si el idioma alemán se redujera a esta forma, no hubieran existido los maravillosos aportes de tantos autores alemanes, ni siquiera Freud.

cruzar 18 de Julio. Si una variable se presenta en personas que cargan un portafolio, se agregará eso como una variable.

Cuando escuchamos acerca de uno de los principales fundamentos de la existencia del DSM, se dice que su función es mejorar la comunicación de los psiquiatras en todo el mundo, tal que un médico de Japón sepa de qué estamos hablando cuando definimos el padecimiento de un paciente con un código, pero en realidad solo estaremos hablando del instrumento que se usó en su clasificación. *Nada diremos del paciente*. Ergo, profundizamos el equívoco con un agravante, el de matar la incertidumbre imprescindible a la hora de abordar a un paciente.

Bien podría decirse que lo escrito hasta ahora no es novedad, que este movimiento pendular entre el intento de «comprender» al hombre desde las ciencias duras o desde el psicoanálisis tiene no menos de cien años, polémica antes sostenida también por diferentes formas de lo espiritual. Lo que imprime actualidad es la fuerte presión ejercida sobre los jóvenes colegas que nacen a la profesión con fuerte dependencia de obras sociales, prepagas y servicios hospitalarios en los que el DSM es norma y la creciente cantidad de colegas psicoanalistas que lo ven con simpatía.

Considero que los *sistemas clasificatorios* deshonoran al hombre en sus padecimientos del alma. Por lo tanto, ofenden al hombre, y de igual manera, a la psiquiatría y al psicoanálisis.

La presión epocal en los tiempos del «todo bien», agrega variables que hacen funcional y nada inocente esta tendencia de simplificación del hombre y de su encuadramiento en el sistema DSM. Tomo como aspecto de lo epocal aquello que podríamos identificar con el horror a la falla, con la intolerancia al síntoma y al padecimiento. Médicos y psicoanalistas, maestros y padres participamos de estos cambios de la época, razón por la cual, al ser marcados por los mismos ideales, podemos naturalizar la posición y no advertir nuestras resistencias. En consecuencia, hay una tendencia instalada con amplio consenso que indica que todo síntoma, todo dolor, debe ser eliminado... lo antes posible.

Hoy se medican los afectos cuando superan una supuesta «normalidad» instaurada por amplios grupos de profesionales, en colaboración de los medios como instrumentos. Las publicidades siguen, identificadas con estos ideales, el mismo modelo; los productos que ofrecen nos prometen

la felicidad, curarnos de enfermedades, prevenirlas, lograr tiempo libre, ir a trabajar aunque estemos enfermos, decirle a una madre que ya tiene en sus manos la posibilidad de cuidar mejor a su bebé con Nutrilón⁹, calificar el cansancio o la pachorra como males expurgables con un yoghurt.

Uno de los primeros efectos que tiene esta tendencia ya instalada es que se intenta acallar el lenguaje de lo psíquico y del cuerpo. De ninguna manera defiende la persistencia del sufrimiento ni categorizo los fármacos como venenos, esa no es, ni remotamente, mi posición.

Si leemos un importante trabajo de investigación llevado a cabo por el Observatorio de Drogas del Cenareso, de 2009, encontramos que en ese año murieron 23.000 personas en Argentina por efectos de drogas legales. El consumo de psicofármacos en los últimos cinco años se ha incrementado en un 30%.

No podemos evitar recordar a Ivan Illich, en *Némesis médica* (1975). En sus primeras páginas, nos dice algo así como *la sola existencia de la ambulancia hace que ante una persona caída en la calle, nos quedemos inoperantes, delegando una asistencia que podría salvar una vida*.

Cuando insisto en que representa una forma universal de consideración del hombre, lo hago para cambiar su condición de «ingrediente» inofensivo. Es, justamente, lo que se enuncia como virtud, *un lenguaje común*, un esperanto, lo que lo convierte en un instrumento venenoso para el paciente y para los postulados fundamentales del psicoanálisis.

Los psicoanalistas y los psiquiatras en los últimos tiempos hemos estrechado relaciones profesionales y científicas, lo que no nos libera de la responsabilidad de denunciar estas simplificaciones superficiales de la clínica y la semiología psiquiátricas. ♦

RESUMEN

El hombre re TRABAJADO durante el siglo XX, producto de la ciencia y la cultura, y fuertemente expresado por el psicoanálisis se expresa enriquecido como un ser complejo. Los ideales epocales y las nuevas versiones de la medicina actual, las clasificaciones, los nuevos sistemas de diagnósticos protocolizados, el conjunto de obras sociales y empresas prepagas cooptan gran parte de los nuevos servicios psicológicos, los profesionales *psi* compelidos a los nuevos métodos. Los sistemas DSM junto a los sistemas publicitarios intentan imponer una nueva *Weltanschauung* en la que el hombre deviene en un ser simple, puramente organicista; una suerte de máquina neurológica y genética.

Los grandes grupos de psicoanalistas, enriquecidos en los encuentros con la nueva psiquiatría, padecen en muchos aspectos en la naturalización de los nuevos rasgos. Los imperativos epocales imponen a nuestras instituciones psicoanalíticas el rescate del hombre en su complejidad, el rescate de la singularidad esencial de nuestros espíritus; captar el crecimiento del consumo de psicofármacos de casi cien veces en los últimos veinte años, cooptando en gran manera el tratamiento de nuestros pacientes y de nosotros mismos.

Es imprescindible el rescate de los tratamientos de alta frecuencia y nuestro constante trabajo clínico con los grupos de colegas.

Descriptor: HOMBRE / PSICOANÁLISIS / DIAGNOSTICO / PSIQUIATRÍA / CULTURA / GLOBALIZACIÓN

SUMMARY

The concept of human being elaborated during the XX Century, the product of science and culture, and strongly reflected by psychoanalysis, is the rich expression of a complex existence. The epochal ideals and the new present versions of medicine, the classifications, the new protocolized diagnostic systems, the social services as a whole and the prepaid firms coopt most of the new psychological services, the *psy* professionals compelled to the new methods. DSM systems together with the advertising systems try

to impose a new *Weltanschauung* in which human beings become simple creatures, purely organic; a kind of neurological and genetic machine.

The great groups of psychoanalysts, enriched by their encounters with the new psychiatry, suffer in many ways from the naturalization of these new characteristics. Epochal imperatives impose on our psychoanalytic societies the rescue of the human being in its complexity, the rescue of the essential singularity of our souls. We have to consider the growth of almost one hundred times in the consumption of medical drugs over the last twenty years, greatly coopting the treatment of our patients and ourselves.

The rescue of high frequency treatments is essential together with our constant clinical work with our group of colleagues.

Keywords: MAN / PSYCHOANALYSIS / DIAGNOSIS / PSYCHIATRY / CULTURE / GLOBALIZATION

BIBLIOGRAFÍA

- Asociación Psicoanalítica Argentina. (2006). Dossier dedicado a Borges. *Revista de Psicoanálisis*, 63(3), 539-615.
- American Psychiatric Association. (1995). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-IV)*. Barcelona: Masson.
- (2015). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-V)*. Buenos Aires: Panamericana.
- Ferguson, S. (Productor) y Jackson, M. (Director). (2010). *Temple Grandin* [Película]. Estados Unidos: HBO Films, Ruby Films, Gerson Saines Productions.
- Freud, S. (1973). El problema de la concepción del universo. En L. López Ballesteros, *Obras completas* (vol. 3, pp. 3193-3194). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).
- (1991). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- (1991). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22, pp. 1-168). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).
- Goffman, E. (1975). *Estigma*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1963).
- Illich, I. (1975). *Némesis médica: La expropiación de la salud*. Barcelona: Barral.
- Toker, R. y Toker, E. (2003). *Odiar es pertenecer (y otros chistes para sobrevivir al nazismo, racismo, autoritarismo, antisemitismo)*. Buenos Aires: Norma.
- Wanderley, G. (2013). Promesas y mitos de la ciencia moderna. En G. Untoilich. (comp.), *En la infancia los diagnósticos se escriben con lápiz* (pp. 45-56). Buenos Aires: Noveduc.

Tras las huellas de Eros: apuntes para una discusión acerca de la sexualidad, diferencias y prácticas



GRUPO FORUM: SUSANA BALPARDA¹, GABRIELA CALVO²,
EURÍDICE DE MELLO³, ESTHER DEUTSCH⁴, ABEL FERNÁNDEZ⁵,
GLADYS FRANCO⁶, ANA IRIGOYEN⁷, ZULI O'NEILL⁸,
ANA MARÍA REBOLEDO⁹, SOLEDAD SOSA¹⁰, MARIO TORRES¹¹

1. PRESENTACIÓN DE GRUPO FORUM: ANTECEDENTES

Grupo Forum es una experiencia de trabajo nueva dentro de nuestra institución que se inició en noviembre de 2014, *a posteriori* del momento en el que la sociedad uruguaya fue invitada a comprometerse en una modificación legal de efectos altamente significativos, que proponía bajar la

- 1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. susanabalparda@gmail.com
- 2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gabrielacalvo04@gmail.com
- 3 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. motidemello@gmail.com
- 4 Analista en formación, Instituto Universitario de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. edeu8@hotmail.com
- 5 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. abelfer@adinet.com.uy
- 6 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. laletraescrita@gmail.com
- 7 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. anairi@adinet.com.uy
- 8 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. oneillzuli@gmail.com
- 9 Analista en formación, Instituto Universitario de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. amreboledo@gmail.com
- 10 Analista en formación, Instituto Universitario de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. solesosa@adinet.com.uy
- 11 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mtorres41@adinet.com.uy

edad de imputabilidad de 18 a 16 años, hecho que golpeó las puertas de nuestros quehaceres y discusiones más típicos. Ahora, eso ya es historia, pero nos dejó la inquietud de indagar y cuestionar los asuntos que desde lo social nos interpelan.

Con el afuera y con la interna de nuestra institución, no se hizo esperar el motivo sobre qué trabajar y de qué ocuparnos. Ya latía en los discursos sociales cercanos al territorio de nuestro trabajo una máxima sobre el valor del «colecho y el amamantamiento en libre demanda». No se trataba de contraponer un discurso a otro, sino de trabajar asuntos por demás sensibles de nuestro saber. Así surgió la primera experiencia para este grupo —ya constituido y activo en discusiones sistemáticas y lecturas—, que consistió en intentar un diálogo con colegas pediatras, actores comprometidos en el cuidado de la integridad física en los tiempos de la estructuración psíquica. En el marco del coloquio «Parentalidades» organizado por el Centro de Intercambio de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, se materializó esa intención de diálogo.

Más tarde, una propuesta sobre educación sexual elaborada por el colectivo Ovejas Negras para ser trabajada e implementada en enseñanza secundaria nos impulsó en la necesidad de reflexionar sobre la posibilidad de un posicionamiento institucional al respecto. Finalmente, la «guía de educación sexual» no fue aprobada para su puesta en práctica, pero la sola propuesta nos pareció un planteo digno de atención.

Y lo que comenzó siendo una reflexión sobre la posibilidad de educar en materia de sexualidad se abrió en mayores resonancias que abarcan el cuestionamiento de las dos materias en cuestión (educación y sexualidad), la diferenciación entre *información* y *educación*, y la apertura de y hacia la *diversidad*, término que acompaña casi indefectiblemente al término *sexualidad* en este presente posmoderno.

Es desde esa labor en el pequeño grupo que hoy se nos hace necesario llevar la discusión a la institución en su conjunto.

2. ALGUNOS RECORRIDOS

En principio, se podría pensar que, tratándose de sexualidad, los analistas estaríamos de acuerdo en algunos supuestos básicos.

- Acuerdos sobre la noción de *cuerpo* que concebimos desde el psicoanálisis: cuerpo signado por zonas erógenas inauguradas por y en la relación primaria con otro que nos subjetiviza y que a partir de su deseo inconsciente nos hace humanos.
- Acuerdos sobre la contingencia del objeto.

La interrelación lógica entre sexualidad e inconsciente viene a «des-arreglar» el cuerpo como organismo, diagramándolo en zonas erógenas que, desde las pulsiones parciales, lo marcan, poniendo así en cuestionamiento, de una vez y para siempre, la idea de una sexualidad humana entendida como «natural». La sexualidad humana se discrimina claramente de una sexualidad animal, biológica e instintiva. En la sexualidad humana resaltamos el estatuto psíquico de las representaciones, las fantasías y el campo del deseo.

No obstante, cabe preguntarnos: ¿Es pertinente y necesario para los analistas cuestionarnos sobre nuestros saberes acerca de la sexualidad?

Las respuestas que el grupo ha aproximado a estas preguntas atraviesan el área de los conocimientos para ligarse a un plano ético que permita reflexionar sobre cómo impactan en nosotros los discursos en defensa de la «libertad de elecciones» que pueblan el imaginario en relación con la sexualidad humana y entrelazan las nociones de diferencia sexual, elección sexual de objeto y prácticas sexuales.

Nuestras concepciones teóricas y nuestro accionar clínico se ven interpelados por transformaciones en el cuerpo social que nos confrontan con lo «ya pensado». Este derrotero de Forum, que comenzó con el cuestionamiento acerca de si es posible la *educación sexual*, se abrió a territorios donde los claroscuros de nuestro discurso se hacen más evidentes. Podemos decir con claridad que *educar* es una tarea imposible, pero ¿qué podemos decir con claridad— del nuevo campo de la diversidad sexual que ha impregnado el discurso social? ¿Cómo atraviesa nuestra escucha los discursos sobre las reivindicaciones de género, etc.? ¿Nos asisten estos discursos para pensar o nos alcanza con los nuestros? ¿Podemos interrogar estos discursos? ¿Podemos cuestionarlos? ¿En qué medida somos cautivos de lo que el colectivo nos señala como *políticamente correcto*?

En la actualidad, así como la posmodernidad despolitiza lo económico, lo políticamente correcto desproblematiza la sexualidad al hacerla una simple opción, una más entre las múltiples posibilidades, cuando para el psicoanálisis la sexualidad, que es tensión y conflicto, siempre está en la base de nuestra condición de sujetos deseantes. (p. 213)

nos dice Daniel Gil en «Elogio de la diferencia» (2001), señalando de qué manera nos problematiza la realidad de lo que venimos planteando.

En este presente histórico, la sexualidad nos interpela en la capacidad de dar cabida a la diversidad que se hace lugar en la escena social cada vez con mayor pujanza y alcanza validaciones en el sistema de derechos civiles, que son una advertencia acerca de los cambios en la subjetividad. Los adelantos científicos permiten avanzar en el poder de dominio sobre el tiempo y la realidad en sus múltiples facetas. El campo de la diversidad sexual muestra claramente que nuestro presente viene modelado por fuertes y sostenidos movimientos sociales que, al menos desde la segunda mitad del siglo pasado, promueven un irrefrenable cambio de representaciones en cuanto a lo que se consideraba femenino o masculino, y el modo de constituir los grupos en los que estas categorías alternan. Los espacios de pareja, familias y filiación han tenido transformaciones rotundas que vienen moldeando la sensibilidad del momento de modo «perdurable».

Reiteramos las preguntas que insisten en nosotros, analistas: ¿En qué nos afecta esto en nuestra clínica? ¿Y en nuestro cuerpo teórico?

Nos vemos asaltados por la velocidad de los cambios, vivencia de aceleración favorecida por los desarrollos científicos y tecnológicos, que en muchas ocasiones ahogan las posibilidades de reflexión sobre los hechos que acontecen e incitan a un acuerdo silencioso o a un desacuerdo silenciado por el vértigo y el cúmulo de informaciones propios de la posmodernidad, que hoy por hoy es «nuestro tiempo».

G. Lipovetsky se refiere al sujeto de la posmodernidad en términos de «individualismo narcisista», concordando con el espíritu de otros pensadores contemporáneos que ponen el acento en el *mandato de goce* que el mercado impone a través de la masiva propuesta de consumo. El *individualismo narcisista* concilia bien en su formulación algo que como psicoanalistas conocemos: el narcisismo busca espejarse al infinito, muchas

veces es huevo único que no necesita del otro, que supone no necesitar del Otro y que aspira a la auto —y completa— satisfacción.

Hemos pensado que el ejercicio de la sexualidad aparece en este momento histórico, en Occidente, como un escenario posible para cumplir con el mandato de *goce perpetuo* conciliable con el *consumo sin límites*.

También creemos que hay una diferencia entre pensar desde el corpus teórico del psicoanálisis acerca de la sexualidad y poner sobre la mesa qué pensamos los psicoanalistas sobre lo que hoy se nos muestra de las prácticas sexuales y cómo nos atraviesan eventualmente los prejuicios propios, con los que lidiamos. Este es uno de los puntos que nos interesaría debatir.

Los grupos y movimiento LGBT (*Lesbian, Gay, Bisexual and Transgender*) a los que se suma el movimiento *queer* se iniciaron basándose en reclamos de derechos y contra la discriminación. Actualmente han logrado que su voz sea escuchada, al menos en gran parte de Occidente, y su inclusión en la sociedad —una vez desclasificados del catálogo de las psicopatologías— permite el contacto directo con la realidad de muchas formas particulares de experimentar la sexualidad, así como el reconocimiento público de prácticas que hasta hace poco se encontraban replegadas en la oscuridad, por temor a la censura colectiva o por efecto de la autocensura.

Al mismo tiempo, los interrogantes actuales sobre el concepto de *perversión* nos exigen pensar en nuestras implicancias, ambivalencias y controversias teóricas.

¿El término *perversión* nos sigue sirviendo como concepto para pensar o se convierte en obstáculo por la fuerza misma del concepto?

3. PUNTUACIONES TRANSITORIAS

En el trabajo del pequeño grupo, Forum ha abordado la tarea de pensar cómo en el marco de determinados cambios socioculturales y políticos, con su correlato jurídico-legal, se logra acceder a la normativización de determinadas prácticas sexuales; estos cambios suponen, en primer lugar, una disminución del sufrimiento psíquico, de largo tiempo para cierto número de personas. Sin embargo, la tolerancia social hacia las «supuestas» diversidades arrastra cierto deslizamiento hacia lo que para el psicoanálisis tiene otro estatuto, que es la diferencia.

El trabajo social de aceptación y tendencia a la eliminación de las diferencias (de derechos) parece restringirse a un campo: los derechos de ciertas minorías resultan audibles y tolerables en el presente, en tanto otras diferencias que suponen un enorme sufrimiento para una inmensa mayoría de personas son eludidas o desestimadas.

Como era de esperar, estas reflexiones desembocaron en el inevitable interrogante que como analistas debemos sostener: y por casa, ¿cómo andamos? ¿Qué pensamos los analistas sobre estos cambios que nos interpelan, cada vez más frecuentes en la clínica? ¿Qué efectos tiene, en nosotros, la recepción en la consulta de niños que llegan con diagnóstico (psiquiátrico) de trastorno de identidad de género (por ejemplo)? ¿Seguimos pensando que el objeto es contingente? ¿Se impone una adecuación de una supuesta conveniencia de elección de objeto? ¿Qué efectos tiene el discurso psiquiátrico del presente en el pensamiento y el lenguaje de los analistas? ¿Qué efectos tienen en nosotros las modificaciones conceptuales que llegan de la mano de conquistas sociales? Por ejemplo: ¿Cómo nos toca la despatologización del concepto de homosexualidad? ¿Por qué, aparentemente, no se puede profundizar en la discusión de este tópico? ¿Hay apertura a la consideración de las realidades y los efectos posibles de la diversidad en la interna de las asociaciones psicoanalíticas o, al menos, en la interna de la que nosotros integramos?

Tenemos la impresión de estar plenos de ambivalencia y controversias que se soslayan, en el seno de nuestra institución, respecto a estas y otras temáticas. ♦

BIBLIOGRAFÍA

Gil, D. (2001). Elogio de la diferencia. En D. Gil, *Errancias*. Montevideo: Trilce.

RESEÑA DEL LIBRO

*El libro negro de la psicopatología contemporánea*¹



GLADYS FRANCO²

Gracias a Esperanza Pérez de Plá, llegó a nuestra biblioteca un libro imprescindible para psicoanalistas, psicólogos, médicos y otros profesionales, además —por supuesto— de psiquiatras en formación que deseen entender más de sus herramientas y asomarse a la posibilidad de incorporar otras más cercanas a la clínica de la palabra.

Este libro, cuya coordinación e introducción estuvo a cargo de Fendrik y Jerusalinsky, reúne textos de veinte autores, la mayoría de los cuales son médicos psiquiatras y psicoanalistas. En el título hacen referencia a otro libro, publicado hace pocos años (y del que se dice que contó con éxito de ventas)³, que en más de ochocientas páginas condensaba los más «furiosos ataques al psicoanálisis»

(p. 7). Este «libro negro» de la psicopatología contemporánea recoge la sustentada opinión de veinte profesionales acerca de la nosografía psiquiátrica actual, sus orígenes e impresiones acerca de los por qué del sostenido crecimiento de los DSM (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*); no pretende ser, en espejo de aquel primer libro negro, un «ataque furioso» a los manuales de psiquiatría, sino un análisis crítico de los mismos.

El objetivo es analizar de modo riguroso el DSM, desde su aparición en 1952 hasta la versión más difundida, el DSM IV. (En estos momentos se encuentra ya el DSM V en manos de los psiquiatras). El libro se escribe, entonces, con un objetivo didáctico importantísimo que ya desde la introducción capta el interés; encontramos allí la historización de este famoso manual, breve en su versión inicial de 1952, que ha crecido en número de páginas a las actuales más de setecientas del DSM IV, pero que, como bien señala Esperanza Pérez de Plá, no incluye los antecedentes, es decir, las clasificaciones pre-DSM. «Es

1 Fendrik, S. y Jerusalinsky, A. (coord). (2011). *El libro negro de la psicopatología contemporánea*. México: Siglo XXI.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. laletraescrita@gmail.com

3 Se trata de *El libro negro del psicoanálisis*.

importante señalar que en la actualidad, para un inexperto, parecería que todo empezó con el primer DSM en 1952 y que los antecedentes que importan son los de la propia familia DSM, que se dieron al parecer sin conflictos, solo con cambios y nuevas aportaciones» (p. 238).

En el capítulo «Elogio del DSM IV» (p. 19), Guillermo Izaguirre introduce los antecedentes de la psicopatología psiquiátrica y remite a un texto de Georges Lantéri-Laura: *Ensayo sobre los paradigmas de la psiquiatría moderna*. Según estos autores, un paradigma sería el conjunto de conocimientos de una disciplina científica que opera como referencia de la misma. Un paradigma puede entrar en crisis y ser sustituido por otro. De acuerdo con este punto de partida, el autor fecha el inicio de la psiquiatría en 1792 y propone su pasaje por tres paradigmas que marcan determinadas características de la psiquiatría de los diferentes momentos, influida por otras corrientes. La tercera etapa (o tercer paradigma) fue la de las grandes estructuras psicopatológicas; en esa etapa —para cuya finalización el autor propone la fecha de la muerte del psiquiatra francés Henry Ey, en 1977—, la psiquiatría encontró confortable ubicar las variadas enfermedades mentales en un número acotado de estructuras. En ese período «no resultaba forzado hablar de una “psiquiatría psicoanalítica”» (p. 22). El término *estructura* se tornó familiar en la época, en

el campo de disciplinas afines: antropología, semiología, lingüística y psicoanálisis. Para Lantéri-Laura, una vez reemplazado el paradigma estructural por el sistema clasificatorio DSM, proveniente de la psiquiatría de Estados Unidos, no se habría constituido aún un nuevo paradigma, por lo que la etapa presente configuraría para este autor, una fase de tránsito.

¿Por qué se habría producido ese viraje? ¿En qué punto y por qué la *psiquiatría psicoanalítica*, o *psiquiatría dinámica*, habría perdido confiabilidad o los términos estructurales habrían parecido insuficientes? En el texto «El DSM-IV: ¿Una metafísica conductista?» (p. 42), Silvia Fendrik aproxima respuestas a estos interrogantes. Según esta autora, la psiquiatría americana en la primera mitad del siglo XX seguía los criterios de la psiquiatría «clásica», fundamentalmente influida por teóricos franceses y por el psicoanálisis. Pero el fin de la Segunda Guerra Mundial confrontó al país (Estados Unidos) con «estragos psíquicos» producidos por la guerra en sobrevivientes y familiares, cuadros clínicos y perturbaciones psíquicas que no podían ubicarse con las herramientas diagnósticas manejadas hasta entonces. Lo observado en la clínica no coincidía con los «cuadros clásicos». Se propuso entonces el diseño de una nueva clasificación que deviniera en un libro de referencia, una herramienta confiable para quienes se ocupaban de la salud

mental y un sistema válido para la investigación empírica. Así vio la luz el primer DSM, en 1952. «Se trataba de un libro pequeño que contenía criterios novedosos para la psiquiatría» (p. 42), un pequeño libro que integraba términos provenientes del psicoanálisis, reconociendo el carácter inconsciente de algunas manifestaciones; esa primera etapa del DSM estuvo permeada por la influencia de psicoanalistas europeos exiliados en Estados Unidos, que forjaron un perfil que se iría diferenciando del psicoanálisis freudiano y kleiniano acentuando la importancia del yo, y que daría lugar a las escuelas norteamericanas de psicoanálisis. Pero ese primer DSM resultó insuficiente, como explica S. Fendrik: «la creciente influencia del conductismo muestra que los trastornos “de conducta” que pueden *observarse* son mucho más numerosos y diversos que los comprendidos por esas ya antiguas categorías» (p. 43), y en 1968 aparece el DSM II, que pronto será sustituido por el DSM III. Con todo, nos dice la autora, en las primeras ediciones del DSM aún se tomaba en cuenta la palabra del paciente, pero

conocedores empíricos del poder su-
gestionador de las palabras, la nueva
generación de psiquiatras influidos por
el creciente avance del cognitivismo y el
conductismo busca eliminar la palabra
del paciente, a la que el psicoanálisis
daba —desde el punto de vista de la

psiquiatría— excesivo valor. (p. 44)

Los trabajos de este libro son congruentes en mostrar que el giro de la psiquiatría a favor de una prevalencia de la nomenclatura norteamericana responde a la influencia de tres corrientes dominantes en la segunda mitad del siglo XX: el conductismo, la genética y la farmacología. De acuerdo con la primera, las enfermedades mentales pasan —a partir de la sintomatología— a ser organizadas y clasificadas en trastornos de conducta que pueden ser tratados mediante los avances de la tercera fuerza implicada: la farmacología, sostenida por las transnacionales de los laboratorios. A su vez, la clasificación de los trastornos crece de manera exponencial (casi ochocientas páginas...) puesto que la observación de la conducta, medida en relación con una supuesta (y subjetiva) «normalidad», puede arrojar resultados novedosos. En tiempos de mercado, los consumidores y los que partiendo del deseo de consumo se transforman en adictos pueden alimentar muchas páginas con trastornos de adicción a... (ejemplos varios: computadora, chat, páginas web de cualquier tipo, etc.), y cualquier «trastorno» bien puede ser tratado con medicación y, oportunamente, también con terapias del comportamiento.

Un comentario especial merecen los trabajos centrados en los capítulos del DSM dedicados a primera infancia, niños y adolescentes. Remito al inicio del texto de

Esperanza Pérez de Plá, médica psiquiatra y psicoanalista uruguaya radicada en México desde hace años, que escribe desde sus cuarenta años de experiencia en clínica de niños y, en particular, en atención a la psicosis y el retardo mental. Dice Esperanza: «Pocos capítulos del DSM resultan tan confusos en sus criterios y graves en sus consecuencias como el de los “Trastornos de inicio en la infancia, la niñez o la adolescencia”». Señala, a continuación, dónde se encuentran las mayores dificultades, conducentes a errores en la atención de niños con padecimientos psíquicos:

primero, la creación y uso frecuente de ese gran saco llamado «Trastorno generalizado del desarrollo no especificado» y segundo, la ampliación en nuestro medio de la categoría de «autismo» para pasar al de «espectro autista» con gran acuerdo y adjudicación de casos a este trastorno. (p. 234)

Más adelante, ilustra:

ví crecer [...] la influencia del DSM en el medio psiquiátrico. Percibí muchas veces con alarma cómo este manual se había convertido en el instrumento explicativo de una serie de diagnósticos muy discutibles y casi siempre excesivos para mis criterios, con la consiguiente etiquetación, mal pronóstico y prolongada medicación de innumerables niños. [...]

Todo esto me ha hecho perder la confianza en el modo de diagnosticar e indicar tratamiento en la psiquiatría actual y en particular en la paido-psiquiatría y ha radicalizado mi posición. (p. 236)

En su trabajo «El tema de la psicosis en la infancia, su diagnóstico y tratamiento frente a la “desaparición” de la nosografía actual», Leda Mariza Fisher Bernardino complementa lo expresado por E. Pérez de Plá (p. 275); Fisher Bernardino se refiere al proclamado «ateoricismo» de los autores del DSM (en ese caso, se está refiriendo al III) como recurso para dejar de lado las discusiones referentes a la etiología y «abrir el camino para el retorno y el ascenso de la psiquiatría biológica», agrega también que al dar prioridad a los estudios epidemiológicos y estadísticos, «dio prioridad a la investigación experimental, de gran utilidad tanto para la industria farmacéutica como para las empresas de seguros en el área de la salud» (p. 280).

He anotado acá algunos puntos de impacto de este «libro negro de la psicopatología contemporánea», que no son los únicos; jerarquicé algunos puntos en detrimento de otros igualmente importantes y sumamente interesantes, como el capítulo de Adolfo Benjamín «El sexo del DSM-IV: Sobre la psiquiatrización de la vida sexual humana», que no tiene desperdicio. Este comentario es, entonces, fragmentario; para hacer justicia al libro, hay que leerlo

y acompañar a los autores en sus análisis críticos del manual que —como en algún momento dicen— ha logrado «la globalización de la psiquiatría norteamericana». Ellos son Guillermo Izaguirre, Jorge Bekerman, Silvia Fendrik, Ricardo Goldenberg, Germán García, Graciela Esperanza, María

Rita Kehl, Domingos Paulo Infante, Alfredo Jerusalinsky, Marie Christine Laznik, Nilson Sibemberg, Ana Costa, M. Cristina M. Kupfer, Adolfo Benjamín, Elsa Coriat, Esperanza Pérez de Plá, Leda Mariza Fisher Bernardino, Ángela Vorcaro, Diana A. Jerusalinsky y María A. Terzaghi. ♦

El Bar de Freud, una experiencia *queer*



MATÍAS NAGI¹

LA IDEA

El pasado 10 de mayo, en el subsuelo del Nuevo Bar Rodó, se llevó a cabo por primera vez en nuestro medio el Bar de Freud, una iniciativa relativamente reciente de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA, por sus siglas en inglés) y cuyos orígenes se remontan a la propuesta de un analista de origen sueco, David Clinton (Sociedad Psicoanalítica de Suecia) para la extensión del psicoanálisis. Consiste en crear un ambiente informal y amigable a jóvenes y estudiantes, dándoles la oportunidad de encontrarse con analistas y conocer la perspectiva psicoanalítica acerca de temas que sean de su interés. Naturalmente, en cada ciudad donde la iniciativa fue desarrollada tomó un cariz diferente, fue mutando. Fue realizada en librerías, bares y cafeterías, abordando temáticas

tan diversas como el insomnio, los sueños, el hockey, el vínculo del psicoanálisis con el arte y más. De manera que, cuando nos propusimos realizar la experiencia a nivel local, sentimos una gran libertad, pero también un gran compromiso en lo referente a la elección de un tema y un contexto adecuados.

EL LUGAR

El bar Rodó se encuentra en el corazón de la zona de bares y restaurantes frecuentados por gran parte del público universitario y joven. Si nos proponíamos acercar el psicoanálisis a los jóvenes, este establecimiento nos daba la posibilidad de hacerlo. ¿Pero por qué un bar, y no una librería o un centro cultural?

Pensamos en el lugar del bar, en tanto lugar histórica y culturalmente relacionado con la circulación libre de saberes, de encuentro y discusión abierta, donde pueda generarse un diálogo de iguales, en tertulia.

1 Candidato de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mnagi3@gmail.com

EL TEMA

Quisimos tomar un tema que resonara en los pasillos de la universidad, que generara debate actualmente, porque un tema en pleno debate es un tema abierto, un tema vivo, y, sobre todo, un tema que nos obliga, por así decir, a movernos hasta los márgenes de nuestra disciplina y su cuerpo teórico y de saberes. Y fue con todas estas consideraciones en mente que surgió la idea de abordar el fenómeno de los estudios *queer* (*queer studies*).

Claramente, en tanto movimiento político originado en la lucha de minorías — sexuales, pero no únicamente— por una reformulación de su lugar en el imaginario y simbólico de nuestro entramado social, los estudios *queer* proponen ir hasta el hueso en la reformulación del vínculo entre sexualidad e identidad. «Está en la base de la teoría Queer oponerse a cualquier intento de definición de una identidad anudada a una determinada opción sexual, desde cualquier discurso en lo social, dado que toda ficción identitaria genera procesos de exclusión y marginalización», nos aporta Hugo Gordo en el prólogo a *El cuerpo Queer*², y agrega, categóricamente: «Las categorías de identidad tienden a ser instrumentos de regímenes regularizadores».

Estas afirmaciones, como tantas otras con las que nos encontramos al comenzar a profundizar en la temática, nos resultaron provocadoras. Sentimos que de alguna manera nos interpelan en nuestro saber, aunque más no sea por el hecho que todo saber —y, en especial, todo intento de saber acerca de la peripecia humana de ser— es un saber que moja sus pies más o menos implícitamente en las aguas de la política. El psicoanálisis, como disciplina humana, es un producto social y tributario de su tiempo. Pero, entonces, ¿cómo nos paramos los psicoanalistas frente a estas propuestas? y ¿hasta qué punto estamos conscientes de las matrices normativas presentes en nuestro pensamiento y nuestra escucha, tanto en su estado emergente como como dominante?

El tema daba lugar al debate, provocaba pensar. Nos hicimos entonces la pregunta acerca de quién podría hacer una «presentación» del tema. ¿Quién en nuestra institución sabe sobre esto? Finalmente, nos pareció que lo más interesante sería poder correremos de ese lugar de presentar un determinado saber acerca de la temática. En vez de ello, propongamos un debate, invitemos a pensar acerca de ella junto con otros «sabedores» provenientes de otras tiendas disciplinares, instituciones psicoanalíticas o no, de franjas etarias diversas.

Así planteado, este encuentro con lo novedoso también nos generó algo de

2 Allouch, J. et al. (2015). *El cuerpo Queer: Subvertir la hétero-normatividad*. Buenos Aires: Letra Viva.

miedo, en la medida que nos confrontó con nuestro no-saber, algo para lo que los analistas pretendemos estar —si todo sale bien— bastante preparados.

LA DINÁMICA

Elegimos presentar la dinámica a través de una serie de disparadores: lecturas de fragmentos de obras literarias (*Testo yonqui*, de Paul Beatriz Preciado), una carta de Freud, fragmentos de entrevistas (a la Dra. Michelle Suárez Bertola, abogada, activista del colectivo Ovejas Negras), música («A mi manera», del grupo uruguayo Buenos Muchachos), entre otros.

A partir de allí, se dio lugar a la discusión: de a poco, el micrófono comenzó a circular entre las mesas y se generó una combinatoria heterogénea de puntos de vista, opiniones y preguntas formulados por estudiantes, psicoanalistas, psicólogos, médicos, psicomotricistas... Todos tuvimos

la oportunidad de escucharnos. Entre colegas, nos sorprendimos gratamente por la posibilidad de intercambiar en un formato externo al circuito de jornadas y actividades científicas, muchas veces restringidas en convocatoria y puntos de vista, en tanto que el público más joven valoró positivamente y con entusiasmo el haber sido bien recibido, el poder encontrarse con analistas en un contexto diferente al que desde el imaginario social se nos ubica. Recibimos puntos de vista críticos que aceptamos y abordamos sin generar una lógica confrontativa. Planteamos preguntas que pensamos que podrían aportar, enriquecer la comprensión de la temática. Pudieron escucharnos pensando psicoanalíticamente.

De quienes se acercaron a la actividad, pudieron entrar unas ciento cincuenta personas, en su gran mayoría, estudiantes jóvenes. Afuera quedaron alrededor de cincuenta con ganas de entrar, preguntando acerca de la próxima fecha del bar. ♦

RESEÑA DEL LIBRO

*Paco, entre la violencia y la piedad*¹



MARTA LABRAGA DE MIRZA²

Este libro reciente de Daniel Gil nos permite retomar, a partir de la figura de nuestro escritor, los temas centrales de su reflexión, que fueron apareciendo a lo largo de una obra gestada en años de estudio y transmisión, fundamental para mi generación y otras hasta el presente. Su pensamiento y subjetividad como psicoanalista y como pensador de la cultura y las mentalidades están presentes en su escritura sobre Paco Espínola, que fue un escritor al que admiró y quiso a lo largo de toda su vida.

Nuestro cuentista, el narrador de *Sombras sobre la tierra*, del *Saltoncito* compañero de los niños escolares, de cuentos memorables y de *Don Juan el Zorro*, entre tantas otras obras, es evocado por Daniel Gil a través de lecturas que lo acompañaron siempre. Y en especial en este libro, Daniel Gil despliega el lugar que tuvo para

él el hombre escritor, Paco, su literatura y su vida, unidas con su historia familiar, con el mundo que le precedió, el de su padre, amigo entrañable del escritor.

El prólogo, titulado «Retorno a los orígenes», señala que si bien el libro se centra en los años de la producción literaria de Espínola, lo que se desprende de la lectura es la recreación «de su origen, de su crecimiento y de sus compromisos, todo lo cual se sintetizó en una literatura que marcó profundamente a la cultura uruguaya». Daniel Gil aparece escribiendo desde un lugar complejo de enunciación, atesorando «la existencia de un San José que ya no existe», de donde provenían su familia y la de Paco, que era en su infancia «un tío más». Luego de su formación y su carrera de médico, fue también quien atendía al escritor en sus años enfermos y siempre mantuvo la profunda lectura de su obra. Pero, sobre todo, el lugar que muestra y desde el que escribe es el de testigo, el que ve y oye las historias vivas de lo familiar en sus fragmentos y el que va leyendo la narrativa magnífica del escritor.

1 Gil, D. (2015). *Paco, entre la violencia y la piedad*. Montevideo: Banda Oriental.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. martalabraga@gmail.com

El libro contiene por eso la presentación del San José de la época de Paco (cap. 1); ya entrado en la modernización después de las Revoluciones de 1897 y 1904 (cap. 2); don Paco, el caudillo, padre del escritor (cap. 3); y los capítulos centrales (4, 5, 6 y 7), dedicados a los años de creación de Paco, a los extremos de las pasiones, a los perfiles de la mujer, entre los que se destaca el capítulo «La/s figura/s del padre en la obra y en la vida de Paco Espínola».

La formación y la experiencia psicoanalíticas de Daniel Gil aparecen trazando el hilo conductor del libro, que se encarna en los personajes y las escenas de la obra del narrador y lo lleva a desarrollar su reflexión constante sobre el nudo de violencia que somete a los hombres entre sí y la piedad que a la que está unida cuando los seres son excepcionales. Las fuentes del libro son la literatura y los lazos familiares y sus pasiones, y la práctica psicoanalítica como posición para pensar su vida, las mentalidades y los hombres en sociedad.

Destacamos los modos en que Daniel Gil rescata, de los diferentes cuentos y novelas, las formas de violencia entre los hombres, los caminos del deseo y la ley articulados en la «cuestión del padre» y su captación del entorno, que va más allá del papel del estudioso de literatura y del psicoanalista, implicando al lector en un recorrido por una historia que reúne familias y filiaciones. Su historia familiar compartida

con «su» Paco se vuelve presente en evocaciones y, sobre todo, en reconstrucciones de un tiempo histórico que no conoció pero que le acerca la gran obra de investigación y ensayística de su reconocido y querido amigo José Pedro Barrán.

En el libro aparecen los márgenes de la disolución y de las fracturas del largo final del patriarcado, que en su estudio de las mentalidades J. P. Barrán llamó las culturas «bárbaras» que lo mantenían y su transformación prolongada en el tiempo, hacia la «sensibilidad». Daniel Gil muestra de qué modos la narrativa de Espínola pone en escena diferentes rasgos del «padre»: el pasaje del padre patriarcal al padre paternal que se da a través de muchos cambios culturales y episodios históricos desde el lugar de la mirada psicoanalítica. En ese pasaje, destaca Daniel Gil, es sin duda central la transformación social, cultural y política del lugar de la mujer en la sociedad desde el XIX hasta el XX, y la concepción del género y de las familias.

Si cada obra contiene sus claves de lectura y le devela al lector sus condiciones de enunciación, cómo puede ser leída y en qué sentidos, evocamos la afirmación de Agamben (2007)³, que dice que en cada libro hay algo como un centro escondido al que queremos acercarnos y encontrar,

3 Agamben, G. (2007). *Estado de excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

y a veces evitar, y que por eso se escribe ese libro. En este caso, el núcleo del libro no está escondido, sino cercado y buscado todo el tiempo, aunque sea imposible agotarlo, porque lo que surge como central es la relación de paternidad y los paralelismos entre alguno de los personajes con el escritor y su intimidad. Daniel Gil explora en sus comentarios todo lo que se le aparece como fuente de sufrimiento unido a pasiones contradictorias que se muestran en sus personajes y en las reflexiones permanentes del mismo narrador. Paco Espínola es ejemplar en esto porque nunca renuncia a dar su visión e interpretación sobre la escena narrada o sobre el personaje. En su narrativa hay siempre presentación del diálogo entre los personajes; no renuncia a una teatralización del mundo que nos muestra, y en seguida da una opinión o una explicación desde un lugar extrínseco al de narrador y que subtiende un diálogo con el lector, una oscura complicidad, una búsqueda de comprensión que Daniel Gil señala, a su vez, como su deseo guía al escribirlo.

La complejidad de las relaciones de filiación y la «figura del padre» son hilos conductores que, como en libros anteriores, son «hitos y sus mitos» que retoman concepciones de Freud y de Lacan. Se recorre el establecimiento en el sujeto de las identificaciones, de los ideales y de las formas temibles y oscuras del superyó o de la ley y la culpa, el pecado, la falta.

Esas violencias que nacen de las contradicciones profundas en que se hunden muchos de los personajes de Paco tienen su contracara inseparable en la culpa, la necesidad de autocastigo, las formas de la tortura, la angustia y la ambivalencia. No faltan las formas de los afectos que acercan a los hombres entre sí, la solidaridad, la compasión y lo patético de la vida humana desde su finitud, que conducen a la concepción de la piedad. La mirada analítica explora los ideales, las luchas y la identidad del padre de Paco (don Paco) y sus efectos en el escritor; el lugar del conflicto entre la maldad y la bondad, el deseo y la ley, y las formas de las violencias contra los hijos y contra las mujeres. Uno de los ejemplos centrales es el personaje de Juan Carlos de *Sombras sobre la tierra* que lo llevan a evocar *La degradación de la vida amorosa* de Freud. Los ideales terribles y sus exigencias en épocas como las del siglo XIX en Uruguay y sus revoluciones «bárbaras» y del mundo de las patriadas y los caudillos, y los del siglo XX con las guerras mundiales y el Holocausto fueron el horizonte de referencia para la narrativa de Paco.

Como en la Dedicatoria de Fausto y como «sombras queridas», aparecen las figuras de la historia y de las familias, en las que el escritor es evocado a la vez como un joven en relación con don Paco, el padre, con quien quería identificarse como caudillo aun forzando su desear,

y también como viejo y sabio creador de sus personajes.

Maduro testigo reflexivo de subjetividades en conflicto, Daniel Gil también selecciona recuerdos y fantasías propios, articulándolos con las elaboraciones teóricas del psicoanálisis y del estudio de las mentalidades.

Aunque las historias de las mentalidades, los estudios críticos de una obra

literaria, los ensayos sobre los rasgos de los personajes, la teoría literaria nos llevan a las interminables perspectivas, posturas y debates sobre la relación vida y obra en el acercamiento a los escritores, este libro nos conduce a la transferencia con las letras y la escritura, y sorteando los riesgos de la extraña y permanente relación entre el psicoanálisis y la literatura. ♦

RESEÑA DEL LIBRO

Freud con los escritores¹

Freud nuestro contemporáneo: las letras y sus retornos



MARTA LABRAGA DE MIRZA²

Este libro nos acerca nuevamente la palabra y la investigación de dos analistas con quienes hemos estado «en transferencia» a lo largo de nuestra experiencia analítica y que han influido en generaciones del Río de la Plata por el modo en que sus textos abren las fronteras del psicoanálisis y lo hacen un pensamiento y una práctica de la contemporaneidad. Estos dos psicoanalistas y escritores, Edmundo Gómez Mango y J. B. Pontalis, desde un hoy abismado por el desastre de las guerras y las injusticias sociales recrean el contexto fundador del pensamiento de Freud a través de un recorrido por sus autores preferidos mostrando el lazo de Freud con ellos y, al mismo tiempo, la intimidad del creador: su trabajo con el lenguaje, de dónde surgió su teoría y su nueva forma de pensar la cultura desde el «malestar» y el dolor del sujeto en sociedad.

El analista habla y escribe en relación con el tiempo en el que le toca vivir, pero también mantiene un lazo con los escritores de otros contextos, autores de ficciones literarias y psicoanalíticas con los que la lectura hace lazo de transmisión, desde Freud mismo. Lo que los acerca es *lo contemporáneo* que solo algunos, y no solo los clásicos, pueden provocar. Este libro muestra ese encuentro transferencial desde donde *lo contemporáneo* de Freud y de algunos escritores nos habla, a partir de autores como Shakespeare, Goethe, Heine, Hoffmann, con los que Freud escribe su obra; ellos tienen el poder de concitar de modo inagotable *lo oscuro* del presente de cada lector y hacer percibir la claridad que aún no llega. El poeta sería siempre nuestro contemporáneo porque fija su mirada sobre su tiempo; como dice Agamben (2008), ve «la sonrisa loca de su siglo» (p. 19; traducción propia), «percibe no sus luces sino la oscuridad [...] las tinieblas del presente [...] su sombría intimidad» (p. 19; traducción propia). Estos analistas

- 1 Gómez Mango, E. y Pontalis, J. B. (2014). *Freud con los escritores*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- 2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. martalabraga@gmail.com

apasionados de literatura y psicoanálisis leyendo a Freud nos sorprenden con un enfoque diferente de la *deuda* que el fundador reconocía con la literatura. Su efecto es hacer aparecer diferentes «Freud» en su relación con las letras, lo que *retorna* de ellas, el contexto de su creación, sus ideas en estado naciente. ¿Qué de Freud y de su intimidad subjetiva se desprende de sus citas? ¿Qué escritores elige? Surgen sus diferentes perfiles: el Freud *escandaloso* o el *normativo*. El libro nos introduce en distintas bibliotecas: la de Freud y sus lecturas, y las de los autores y sus variados intereses.

Destacaré solamente algunas ideas centrales acerca de qué escucha y qué lee un psicoanalista, y cómo se revelan «las palabras bajo las palabras», título del libro de Jean Starobinski (1971) sobre los anagramas de Ferdinand de Saussure. A Starobinski está dedicado este libro, y eso abre un universo de crítica literaria *desde La relation critique* de 1970, deslumbrante acercamiento a *Hamlet* y a *Edipo*, y a las fronteras móviles entre psicoanálisis y literatura.

La oposición en Freud —entre la vertiente poético-estética y la investigativa; entre el *Dichter*, poeta y creador de fantasías, y el *Forschter*, investigador y explorador del pensamiento— opera como hilo conductor de los capítulos. Al mismo tiempo, la elección de escritores está guiada por su relación con el saber y la libertad, por su renuncia a la ilusión religiosa y a

las formas engañosas de la idealización, buscando entender las motivaciones pulsionales, con ese giro epistemológico que hace el psicoanálisis con su dimensión del inconsciente.

Entre los escritores admirados por Freud están, en primer lugar, los de su lengua materna —Goethe, Schiller, Heine, Hoffmann—, pero también de otras lenguas —Shakespeare, Dostoievski y Cervantes³. A mayor distancia de la lengua de origen, mayor ambivalencia de Freud con el autor. La cercanía en edad y el conocimiento personal del escritor hacían crecer esa distancia, como con Schnitzler o con Zweig. Con las lecturas cuidadosas que realizan los autores se muestra cómo Freud, enfrentando sus propios olvidos o actos fallidos al citar, confirma sus teorizaciones sobre la represión, las identificaciones especulares y las rivalidades. Algunos conceptos teóricos quedan unidos a metáforas de Schiller y de Goethe, en quienes el teorizar y el poetizar van juntos, y cita siempre a Goethe por su doble filiación: búsqueda científica y popularidades románticas⁴. La ética de estos escritores era su estética de libertad de

3 Aprende especialmente español para leer directamente *El Quijote*.

4 Goethe lo deslumbra desde la juventud como poeta del Sturm und Drang, movimiento prerromántico (1777) y tiempo de su *Urfaust*, con su exaltación afectiva y pulsional.

creación y de pensamiento, ideales de la Modernidad y la Ilustración con su empuje al saber. Pero Freud, que los admira, se pone a salvo de los riesgos de la exaltación de la Naturaleza, lo Bello o lo Sublime, que llevó al uso de estos escritores en una «estetización de la política que va a desembocar en el mito nazi» (Lacoue-Labarthe y Nancy, 1991/2002, p. 77).

Los autores subrayan que lo que Freud privilegiaba era un conocimiento laico que libere el pensamiento de los hombres de los prejuicios culturales y religiosos los que impiden a los hombres «su bien máspreciado, la sexualidad» (p. 59). Los prejuicios promueven las *servidumbres voluntarias* y las sumisiones, con el riesgo del *culto al héroe*, desde la antigüedad al Führer. La racionalidad desencantada y escéptica de Freud ve al hombre sometido a sus vasallajes, pero luchando contra la seducción de los *finés superiores*, fuente del fanatismo y sus trampas imaginarias.

Así, admiró el humor satírico y la exaltada búsqueda de libertad de Heine, y la persecución, la guerra, los exilios, junto a la inventiva de lenguaje y los juegos de ingenio (*Witz*) hicieron de él un «compañero» espiritual con quien compartir también el laicismo, como cuando Heine llama a Spinoza mi «co-irreligionario», mi compañero de incredulidad. Freud se apoya en él en la primera parte de su obra, con el fenómeno de la represión y de lo inconsciente produciéndose en el lenguaje, *fuera* de la

conciencia oficial. El *Witz* y el juego de imágenes de los sueños «se confunden con el impulso mismo de la poesía».

En una vertiente distinta se ubica Hoffmann, sobre quien Freud (1919/1992) escribe un ensayo excepcional, *Lo ominoso* (lo no familiar, la inquietante extrañeza). «Verdadero diálogo de Freud, el pensador, con la Dichtung, la actividad y la fuerza “poiética” de la lengua» (p. 81), dice Edmundo Gómez Mango. Freud recorre las traducciones de *Umheilige* destacando la *extrañeza* inquietante *entre* las lenguas. En su comentario de «El hombre de arena» encontramos ese *hilo rojo* que recorre el psiquismo desde las huellas de lo infantil, lo sexual reprimido y la angustia de castración hasta la otra angustia de aniquilación y la locura frente al «íntimo extranjero que nos habita» (p. 86).

Al escribir sobre Freud con Shakespeare, J. B. Pontalis se sorprende de que Freud haya descreído de la autoría de Shakespeare por su origen tan humilde, y allí le parece encontrar ese aspecto desconocido y extranjero de Freud para sí mismo:

He aquí a Freud gozoso. Como si al cambiar el nombre se hubiera librado de algún modo de su rival. ¿Freud asesino? Plus de satisfacción; Freud en cambio, no tiene dudas sobre su paternidad: es el pater certus del psicoanálisis [...] La causa, la Cosa es la suya. (p. 31)

Aquí se condensan las nociones de *deuda*, culpa, filiación, parricidio, y agregamos que en ese tiempo de desencanto y amargura frente a la repetición de lo patético de lo humano, Freud pudo sentir la impotencia melancólica del arte y de su propia obra⁵.

En el caso de Dostoievski, ambos autores encuentran cuestionable también la postura freudiana que llega a hacer «psicoanálisis del escritor» (p. 115 —en su texto «Dostoievski y el parricidio»), y aunque Freud admira al novelista, toma la postura de biógrafo enjuiciador y le llama «pensador moralista» (p. 116) y «jugador neurótico» (p. 116).

Con algunos escritores la proximidad podía volverse atemorizante, como ocurre con Thomas Mann, Schnitzler o Nietzsche, y tendría que ver con el temor a las influencias y a las semejanzas. J. B. Pontalis evoca la literatura de Schnitzler, con quien Freud toma distancia por sentirlo casi un «doble» que le acentúa el temor a la muerte, el quiebra del concepto de realidad, las rupturas de la mimesis, la crisis de la representación que nunca terminará hasta nuestros días y que el surrealismo muestra tan bien con el paso al valor de lo fragmentario, del deseo, a la *sobre-realidad* del sueño. Freud mantendrá su gusto por los escritores que aspiren a un

equilibrio, que después del extravío restablecen un «orden».

Queda abierta aún hoy la interrogante sobre cuál es la referencia mayor para la obra de Freud: ¿subrayamos el diálogo con el filósofo y con los pensadores de ciencias humanas o argumentamos que el *Dichter*, el poeta, es un interlocutor privilegiado de Freud? La polaridad de este diálogo, que ha dividido las corrientes del psicoanálisis hasta el presente, se revela también, por la riqueza de la escritura misma, en las perspectivas y los estilos diferentes y complementarios de los dos autores del libro y su fecundo trabajo. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2008). *Qu'est que le contemporain*. París: Rivages Poche.
- Freud, S. (1992). Lo ominoso. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17, pp. 215-252). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Lacoue-Labarthe, P. y Nancy, J.-L. (2002). *El mito nazi*. Barcelona: Anthropos. (Trabajo original publicado en 1991).
- Starobinski, J. (1996). *Las palabras bajo las palabras: La teoría de los anagramas de Ferdinand de Saussure*. Barcelona: Gedisa.

RESEÑA DEL LIBRO

Freud: En su tiempo y en el nuestro¹



MARIO DEUTSCH²

Munida de las herramientas historiográficas novedosas del acceso a archivos y correspondencia de Freud hasta ahora inéditos, Roudinesco nos invita a un viaje histórico de largo aliento, a la vez temporal y geográfico, íntimo y político, clínico y teórico, tras la pregunta siempre renovada: ¿Quién fue Freud? ¿Cómo Freud llegó a ser Freud? ¿Quién es Freud para nosotros?

Para ello, divide el libro en cuatro partes, que empiezan por ubicarnos en la *Mitteleuropa* del siglo XIX y la vida de las comunidades judías (la *Yiddishland*), en cuyo seno se nos recorta el linaje Freud y adviene Sigmund (1ra. Parte: «Vida de Freud»), hasta terminar en la hecatombe del ascenso y la imposición del nazismo en Alemania, Austria y luego el resto de Europa, y el refugio y el final de la vida en Gran

Bretaña (4ta. Parte: «Freud en los últimos tiempos»). Entre ambos tiempos —en ese mundo, primero vienés, luego europeo y pronto a la conquista de América—, el crecimiento y la consolidación de su posición y del universo epistémico que abre (2da. Parte: «Freud, la conquista»; 3ra. Parte: «Freud en su propia casa»).

Freud producto y productor de la Europa de su tiempo y más allá; Freud construyendo y gobernando (no sin las alternativas institucionales y políticas del caso) una institucionalidad psicoanalítica cada vez más extensa y compleja, y —no menos que el resto del mundo— sujeto de grandezas y miserias a la hora de enfrentar los dramáticos dilemas de su tiempo; Freud lúcido y miope frente a las realidades sociales y políticas del mundo en el que vivía; Freud y el peso singular en su persona y su obra de la condición y la herencia siempre problemáticas de su judaísmo.

Tal, una parte del recorrido que se nos invita a hacer en una urdimbre en la que vida y obra, biografía y pensamiento, están siempre imbricados.

1 Roudinesco, E. (2015). *Freud: En su tiempo y en el nuestro*. Barcelona: Debate.

2 Candidato del Instituto Universitario de Postgrado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. edeu8@hotmail.com

Roudinesco nos presenta su investigación a la manera de los casos de Freud: como novela; la novela de un siglo que nos implica y nos sigue interrogando, y lo hace con un estilo coloquial que no ahorra las complejidades de la materia que trata. ♦

RESEÑA DEL LIBRO

*A cada cual su cerebro: Plasticidad neuronal e inconsciente*¹

*La hora de las huellas*²:
¿Una nueva biología del inconsciente?



GABRIELA LEVY³

Este libro es fruto de un encuentro. Encuentro entre dos campos: psicoanálisis y neurociencias. Encuentro también entre dos personas: un neurobiólogo con experiencia psicoanalítica personal [Pierre Magistretti] y un psicoanalista dispuesto a incorporar lo que otras disciplinas pueden enseñar al psicoanálisis [François Ansermet].

Así empieza *A cada cual su cerebro: Plasticidad neuronal e inconsciente*, ambicioso trabajo que, sin dejar de reconocer las especificidades de las neurociencias y del psicoanálisis, busca discutir los posibles puntos de intersección de estos dos campos del conocimiento. Procura repensar los

conceptos de inconsciente y pulsión a la luz de los más recientes aportes de la neurobiología sobre la plasticidad neuronal⁴. Estos estudios, sostienen los autores, establecen que los vectores de transferencia de información entre neuronas (las sinapsis) son remodelados permanentemente

1 Ansermet, F. y Magistretti, P. (2006). *A cada cual su cerebro: Plasticidad neuronal e inconsciente* (L. Fóllica, trad.). Buenos Aires: Katz. (Trabajo original publicado en 2004).

2 Título de una obra del escultor surrealista suizo, en el cual los autores pensaron al inspirarse para titular este libro. Giacometti, A. (1939). *La hora de las huellas* [escultura]. Londres: Tate Gallery.

3 Analista en formación, Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gabrielalevycopeello@gmail.com

4 El premio Nobel de Medicina de 2000 fue otorgado a Éric Kandel por sus aportes sobre la plasticidad neuronal. E. Kandel es autor también de artículos sobre psiquiatría, psicoterapia e psicoanálisis en el *American Journal of Psychiatry* y *Journal of Neuropsychiatry & Clinical Neurosciences*.

en función de la experiencia perceptiva y afectiva de cada individuo, lo que permite una aproximación inédita entre psicoanálisis y neurobiología alrededor de la noción de singularidad (psíquica/neuronal) del sujeto. La plasticidad neuronal participaría así de la emergencia de la individualidad del sujeto. Esta constatación por parte de las neurociencias no es menor una vez que pone en relieve la experiencia como determinante en el devenir del sujeto, alejándose, por lo tanto, de un determinismo genético exclusivo. Como afirman los autores: «La plasticidad sería, entonces, ni más ni menos que el mecanismo por el cual cada sujeto es singular y cada cerebro, único. ¡De allí el título de este libro: *A cada cual su cerebro!*» (p. 15).

El punto de partida que fundamenta esta reflexión, como veremos más adelante, se centra en la hipótesis sostenida por Ansermet y Magistretti sobre un puente posible entre huella sináptica, huella psíquica y significativo. Otro punto importante sostenido por los autores es la relación entre realidad interna inconsciente y estados somáticos. Así, a partir de las investigaciones en neurobiología sobre la teoría de los marcadores somáticos, buscan problematizar el concepto de pulsión tal como es propuesto por Freud y pensar los complejos mecanismos a través de los cuales las huellas psíquicas registradas en la red sináptica se asocian a los estados somáticos.

Se puede decir, por lo tanto, que uno de los mayores desafíos del libro es, justamente, traer a la discusión la idea de un posible estatuto biológico del inconsciente y de la pulsión a partir de intuiciones e hipótesis de Freud que la biología de su tiempo no podían validar, pero que los resultados experimentales de la neurobiología contemporánea permiten repensar de una manera más productiva. Será entonces el desarrollo de este intento de integrar datos recientes de la neurobiología con estos conceptos *princeps* del psicoanálisis que buscaremos seguir en la secuencia.

F. Ansermet y P. Magistretti inician el libro subrayando en qué grado el tema de la plasticidad neuronal viene a romper la inconmensurabilidad epistemológica entre el estudio de las propiedades del cerebro y el análisis de los hechos psíquicos, y, en consecuencia, la tradicional oposición entre neurociencias y psicoanálisis. De hecho, las nuevas investigaciones neurobiológicas demuestran que las experiencias vividas por cada individuo dejan huellas en su red neuronal al tiempo que modifican la eficacia de la transferencia de información al nivel de las sinapsis. Esto significa que las conexiones entre las neuronas se encuentran continuamente modificadas tanto en el registro funcional cuanto en el estructural por las relaciones que el sujeto establece con su entorno externo, pero también con sus vivencias endopsíquicas y sus actos. Este hecho

implica un replanteamiento del secular dualismo entre lo orgánico y lo psíquico, y abre una nueva visión del cerebro como una red neuronal sometida a una dinámica permanente de cambios inducidos por experiencias particulares e imprevisibles de la existencia individual. *A cada cual su cerebro* —la neurobiología atestigua también hoy, tanto cuanto el psicoanálisis, el carácter único de cada sujeto, producto de la suma singular de sus experiencias vividas: lo psíquico, constatan los autores, afecta la materia cerebral dejando en ella huellas concretas, objeto de investigación de las neurociencias. El eje central de la reflexión de este libro es justamente el estrecho vínculo que estas nuevas investigaciones permiten establecer entre huella sináptica y huella psíquica.

Los autores llaman la atención sobre que el cerebro de forma casi instantánea percibe esas informaciones a través de los sentidos (tacto, visión, oído, olfato y gusto) y por intermedio de impulsos que circulan en las fibras nerviosas a una velocidad de 300 km/hora. Estas percepciones, nos dicen los autores, pueden dejar huellas en el sistema nervioso y volverse memoria. Además, los signos inscritos en los circuitos nerviosos remiten, también, al concepto freudiano de «signo de la percepción» de la *Carta 52*. Discuten, entonces, cómo los aportes recientes de la neurobiología han permitido dilucidar ciertos mecanismos celulares y moleculares en

que se basan los procesos de inscripción de este tipo de huella en la red neuronal, produciendo la formación de los recuerdos. Estos procesos de registro durable de la información sensorial en los circuitos neuronales dependen de una propiedad cerebral fundamental que es la plasticidad neuronal; es decir, la capacidad de los neuronas de modificar la eficacia con la que transmiten la información vía las sinapsis. Por lo tanto, las huellas sinápticas son huellas moleculares y celulares dejadas en los mecanismos más finos de conexión entre neuronas.

Para tener una idea de la complejidad del fenómeno, basta con decir que nuestro cerebro está constituido por más de cien mil millones de neuronas. Los mecanismos de plasticidad se centran en torno a la zona de contacto entre las neuronas, donde intercambian las informaciones: la sinapsis (conformada por una parte presináptica en la terminación del axón y una parte postsináptica en la espina de la dendrita). Cada neurona recibe aproximadamente diez mil sinapsis de otras neuronas, lo que nos lleva a hablar de un universo de mil billones de puntos de contacto por donde es procesada la información sensorial vehiculada por las fibras nerviosas. Además, la eficacia con la cual la información se transmite entre las neuronas por cada sinapsis es altamente modulada, variando a lo largo de la vida en función de la experiencia individual.

En la parte presináptica se encuentran vesículas que contienen miles de moléculas, los neurotransmisores, a través de los cuales las neuronas transmiten (por mecanismos eléctricos y químicos) sus señales en la hendidura sináptica. La primera posibilidad de modulación de la transferencia de información entre neuronas es dada justamente por la cantidad variable de liberación de estos neurotransmisores, que ocurre en función de la estimulación neuronal. Después, a nivel de la membrana postsináptica, los neurotransmisores son reconocidos por dos tipos de moléculas receptoras. Uno condiciona la excitabilidad variable de las neuronas que reciban la información, acentuando o disminuyendo de forma durable la acción fisiológica de un neurotransmisor. El otro tipo de receptor, además de reconocer los neurotransmisores, activa la formación de nuevas moléculas («segundos mensajeros») que controlan diversos procesos celulares modulando la reactividad y la densidad de los receptores postsinápticos, modificando así, de forma permanente, la transferencia de información en las sinapsis.

Todos estos mecanismos moleculares de regulación de la comunicación neuronal pueden causar modificaciones durables en la eficacia sináptica y, por lo tanto, inducen el registro de huellas asociadas a formas de aprendizaje y de recuerdos. De hecho, las neurociencias han demostrado que estímulos externos provenientes de la experi-

encia singular pueden activar en las neuronas condiciones moleculares (y también estructurales, como la duplicación de espinas dendríticas) que produzcan una facilitación durable en la transmisión sináptica estableciendo, así, las bases de los mecanismos fisiológicos de la memoria. Recientemente, estas investigaciones evidenciaron aun otros factores que parecen incidir en los mecanismos de plasticidad sináptica y, en consecuencia, de consolidación de la memoria a largo plazo, tales como factores de transcripción genética, fenómenos de neurogénesis o incluso la importancia de otros tipos celulares presentes en el cerebro, como las células gliales.

La formas de memoria sostenidas por estos diversos mecanismos de facilitación sináptica que operan en la comunicación interneuronal e inducen al registro de huellas de la percepción son formas de *memoria no consciente*. El empleo del término *no consciente* es deliberado, advierten los autores, ya que estos mecanismos no deben ser confundidos con el concepto freudiano de *inconsciente*. De hecho, se trata en este caso de una memoria procedimental y declarativa que produce, de hecho, una realidad psíquica interior, pero cuyos registros, a pesar de no conscientes, pueden ser fácilmente accesibles a la consciencia. Diferente, por lo tanto, del concepto freudiano de inconsciente, que implica, dicen los autores, que si la experiencia deja huellas, estas no son

accesibles de forma inmediata a la consciencia, además de ser transformadas notablemente a través de la multiplicidad y la diversidad de sus formas de inscripción psíquica, quedando muy lejos de su origen en acontecimientos vividos.

De hecho, las huellas registradas a través de los mecanismos de la plasticidad neuronal pueden ser sometidas a numerosos reajustes (fusión, deformación, fragmentación), asociándose de modo singular con otras huellas y haciendo que, al final, la realidad psíquica constituida por el conjunto de estas series de huellas metamorfoseadas y (re)combinadas prevalezca sobre la realidad externa. Si así es, constatan los autores, estaríamos frente a una aparente paradoja una vez que los propios mecanismos de registro de la experiencia alejaran el sujeto de la experiencia original que se pierde en el desconocimiento de «fantasías interpuestas»⁵ sobre huellas durables. Los autores propone entonces la hipótesis de que la producción de la fantasía inconsciente estaría también englobada en el proceso de registro neuronal de la experiencia vivida. Así, la inscripción, la (re) transcripción y la asociación de diferentes huellas serían efectuadas también por mecanismos de plasticidad sináptica. De este

modo, una parte de la realidad psíquica (fantasía) quedaría independiente de la realidad externa y sujeta a leyes propias que «parasitarían» la consciencia perceptiva del sujeto determinando sus producciones psíquicas y comportamientos. Esta esfera de la fantasía resulta, todavía, en un nuevo estímulo del aparato neuronal que toma el lugar del estímulo externo de origen. Así, el acontecimiento inicial cuya huella viene a marcarse en la organización de la red neuronal pasa a ser, en este caso, una percepción endopsíquica.

En este punto de la argumentación y con el fin de profundizar el acercamiento entre el concepto freudiano de inconsciente y las investigaciones neurobiológicas, los autores plantean una interrogante sobre el proceso de representación/memorización por intermedio de patrones específicos de facilitación sináptica. Sostienen que ciertas teorías neurobiológicas recientes (W. Singer) proponen un modelo del substrato neuronal de las representaciones en el cual conjuntos de características de las experiencias serían registrados bajo la forma de una activación sincrónica de grupos de neuronas organizadas en conjuntos funcionales coherentes. Estas redes de sinapsis facilitadas constituirían un tipo de cartografía neuronal de la experiencia de la realidad externa de cada individuo y, de este modo, un proceso de codificación de sus representaciones. Ansermet y Magistretti se preguntan entonces si este

5 Freud, S. (1988). Manuscrito M. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1897).

modelo podría ser aplicado también a las huellas psíquicas inconscientes constitutivas del escenario fantasmático del sujeto, cuya exploración está en el centro del enfoque psicoanalítico.

En el intento de responder a esta interrogante, recurren al modelo de la primera tópica freudiana (*Carta 52*), en la que en un extremo del esquema está la percepción, y en el otro, la consciencia. Entre ambos, Freud describe toda una serie de transcripciones sucesivas bajo la forma de huellas mnémicas que instaurarían los sistemas inconsciente y preconsciente, y que los autores consideran como sistemas de memoria fundados en la plasticidad sináptica. Ansermet y Magistretti proponen, entonces, asociar el «signo de la percepción» freudiano (o sea, la «huella psíquica», primera inscripción del modelo de aparato psíquico de la *Carta 52*) con el concepto neurobiológico de huella sináptica y asociar todavía ambos a la categoría lacaniana de *significante*.

Siguiendo el paralelo con el modelo freudiano, subrayan que las sucesivas retranscripciones de los «signos de percepción» pueden, por los mecanismos de plasticidad neuronal, asociarse y reinscribirse bajo la forma de nuevas huellas sinápticas, pero esta vez sin ninguna correspondencia con la realidad externa, es decir, de origen puramente endopsíquico. Así, la representación de los acontecimientos externos se registraría, en primer lugar, como puesta

en resonancia sincrónica de una red de sinapsis en la que se produce el fenómeno de facilitación. Ya en un segundo tiempo, nuevos conjuntos neuronales se formarían a partir de la asociación de esas huellas iniciales, constituyendo así metarrepresentaciones. Las huellas sinápticas primarias (significantes) procedentes de las representaciones guardadas de la experiencia vivida (significados) pueden así combinarse de manera diversa y constituir, a su vez, huellas secundarias (nuevas redes de significantes) que «parasitan» el polo consciente del aparato psíquico a través de la producción de nuevos significados sin vínculo con la realidad externa. Estos mecanismos estarían en el origen también de los escenarios fantasmáticos inconscientes que serían formas de significados constituidos a partir de esas nuevas asociaciones y recombinaciones de significantes, es decir, de huellas psíquicas/sinápticas secundarias.

Para consolidar esta hipótesis, los autores buscan profundizar sobre los mecanismos neurobiológicos que permitirían la asociación entre huellas primarias y la consecuente producción de nuevas huellas sinápticas. Para eso, procuran investigar el vínculo de los procesos neuronales subyacentes con la producción de representaciones y de estados somáticos involucrados en las emociones asociadas a estas representaciones. El énfasis recae, entonces, sobre los mecanismos que permiten

asociar representaciones y sensaciones corporales, o sea, sobre la memoria del cuerpo a partir de la teoría de los «marcadores somáticos» de A. Damasio.

La amígdala, zona cerebral localizada en la cara interna del lóbulo frontal, presenta —nos dicen los autores— un rol fundamental en la «transducción» de la percepción en emoción. Ciertas neuronas del núcleo basolateral de la amígdala reciben la información proveniente de los sistemas sensoriales primarios (visión, audición, olfato) y la a su vez la pasan a los sistemas neurovegetativo (por vía neuronal) y neuroendocrino (vía hipotálamo y hipófisis) determinando, así, los estados somáticos. De este modo, la zona amigdalina parece actuar sobre el estado somático en relación con las percepciones y los recuerdos de representaciones. Este estado somático es detectado, todavía, por ciertas áreas cerebrales de la corteza sensorial de la zona parietal y la información relevante transmitida por circuitos neuronales interoceptivos hasta la corteza prefrontal —áreas del cerebro implicadas en la constitución temporaria de representaciones (memoria de trabajo)— y se proyecta también hacia la región basolateral de la amígdala. Por intermedio de esta teoría, Ansermet y Magistretti procuran, por lo tanto, establecer las bases neurobiológicas que posibilitan la asociación de una percepción o evocación del mundo externo con la per-

cepción de un estado somático específico. Constatan que un estado somático puede verse asociado a una huella neuronal de la percepción de la realidad externa o a la huella de una imagen representada.

Los autores plantean entonces que la marcación somática de una huella sináptica puede ser transmitida a lo largo de sucesivas transcripciones de tal modo que, al final, se vea asociada a una huella secundaria, elemento de la realidad interna inconsciente (del escenario fantasmático). Siendo así, un estado somático estaría vinculado a una compleja serie de representaciones psíquicas derivadas, sin relación directa con la realidad perceptiva original. En consecuencia, dicen los autores, la fantasía inconsciente constituida por estas huellas secundarias inscritas en la red neuronal del sujeto pueden también ser activadas por estímulos externos, y así desencadenar la activación del estado somático asociado. Por lo tanto, la teoría neurocientífica de los marcadores somáticos ofrece también una base biológica para la teoría freudiana de la pulsión; pulsión concebida como interfaz dinámica entre escenario fantasmático (que vincula el sujeto al objeto causa del deseo) y estado corporal (excitación interna), implicando una búsqueda de descarga para restablecer un estado de homeostasis (satisfacción).

El comportamiento humano, subrayan los autores, aparece orientado por dos tipos de percepción que vienen a inscribirse

en la red neuronal en función de la experiencia vivida: percepciones de la realidad externa por los órganos sensoriales (asociadas al nivel cognitivo consciente) y percepciones procedentes de la realidad endopsíquica detectadas por las «vías interoceptivas» (sensaciones de placer/displacer asociadas con estados neurovegetativos o neuroendocrinos particulares). Ambas percepciones, alertan, están vinculadas a estados somáticos específicos, y las sensaciones endopsíquicas (vinculadas a la fantasía) no son en nada menos intensas que las percepciones de origen externo.

En este contexto, el comportamiento del sujeto puede ser motivado tanto directamente, por una construcción fantasmática y el estado somático derivado, como por una reactivación incidental de este estado somático que despierta la fantasía y busca su descarga pulsional. Así, una acción emprendida a partir de un estímulo externo puede también ser «parasitada» de manera intrusa y desviada de su objetivo inicial para descargar la tensión endopsíquica vinculada a una estimulación somática interna, o sea, de origen inconsciente.

Así, según los autores, los descubrimientos recientes sobre la función central del cerebro en el mantenimiento de la homeostasis somática (mecanismos de retroalimentación neuroendocrina, de regulación del metabolismo energético y otras) permiten —en la línea de los con-

ceptos freudianos de constancia e inercia— concebir el aparato psíquico también como un operador de homeostasis en la cual convergen las dimensiones somáticas (fenómenos energéticos de naturaleza cuantitativa) y psíquicas (representaciones de orden cualitativa registradas por la plasticidad neuronal). En este contexto, la pulsión, que conduce a una descarga de la tensión endopsíquica (displacer), podría ser pensada como un elemento de un dispositivo que contribuye al mantenimiento de la homeostasis del organismo.

El principio de placer tal como principio de inercia se asemejaría a un mecanismo de retroalimentación negativa dentro de un sistema autorregulado que tendría por función mantener las variables del medio interior en límites fisiológicos. En este contexto, el concepto freudiano de facilitación es vinculado por los autores al proceso de facilitación de la transferencia de información establecida por los mecanismos adaptativos de la plasticidad neuronal. De este modo, las facilitaciones utilizadas por el principio de placer para asegurar la descarga de la excitación endopsíquica (descarga pulsional) serían redes de huellas neuronales conectadas entre sí que formarían vías preferenciales. Sería, todavía, por la experiencia de satisfacción producida a través de la intervención del otro (desde el tiempo del *infans*) que estas huellas se inscribirían, estableciendo trayectorias de descarga

privilegiadas para la descarga pulsional. Desde este punto de vista, el principio de placer no solo es un principio de inercia, sino también un principio de repetición.

En la secuencia, los autores plantean la cuestión del destino de la descarga pulsional, considerando que la acción resultante de esta descarga se convierte en un estímulo percibido por el sujeto como proveniente de la realidad externa, mientras que tiene su origen en la realidad interna inconsciente. En esta perspectiva, el destino de la pulsión no tendría únicamente una función de protección (restablecimiento de la homeostasis fisiológica), sino también una función de percepción (señalización de las incidencias enigmáticas de la fantasía). El sujeto se encuentra, por lo tanto, confrontado a una división entre dos registros paralelos de percepción: el de la realidad consciente (procesos cognitivos, recuerdos, aprendizajes) y el de la realidad inconsciente (presión endopsíquica del escenario fantasmático). Frente a esta dualidad, la instancia reguladora del principio de realidad (proceso secundario) viene a modular la percepción procedente de la descarga pulsional o, más directamente, inhibirla. La acción y el pensamiento humanos, sostienen los autores, son producto indisociables de una dialéctica entre el principio de realidad, vinculado al consciente, y el principio de placer, vinculado al inconsciente. En este contexto, agregan, se puede considerar que el inconsciente

tiene una función biológica de supervivencia. Advierten, todavía, que sin este vínculo entre estados somáticos y huellas psíquicas de la fantasía, la descarga de excitación endopsíquica podría llevar al ser humano a un estado de desorganización y desubjetivación completa, a un *más allá del principio de placer*. En la perspectiva de los autores, el ser viviente tendería hacia la entropía máxima (la autodestrucción), y el inconsciente sería un dispositivo regulador y organizador de los estados somáticos en pulsiones inscritas en un sistema fisiológico apuntando al mantenimiento del medio interno y de la homeostasis.

Retomando la discusión de las implicaciones epistemológicas de la plasticidad neuronal, los autores plantean la necesidad de reconsiderar el concepto de determinismo biológico. De hecho, en una secuencia diacrónica, el mecanismo de la plasticidad, aunque sometido a imposiciones biológicas, reordena los circuitos neuronales de tal manera que un estímulo idéntico pueda inducir respuestas variables de acuerdo con el estado del sistema. Sin embargo, los autores subrayan que no se puede postular una ausencia de continuidad entre sucesivas inscripciones neuronales: una falta completa de continuidad no permitiría vincular estados psíquicos a estados somáticos, lo que implicaría una imposible identidad del sujeto. A partir de este planteo, vuelvan a oponer la realidad consciente —en la cual

lo que es adquirido de manera sincrónica es inscrito en la continuidad de una cadena diacrónica (el conocimiento sería construido de manera acumulativa a partir de relaciones sucesivas de causalidad)— y la realidad inconsciente de la fantasía —donde sincronía y diacronía pueden coexistir e invertirse. De hecho, el registro diacrónico de las huellas neuronales es siempre capturado por la arquitectura asociativa sincrónica que viene a constituir el escenario fantasmático. De esta manera, la fantasía aparece como una imposición estructural que viene siempre a encuadrar el procesamiento de la experiencia de la realidad externa: la determinación biológica del registro de las huellas neuronales estaría también articulada por las posibilidades imprevisibles de sus asociaciones.

En la hipótesis desarrollada por los autores, el cerebro constituiría, por lo tanto, un sistema dinámico y evolutivo en el cual diversos registros de informaciones —percepciones inmediatas, huellas mnémicas conscientes e inconscientes— estarían integrados a través de una «memoria de trabajo», asociando diversas áreas cerebrales localizadas en la corteza prefrontal para dirigir la acción del sujeto. Vimos, en una parte anterior del libro, la insistencia de los autores sobre rol fundamental de la amígdala en la vinculación entre huellas mnémicas y estados somáticos (su activación por los sistemas sensoriales, bien como su relación con los siste-

mas neurovegetativo y neuroendocrino). De hecho, esta región cerebral funciona, según ellos, como un tipo de «centro de tránsito» que pone en relación la percepción y su registro con la activación de respuestas corporales, al mismo tiempo que proporciona informaciones a la memoria de trabajo por medio de sus conexiones con la corteza prefrontal. La red neuronal, conectando la amígdala a los sistemas neurovegetativo y neuroendocrino, bien como a la corteza prefrontal, podría entonces constituir los lugares cerebrales donde las huellas psíquicas serían registradas y donde se asociarían para formar una realidad interna inconsciente que contribuiría a orientar el comportamiento. Así, como lo subrayan los autores, los datos actuales de la neurobiología parecen indicar que las huellas inscritas a nivel de la amígdala serían, desde el principio, inconscientes.

La memoria de trabajo no procesa solamente informaciones llegadas de la percepción de la realidad externa y recuerdos contextuales conscientes. La realidad psíquica interna —formada por conjuntos de huellas asociadas a estados somáticos específicos (como el displacer); es decir, el escenario fantasmático de cada sujeto— contribuye también, como fuente de estimulación interna, a alimentar la memoria de trabajo, influyendo así sobre nuestras percepciones y acciones. Los autores plantean entonces la cuestión de cómo la fantasía inconsciente es acti-

vada y se pone en juego en la memoria de trabajo. Su respuesta es que las huellas neuronales registradas a nivel de la amígdala pueden ser directamente activadas por un estímulo externo sin pasar por las áreas corticales sensoriales primarias que procesan las informaciones de forma consciente. De hecho, existe una vía neuronal directa del tálamo hacia la amígdala que pasa por afuera de la corteza cerebral y luego se conecta a los centros neurovegetativo y neuroendocrino, vinculando de forma inconsciente estímulos externos y estados somáticos. En este contexto, los autores insisten una vez más sobre la posición estratégica de la amígdala en los procesos de registro y reactivación de las huellas inconscientes y de las sensaciones corporales a ellas asociadas. Sería, según ellos, una vía neurobiológica por la cual un estímulo externo podría activar en el cerebro un escenario fantasmático con su estado somático asociado, resultando así en una activación de la pulsión en busca de descarga por medio de un objeto o una acción a fin de resolver la sensación de *falta* inducida por la fantasía inconsciente.

Los autores usan como ejemplo observaciones recientes de imágenes cerebrales funcionales (hechas por tomografía de emisión de positrones) de antiguos toxicómanos expuestos a videos vinculados con sus propias experiencias de consumo de drogas. Estas observaciones —nos dicen— presentan un aumento significativo

de actividad de la áreas cerebrales señaladas (amígdala y regiones frontales como la corteza cingular anterior) por su rol en la activación de los contenidos fantasmáticos. A partir de este ejemplo, vuelven a interrogarse sobre si la asociación entre huellas mnémicas y los estados somáticos activados en los circuitos amigdalinos por estímulos sensoriales externos pueden informar la memoria de trabajo y, en consecuencia, contribuir al desencadenamiento de funciones ejecutivas.

Para sostener esta hipótesis, es necesario todavía postular la existencia de conexiones entre la amígdala y la corteza prefrontal (que numerosos trabajos científicos han identificado como el sustrato neuroanatómico de la memoria de trabajo). Los autores afirman entonces que investigaciones recientes parecen comprobar que la amígdala (en particular, su parte central) transfiere informaciones a la memoria de trabajo por medio de proyecciones hacia dos de las divisiones de la corteza prefrontal (corteza cingular anterior y órbito-frontal). Además, otro bucle indirecto vincularía la amígdala con la corteza órbito-frontal, involucrada en la detección de los estados somáticos. Esto significa que una vez que la amígdala es activada por un estímulo sensorial, la corteza prefrontal recibiría las informaciones por dos vías; directamente, de la amígdala, o indirectamente, por aferencias que llevan informaciones sobre

el estado somático provenientes de las vísceras. Así, los datos actuales de la neuroanatomía funcional parecen de hecho posibilitar la hipótesis de que el escenario fantasmático y los estados somáticos a él asociados intervengan en la determinación de la acción del sujeto. Además de esto, la amígdala parece influir también en la memoria de trabajo por otras vías a través de proyecciones en las cortezas sensoriales primarias (auditiva y visual, por ejemplo). Por lo tanto, la amígdala no aportaría informaciones únicamente a partir del escenario fantasmático directamente a la memoria de trabajo, sino que también modularía la percepción inicial de la realidad externa y así influiría en la naturaleza de la información transmitida por las vías sensoriales a esta memoria de trabajo.

Los autores presentan, por lo tanto, la amígdala como un interfaz fundamental entre la percepción de la realidad externa, la determinación de los estados somáticos y el funcionamiento de la memoria de trabajo. Además, a pesar de defenderse de un enfoque reduccionista o localicista, consideran muy posible que las huellas inscritas en la amígdala constituyan uno de los sustratos neurobiológicos de los escenarios fantasmáticos y de los estados somáticos a ellos asociados. Sin embargo, privilegian una visión compleja del inconsciente, más allá de la definición de memoria implícita de las neurociencias⁶.

De hecho, los autores reafirman que las huellas primarias inscritas en la red amigdalina tendrían la propiedad de asociarse y reinscribirse hasta no estar más vinculadas a los estímulos externos que las produjeron. Por lo tanto, a pesar de subrayar la importancia de la amígdala en la formación de la realidad inconsciente, insisten finalmente sobre el hecho de que el inconsciente no es reducible a un sistema de memoria específico.

Los autores sostienen así que el inconsciente no se activa tal como los sistemas de memoria concebidos por la neuropsicología cognitiva, sino como una red singular de huellas mnémicas secundarias, constituida a partir de asociaciones y reordenamientos sucesivos de huellas iniciales y de sus marcadores somáticos correspondientes. Conciben el inconsciente, por lo tanto, de un modo dinámico y no localicista. En este sentido, todavía, los mecanismos de la plasticidad sináptica tendrían una doble función: proveer los mecanismos de una transcripción relativamente fiel de la realidad externa y, simultáneamente, abrir camino para la constitución de una realidad interna que es creada de forma nueva, única y singular.

6 Para las neurociencias cognitivas, las percepciones del sistema somato-sensorial pueden activar directamente la amígdala y consolidarse bajo la forma de huellas no conscientes.

lar para cada sujeto, fuente de estímulos y nuevas percepciones. Declaran así que «a cada cual su cerebro» pero también «a cada cual su realidad interna inconsciente». Estamos en este sentido frente a un escenario complejo donde las huellas psíquicas/neuronales que conforman una red de asociaciones del inconsciente se han constituido en discontinuidad con respecto a la realidad⁷. Advierten entonces que cabe al trabajo analítico buscar restituir una continuidad al develar (o reinventar) el escenario fantasmático a través del cual el sujeto pueda empezar a tomar distancia para restablecer un vínculo más directo con la realidad.

Este abordaje del inconsciente a partir de los datos actuales de la neurobiología es usado también por los autores para repensar el mecanismo de represión, tal como ya lo habían hecho en relación con el concepto de pulsión. Sostienen entonces que si el escenario fantasmático interfiere en la consciencia «parasitando» la percepción de la realidad externa y la conducta de la acción, algunas de sus mociones quedan retenidas en la realidad psíquica inconsciente. Sostienen que la explicación

freudiana, que también tiene sentido para la neurobiología, es que la emergencia en la consciencia de mociones pulsionales provenientes de la fantasía causan un displacer insoportable para el sujeto, y la represión buscaría justamente evitar ese displacer.

A partir de esta observación, se preguntan si la represión opera de forma global o separada sobre los dos componentes constitutivos de la pulsión, o sea, sobre el representante de la pulsión (o, para los autores, elemento del escenario fantasmático) y sobre el monto de afecto (o estado somático). Afirman que a la luz de trabajos recientes de la neurobiología, es posible rendir cuentas de la represión de los dos componentes de la pulsión. Se refieren a estudios hechos a partir de imágenes cerebrales que evidencian que la supresión de recuerdos indeseables implica una activación específica de las regiones dorsolaterales prefrontales y una disminución de la actividad en la área del hipocampo. De este modo, determinados circuitos neuronales permitirían ejercer un control activo para rechazar o reprimir recuerdos no deseados. Alertan, no obstante, que este modelo neurobiológico involucra únicamente procesos cognitivos en los cuales se ejerce una voluntad consciente. Esto no impide, sin embargo, que los autores planteen la hipótesis de que mecanismos análogos puedan también operar en la represión inconsciente. Ya con

7 Cabe observar que esta definición de realidad interna inconsciente concibe una primera forma de inconsciente primario constituido por un sistema de huellas mnémicas y, en este sentido, diferente y anterior a la visión de inconsciente instaurado a partir de la represión.

respecto al destino del otro elemento de la pulsión, el monto de afecto, consideran muy improbable que mecanismos semejantes a los circuitos neurobiológicos del olvido voluntario puedan operar sobre los estados somáticos. En este caso, la represión de los estados somáticos asociados a elementos del escenario fantasmático sería poco eficaz y proclive al fracaso, resultando en la transposición del monto de afecto dejado por la represión fallida en angustia, cuyo retorno viene a perturbar la vida consciente y la acción del sujeto.

Al final del libro, Ansermet y Magistretti vuelven a discutir su hipótesis sobre la dimensión neurobiológica del inconsciente preguntándose si el mecanismo de producción de huellas sinápticas secundarias a partir de asociación y reordenación de huellas primarias es un proceso aleatorio u orientado. Para entender mejor este proceso, aún enigmático, buscan interrogar si el escenario fantasmático correspondería a una necesidad psíquica e, inclusive, neurobiológica. Observan, en este sentido, que la fantasía es un recurso fundamental, un tipo de solución para administrar situaciones complejas o traumáticas, posibilitando pensar lo impensable. Ejemplo de esto son las teorías sexuales infantiles que buscan pensar situaciones y percepciones que aparecen como totalmente enigmáticas o contradictorias para el niño. Como dicen los autores, el niño «piensa a partir de lo que lo rodea;

piensa a partir de su cuerpo; piensa a partir de lo que es un enigma para él» (p. 208). Sostienen, por lo tanto, que el escenario fantasmático es una solución funcional, en general la menos mala posible (pero no siempre), para salir del *impasse* frente a la imposibilidad de pensar una situación específica. Así, la red de asociación de huellas no sería aleatoria, sino más bien un reordenamiento simbólico hecho a partir de algunos elementos específicos provenientes de la realidad externa para resolver un enigma insostenible y reducir, de este modo, la destructora sensación de displacer o desvalimiento. Sostienen entonces que sería a partir del principio de placer/displacer y de los estados somáticos asociados que ciertas asociaciones entre huellas primarias se constituirían en una nueva red de huellas secundarias, propias de la fantasía. Esta solución fantasmática puede ser más o menos costosa en términos psíquicos, y puede llegar incluso a ser totalmente disfuncional para el sujeto. Sin embargo, advierten que gracias a los mecanismos de la plasticidad neuronal, este alejamiento de la realidad externa ofrece, paradójicamente, una cierta posibilidad de libertad psíquica al dar un espacio de movilidad para transformarse, modificarse y volverse autor y actor de un devenir diferente. Ansermet y Magistretti sostienen así que la misma plasticidad neuronal que impulsó la construcción del fantasía es la que permite al sujeto, a

través de un trabajo analítico, su desconstrucción y la posibilidad de liberarse de la coacción de un escenario fantasmático fijo o, al menos, de replantear su función de solución subjetiva. En esta perspectiva, el psicoanalista sería un tipo de «practicante de la plasticidad neuronal», es decir, aquel que apuesta en las potencialidades de la plasticidad para abrir al analizando a un nuevo campo de posibilidad subjetiva.

Con esta estimulante observación, los autores encierran este complejo libro, cuya lectura es algunas veces dificultada por una construcción un tanto tortuosa con vaivenes y demostraciones a veces limitados en relación con sus ambiciones teóricas. Sin embargo, esta posible crítica es largamente compensada por el gran interés que el libro provoca con su audaz objetivo de establecer un nuevo campo

de compatibilidad entre el psicoanálisis y las neurociencias. Así, como afirman los autores, no se trata de demostrar el psicoanálisis a partir de las neurociencias ni tampoco de convencer a las neurociencias de la validez del psicoanálisis. El objetivo del libro, a la vez más realista y más productivo, es de abrir —o, mejor, reabrir— un espacio de reflexión conjunta y de diálogo crítico entre estas dos disciplinas sobre el estatus biológico del inconsciente y de la pulsión a partir de un punto de encuentro inédito: el paradigma de la plasticidad neuronal y de la singularidad del devenir cerebral de cada sujeto. La lectura de la obra de Ansermet y Magistretti deja pensar, de hecho, que ambas disciplinas pueden tener mucho que ganar a partir de las investigaciones abiertas por este nuevo debate. ♦

OBITUARIO

Para la evocación del Dr. Juan Carlos Plá



MARCELO N. VIÑAR¹

(1955)

En mis dieciocho años, yo emigraba de mi ciudad natal (50.000 habitantes) a la capital (1.000.000 de habitantes) como flamante bachiller que iniciaba su formación universitaria. El impacto de este exilio, rito iniciático del ingreso a la vida adulta, deja marcas imborrables. Allí conocí a Juan Carlos Plá, unos años mayor que el que escribe.

Mi vocación psicológica ya estaba arraigada en mi alma, y la enseñanza médica inicial, con cadáveres y microscopios, me atraía y capturaba menos que el debate social que se llevaba a cabo en la actividad gremial de la Asociación de los Estudiantes de Medicina (AEM) y la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU).

Quizás por eso, mis íconos de entonces no eran tanto los profesores académicos, sino estos hermanos mayores, que fueron mis modelos en la actividad y el combate donde se actuaba por la utopía de un mundo mejor, trenzando el saber académico que la ciencia propiciaba con la militancia y la lucha por una sociedad más justa, o menos injusta. Cultura y revolución fueron entonces ingredientes de una emulsión indisoluble en nuestra cosmovisión juvenil. Esta conciencia del mundo y del sí mismo a veces me parece opacada por la restricción de obedecer teorías psicoanalíticas y

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marvin@belvil.net

causalidades fantasmáticas, y preservar la abstinencia y la neutralidad en nuestro oficio. Pero el registro consciente de esta cosmovisión me parece ineludible para preservar esa neutralidad ineludible para posicionarse como psicoanalista.

Que lo sagrado de entonces resuene hoy como la vacuidad ridícula de un milenarismo perimido no obsta a reconocer que fueron ideales (o imaginarios colectivos) que marcaron nuestra vida y nuestro destino. Los evoco con emoción, con una gratitud y un reconocimiento que prevalecen sobre el rencor y la amargura de los ideales no logrados. Es más saludable aquella ilusión delirante que esta sórdida actualidad.

«El mundo ha cambiado, y no en la dirección que yo quería», decía con ironía y humor dolorido mi hermano Juan Carlos. El mandato kantiano de que la ética precede y preside la acción está hoy perimido por la lógica del poder: la acción del poder precede y prescindir de la ética.

Si bien la obra completa de Freud en papel biblia había sido el regalo paterno para mi ingreso a la universidad, fue el mayorazgo fraterno de Juan Carlos lo que me condujo a la experiencia del análisis personal y de la clínica psiquiátrica, con la cual me introduje en los laberintos y las opacidades del alma, allí donde la racionalidad del ser humano deja de ser racional, donde lo humano cesa de ser congruente y armónico y se sumerge en su dimensión sórdida y destructiva que obtura la creatividad. Esta puede brotar justamente en la proximidad del síntoma y trocar o revertir la patología en sublimación. Este es, a mi entender, un punto capital del descubrimiento freudiano, que lo distingue del enfoque psiquiátrico, y fue algo que aprendí a valorar y transitar junto a Juan Carlos.

Una anécdota de humor para romper el silencio que imponen las Parcas: yo llegaba al hospital psiquiátrico como practicante interno; Carlos, Jefe de Clínica, interrogaba a un ogro paranoico de gesto adusto. Carlos buscaba desmontar su coraza jugando al inocente, con su rostro lampiño y su sonrisa infantil. Yo, detrás suyo, ignorante, admiraba su estrategia y me mantenía en silencio, aprendiendo. Termina la entrevista y el paciente lo saluda con solemnidad, diciendo «Buenos días, doctor»; luego, a mí, el mudo y silencioso barbudo, sentenciando «Buenos días, profesor».

En mi relación con Juan Carlos Plá, la discusión admirativa y sumisa de los comienzos se fue reemplazando gradualmente por una relación más

horizontal, de reciprocidad, que podía albergar coincidencias y discrepancias en el enfoque de los problemas. No siempre estuvimos de acuerdo en nuestros enfoques teóricos y clínicos, y muchas producciones de Carlos, en la poesía y en la comprensión de la psicosis, me resultaron opacas y oscuras. No obstante, esta no concordancia, lejos de alejarnos, nos empujó siempre al diálogo y la controversia, que fue fecunda y enriquecedora, al menos para mí. Pienso que esto indica un rasgo de grandeza para el homenajeado, los maestros casi nunca son tolerantes con la disidencia. Podíamos discutir hasta la ofuscación, pero eso (casi) nunca lastimó nuestra amistad.



Yo no podía eludir la responsabilidad de este testimonio, aunque entiendo y acepto que la cercanía fraternal no es la distancia óptima para evaluar una obra y una trayectoria profesional. Tampoco dispuse del tiempo necesario para revisar su obra escrita, que sin duda vale la pena visitar. Sí puedo afirmar que su lectura invita a asomarse a los abismos del alma y promueve un lector curioso y alerta, más que un alumno obediente que recita la lección.

Los hermanos de adopción cuentan tanto o más que los hermanos de sangre, y nuestra fraternidad permaneció incólume hasta su muerte y se prolonga hoy en el vínculo con Esperanza y con la generación que nos sigue, mis hijos y los suyos.

Agradezco a los organizadores de esta evocación y homenaje por permitirme estar presente y junto a ustedes a través de este texto que contiene apenas un fragmento de todo lo que querría y podría decirles. ♦

OBITUARIO

Para Horacio Etchegoyen



LUIS VILLALBA¹

El Dr. Horacio Etchegoyen falleció el 2 de julio, a la edad de 97 años, rodeado de su familia y sus amigos, en Buenos Aires.

Nació en esa ciudad, en 1919. Su padre fue un médico a quien no llegó a conocer, ya que murió cuando Horacio contaba con apenas siete meses de edad. Comenzó sus estudios universitarios en 1938, en la Universidad de La Plata. Mientras cursaba Medicina, descubrió su vocación por la psiquiatría y realizó los estudios de especialización. A partir de ese interés, se acercó al psicoanálisis y se relacionó con la recientemente formada Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), cuyo presidente, Enrique Pichon Rivière, se convertiría en su primer profesor de psicoanálisis. Se analizó durante siete años (de 1950 a 1957) con Heinrich Racker, al que siempre reconoció como una gran influencia en sus ideas.

Se desempeñó como profesor de Psiquiatría en la Universidad de Cuyo, Mendoza, entre los años 1957-1965. Su enseñanza en ese período tenía una base fundamentalmente kleiniana; la teoría sobre la envidia jugó un papel fundamental en la formulación de las propias ideas de Etchegoyen acerca de la teoría y la técnica.

En 1966 recibió una beca para realizar trabajos de investigación en el centro Tavistock de Londres, adonde viajó con su esposa Élida y sus dos hijos menores. Allí, fue analizado por Donald Meltzer. Se vinculó con un grupo de analistas kleinianos como Betty Joseph, Hanna Segal, Herbert

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. luiseduardovillalba@gmail.com

Rosenfeld, Esther Bick y Roger Money-Kyrle, lo que acrecentó su adhesión a las teorías kleinianas. Esto no inhibió su capacidad para apreciar y transmitir otros modelos, explorar ideas desde distintos puntos de vista y facilitar los encuentros entre analistas de distintas corrientes de pensamiento.

Fue elegido presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional en 1993, con lo que se convirtió en el primer latinoamericano en ocupar ese cargo. También fue presidente de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires en los años 1977-1978.

Horacio Etchegoyen es autor de innumerables trabajos publicados en las más importantes revistas internacionales. Entre sus libros, el más conocido es *Fundamentos de la Técnica Psicoanalítica* (1991), que se ha convertido en un clásico para la enseñanza y la consulta.

Los que lo conocieron personalmente lo recuerdan como una persona acogedora y amable, un verdadero caballero y un colega cálido. ♦

NORMAS DE PUBLICACIÓN REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

REQUISITOS DE PUBLICACIÓN

Los artículos para publicar en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) deberán cumplir con los siguientes requisitos:

- Deberán tratar sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
- Deberán ser originales e inéditos (no deben haber sido publicados en español) y ser de responsabilidad exclusiva del autor.

1. PRESENTACIÓN

Los artículos serán sometidos al sistema de revisión anónima con características de doble ciego por la Comisión Editorial y por la Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales.

Se enviarán dos archivos a la dirección: revistauruguayapsi@gmail.com

El **primero** incluirá el artículo con los datos identificatorios del autor: nombre completo, institución a la que pertenece y dirección electrónica.

El **segundo** incluirá el artículo identificado con seudónimo; se cuidará que el nombre del autor no figure en el cuerpo del texto ni en la bibliografía.

2. FORMATO Y ESTILO

Cada artículo deberá tener una extensión máxima de 8000 palabras en letra Times New Roman, tamaño 12. En la extensión estará incluida la bibliografía, que deberá ajustarse, en lo que hace a citas y referencias bibliográficas, a la última versión de las normas internacionales de la Ame-

rican Psychological Association (APA): <http://www.slideshare.net/bibliopsicouy/gua-apa-6a-ed-zavala>
Se incluirá un resumen en español y en inglés con un máximo de 200 palabras.

3. ENTREGA

En ocasión de la entrega del artículo, el autor deberá firmar o enviar un formulario de autorización firmado por el cual:

- a. Cede gratuitamente y de manera no exclusiva los derechos de comunicación pública, reproducción, edición, distribución y demás acciones necesarias a los efectos de la difusión del artículo a través de la RUP y/o la web, en soporte papel, electrónico o telemático, amparado en la licencia Creative Commons, en su modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike, lo que implica que no podrá ser utilizado con finalidad comercial ni modificado.
- b. Afirma y garantiza que el artículo no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de publicación, que los derechos no han sido cedidos de forma exclusiva con anterioridad y que su publicación en la RUP no viola ni infringe derechos de terceros.
- c. Se hace responsable frente a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay de la autoría del artículo enviado para su publicación.

4. PUBLICACIÓN

El artículo será aceptado o no para su *publicación*. La Comisión Editorial tendrá la responsabilidad de definir en qué número de la Revista será publicado. La Comisión Editorial no estará obligada a devoluciones respecto de los artículos recibidos para su ponderación.

NO SE ACEPTARÁN LOS TRABAJOS
QUE NO REÚNAN
LOS REQUISITOS MENCIONADOS.

Por mayor información consultar
www.apuruguay.org
o contactar a través de
revistauruguayapsi@gmail.com